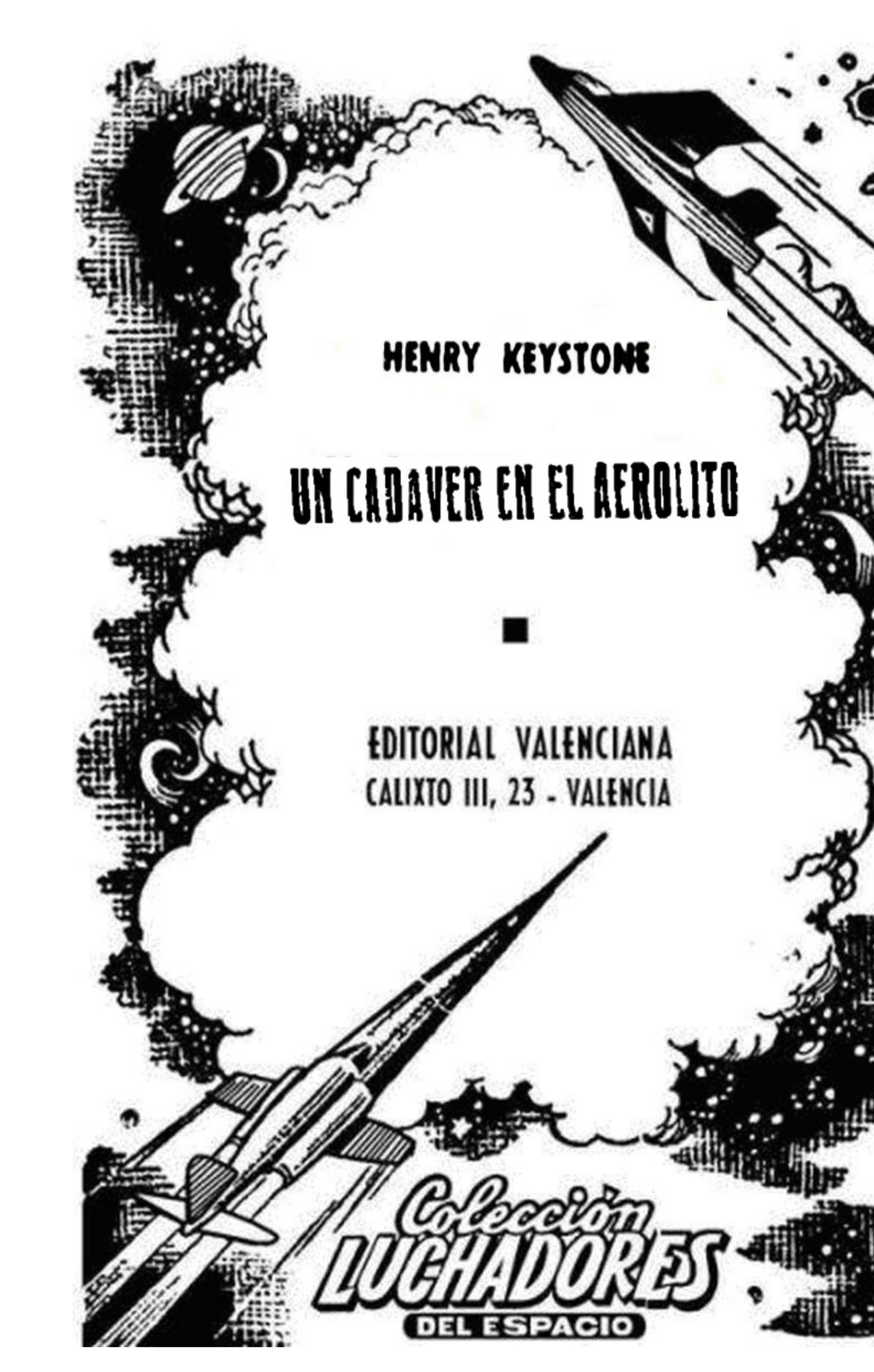

UN CADAVER EN EL AEROLITO
HENRY KEYSTONE
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



HENRY KEYSTONE
UN CADAVER EN EL AEROLITO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

Depósito Legal V. 1.593.—1959

EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA

Núm. de registro 4558.—1959



Loras Bowman, destacado hombre de ciencia y experto en cuestiones espaciales, levantó la vista y la fijó en la alta cumbre del Annapurna. La cima aparecía libre de nubes y las eternas nieves brillaban al sol.

El científico lanzó un inconsciente suspiro de alivio. Estaba llegando al término de su viaje. En alguno de aquellos innumerables valles de la cordillera del Himalaya, llamada el Techo del Mundo, tenía que estar el aerolito cuya caída habían registrado los delicados sismógrafos de distintos países.

Nombrado por "The International Geographic Society" con sede en Nueva-York para estudiar e investigar el cuerpo sideral, hacía ya tres meses que había partido de la gran urbe de Norteamérica y después de

duras jornadas, al fin había llegado al pie del Annapurna. La meta estaba cerca.

Hizo un ademar, a los seis *sherpas* que le seguían cargados con la impedimenta y aparatos científicos y continuó su marcha. El terreno era abrupto y fueron descendiendo lentamente. Cuando la noche cayó, Bowman y sus servidores levantaron su campamento en un estrecho desfiladero al suroeste del Annapurna.

Después de encender pequeñas hogueras, el científico cenó solitariamente. Los nativos reunidos en un grupo atendían atentamente al más viejo de ellos. El profesor Bowman se levantó y mientras cariaba su pipa se fue acercando al grupo de sus servidores.

"Entonces—decía el narrador—el demonio del Annapurna descendió de la cumbre de la montaña y con su aliento quemó todo cuanto había en la llanura."

Al ver a Bowman, el viejo *sherpa* se interrumpió. Inclinándose a recoger una brasa be te hoguera, el científico preguntó mientras encendía su ñipa.

—¿Qué cuentas, Tein?

—La historia del diablo de la montaña—contestó éste.

El famoso científico sonrió levemente mirando al atento grupo de crédulos *sherpas,* y sin querer pensó en otro grupito como aquél reunido en un pequeño pueblo de Arizona. El había formado parte de aquel corro de niños reunidos alrededor de un viejo combatiente de la guerra civil americana que contaba sus hazañas bélicas.

También los *sherpas* eran niños. Seres primitivos que creían en los diablos de las montanas y en las fuerzas del mal.

Niños grandes, pensó mientras se encaminaba a su tienda. No tardó en quedarse dormido envuelto en su cómodo saco de dormir. Despertó sobresaltado. Tein lo zarandeaba violentamente.

—¡Despierte, señor!—decía mientras su cara de acusados rasgos mongólicos mostraba signos de un gran terror.

—¿Qué ocurre?—preguntó el hombre ciencia consultando maquinalmente su reloj. Eran exactamente las dos da la madrugada.

—¡El diablo del Annapurna!—dijo el nativo apenas en un susurro,

—Tein—dijo Bowman incorporándose—, yo no pongo en duda tus historias, pero lo menos que te pido es que me dejes descansar en paz.

—¡El diablo ha bajado, señor, y como la otra vez, lo quema todo con su aliento!—insistió el viejo *sherpa*.

—Bueno, amigo—bostezó el sabio—; cuando se canse volverá a la cumbre de la montaña—y volvió a tenderse para continuar su sueño.

Tein lo zarandeó nuevamente e insistió.

—¡Señor, no duerma! Desde la puerta de su tienda se ve el resplandor. El diablo ha encendido un gran fuego.

Bowman dio media vuelta y miró fijamente a Tein y saliendo del interior de su saco de dormir dijo:

—Tú ganas. Vamos a ver tu diablo.

Solamente pan complacer a Tein y descansar tranquilamente después, se había levantado el profesor, pero cuando asomó su cabeza al exterior su sueño se disipó vertiginosamente. A menos de tres millas escasas del campamento brillaba un fuerte resplandor.

—El diablo del Annapurna—musitó Tein.

—El aerolito—dijo Bowman sin apartar la vista de la luz, y penetrando nuevamente en la tienda se cubrió con su pesado chaquetón de pieles, asió el sensible contador Geiger y saliendo al aire libre, ordenó:

—Vamos, Tein; hay que examinar esto.

Había andado unas yardas cuando se detuvo. Tein permanecía inmóvil ante la puerta de la tienda.

—Vamos—ordenó nuevamente.

El *sherpa* retrocedió un paso aterrorizado. La tienda le cerró el paso y apoyando ambas manos en la fuerte tela de nylon, como si quisiera asirse a ella, exclamó:

— ¡No, señor—suplicó—; no vaya! ¡El demonio de la montaña lo destruirá!

—Vamos. Tein, no seas tonto—insistió el científico.

El *sherpa*, completamente dominado por el terror, movió negativamente la cabeza. El profesor se encogió de hombros y sin insistir más emprendió la marcha hacia el resplandor.

Tein levantó la vista y como si quisiera atravesar las espesas nubes que cubrían la cima de la montaña, dijo:

—No te enojes con nosotros, dios de la montaña. Los blancos están locos, pero nosotros, tus fieles *sherpas*, respetamos tu poder y tu fuerza.

Los restantes servidores de Louis Bowman asintieron mudamente a la plegaria de Tein.

El científico se fue acercando al resplandor que parecía brotar del mismo suelo. Una vez más cerca, el profesor se detuvo. Tenía la seguridad de haber localizado el cuerpo celeste. En aquellas solitarias regiones nada podía producir tan fuerte luz; solamente la incandescencia del aerolito podía producir tal resplandor.

El científico consultó su contador Geiger. Respiró aliviado al ver que no daba señales de radiactividad. Con toda clase de precauciones

continuó avanzando. Poco después se halló ante un amplio boquete abierto en la tierra. De él salía la luz, y ráfagas de aire caliente empezaron a azotarle el rostro. El contador Geiger continuó sin registrar radiactividad.

Bowman, lentamente, se asomó al borde del enorme agujero abierto y trató de asomarse al fondo. Rápidamente retiró la cabeza. La luz y el calor que desprendía un cuerpo incandescente lo había cegado momentáneamente.

El científico se levantó y limpiándose las manos en el pantalón se inclinó para recoger el contador Geiger y meditando sobre lo poco que había visto emprendió el camino de regreso a su campamento. El aerolito había sido localizado, ahora tenía que esperar unos días hasta que el cuerpo sideral se enfriase totalmente. El calculaba que no serian muchos, pues después de tres meses, y por extraña que fuese la composición del cuerpo, el calor no podía mantenerse mucho más. Lo raro era que aún continuase en estado incandescente.

Cuando liego al campamento, sus *sherpas* lo estaban esperando. Sus exóticos rostros demostraban una gran inquietud. Tein tomó la palabra.

—Señor—empezó—, mis amigos y yo queremos marchar. He acompañado a muchas expediciones, pero esta vez siento miedo. Prefiero marchar.

El profesor Bowman, después de mirarlos fijamente, dijo:

—Podéis marchar, pero dentro de quince días estaréis de regreso. El demonio que tanto os asusta estará de vuelta a la cima de su montaña. El lo ha dicho.

Los servidores se miraron asombrados entre sí y después de una rápida conversación amenizada con amplios y expresivos ademanes, Tein volvió a tomar la palabra.

—¿Volverá a la cima?

—Volverá si regresáis dentro del plazo fijado; en caso contrario, no regresará hasta que os haya consumido con su aliento de fuego.

—Dentro de quince días estamos de regreso—aseguró plenamente convencido Tein.

Bowman sonrió. Entró en su tienda y apoyando una cartera en sus rodillas escribió una nota para el profesor Kaufmann, que se había quedado en el campamento central, pues las alturas le producían la enfermedad conocida por "mal de la montaña".

Cuando el científico entregó la nota a Tein, le dijo:

—Tienes que estar de vuelta dentro de quince días. No lo olvides.

—Estaremos aquí, señor—aseguró el viejo narrador de historias.

El profesor Bowman los vio partir y una vez se perdieron en la noche penetró nuevamente en la tienda y se durmió sonriente pensando en la jugarreta que les había jugado a los crédulos *sherpas*. Era una enorme suerte haber podido alejarlos, ya que durante el tiempo que estaría examinando el cuerpo sideral no serían nada más que un estorbo. Eran niños y carecían del sentido de la responsabilidad.

Durante siete días hizo numerosos viajes del campamento al aerolito. Tomó datos, hizo fotografías y fue midiendo el calor que desprendía. Al octavo día se levantó temprano, puso en su bolsillo de la chaqueta una potente lámpara eléctrica, introdujo en su cinturón una fuerte piqueta de geólogo v llevando colgada del hombro una larga cuerda de escalar, emprendió el camino hacia el aerolito. Se sentía alegre y optimista, ya que pensaba examinar el cuerpo celeste, ya casi completamente enfriado.

Cuando llegó al borde del enorme boquete que el pesado cuerpo había abierto en la tierra pasó la cuerda alrededor de una piedra y después de asegurarse de que estaba bien sujeta emprendió el descenso. Cuando sus pies tocaron la masa del aerolito sintió una extraña emoción, igual que si pisase un mundo nuevo. Sujetándose en la cuerda continuó descendiendo hasta llegar a la base de aquella pequeña parte de un mundo destruido.

El aerolito era enorme y casi la mitad del mismo estaba enterrada en la tierra a consecuencia del fuerte impacto. Bowman lo rodeó completamente y una extraña curiosidad se apoderó de él. Dando ligeros golpes con la piqueta fue estudiando la parte superficial. A pesar de sus amplios conocimientos, el material que tenía ante sí le era completamente desconocido. Parecía una aleación de titanio y cobalto mezclado entre grandes masas de lava.

Bowman continuó circundando el extraño cuerpo y antes de rodearlo completamente se halló delante de una enorme grieta que penetraba profundamente hacia el interior. El profesor dudó un momento, aún se levantaban finas columnas de humo y vapor y el calor en el interior sería más intenso, cero su curiosidad científica fue superior a su instinto de conservación, Empuñando en una mano la potente lámpara eléctrica y en la otra la piqueta, penetró resueltamente en la grieta.

Al principio el camino era angosto y su linterna no alumbraba nada más que paredes de lava mezcladas con aquel extraño mineral. Poco a poco el camino se hizo más ancho y las paredes iban alzándose más. El profesor caminaba lentamente mientras continuaba golpeando los muros en busca de que el sonido le hiciese reconocer a alguno de los metales conocidos en la Tierra. A pesar de sus pesadas botas de

alta montaña sentía que el calor atravesaba las claveteadas suelas. Se quitó un guante y apoyó una mano en el suelo. Efectivamente, estaba caliente, pero no en exceso. Calzóse nuevamente el guante y continuó avanzando. La grieta volvía a estrecharse y el profesor estuvo tentado de dar media vuelta cuando notó que sus botas ya no pisaban el caliente suelo. Se agachó y sus enguantadas manos tocaron suave arena. El científico se sintió completamente asombrado. Enfocó la luz hacia el suelo y vio que en una especie de amplia caverna el suelo estaba cubierto de fina arena. Hizo correr la luz por las altas paredes que formaban aquella extraña cavidad y de pronto soltó una exclamación de sorpresa y de espanto. La lámpara se escapó de sus manos y cayó sobre la fina capa que cubría el suelo. Cuando el profesor salió de su estupor, la recogió maquinalmente y completamente fascinado por lo que aparecía ante sus ojos, empezó a andar como un autómata. Sus botas rechinaban al pisar la arena y el sonido resonaba lúgubre en el interior de aquella fantástica caverna venida de un mundo astral.

Sin haber salido completamente de su asombro, el científico alumbró el trozo de muro que tenía ante sí y entonces se dio cuenta de que lo que había visto anteriormente no era una alucinación de sus sentidos.

Incrustado en la pared había un hombre.

Bowman no daba crédito a sus ojos, pero tenía que rendirse a la evidencia. En aquella cueva del interior de un aerolito caído en la Tierra desde los espacios siderales había un hombre. ¡Un ser humano!

El profesor se dio inmediata cuenta del amplio campo que se abría ante él. Tenía la demostración de que existía vida animada en otros mundos, o al menos en uno de ellos. Con los ojos orillándole de interés se acercó al hombre del espacio y casi tocándolo empezó a examinarlo.

Estaba rígido y una de sus enguantadas manos reposaba sobre su corazón. Tenía los dedos entreabiertos y entre ellos se veían finos hilos de sangre seca.

El profesor dirigió la luz de su linterna hacia el rostro. Este era varonil, de rasgos duros, amplia frente y pómulos salientes. La nariz era de fino trazo clásico y su boca tenía un acusado rictus de dolor. Sus ojos permanecían cerrados como si hubiese llegado a la muerte completamente sereno. Incluso muerto ofrecía un aspecto majestuoso y daba la sensación de fuerza y seguridad.

Bowman pensó en uno de los espartanos que murieron en las Termópilas.

Toda la cabeza estaba cubierta por una extraña escafandra de un material que a simple vista parecía cristal o plástico transparente,

aunque no era blanco, sino más bien azulado. Sobre el pecho un raro dibujo de color rojo resaltaba fuertemente.

El profesor, después de mirarlo detenidamente, encontró cierta semejanza con una de las pinturas que había visto en un antiguo templo inca. "Theomkahl, dios de la guerra y el fuego", murmuraron sus labios. El sabio sintió cierta simpatía hacia aquel hombre del espacio.

El profesor continuó su examen. Los pies de aquel hombre de otro planeta estaban calzados con botas hasta media pierna. El profesor hubiera jurado que habían sido confeccionadas con fibra de amianto. La vista de Bowman se detuvo curiosa en una repleta cartera que colgaba del costado derecho del cadáver. Tenía cierto parecido con las que él había visto en manos de oficiales del ejército y que usaban para guardar planos, cartas topográficas, órdenes, etcétera.

Seis bolsillos distribuidos por todo el traje llamaron su atención. En ellos parecía haber más documentos.

Bowman vio que de la cintura colgaba un arma extraña y desconocida para él, pero que daba la sensación de gran potencia. En la otra mano tenía sujeto una especie de rifle telemétrico, pero el corto cañón aparecía formando una espiral. Finalmente, dos correas cruzaban sus hombros y se perdían en la espalda.

Bowman sintió la tentación de tocar con sus manos aquel cuerpo humano venido de otro planeta destruido. Extendió su mano derecha y maquinalmente dio un salto atrás.

Sus cubiertos dedos habían tocado cristal. El creía que el hombre del espacio estaba al descubierto. Sus experimentados ojos no habían llegado a percibir el cristal que lo cubría. Con nerviosos gestos arrancó los guantes que cubrían sus manos y con ansias de loco palpó la materia que defendía el cuerpo.

—Sí, sí—se repetía a sí mismo—; es cristal.

Nerviosamente recogió la piqueta y dio un fuerte golpe. Nada logró. Un fuerte tintineo recorrió las paredes de la caverna, pero el cristal no sufrió el más ligero rasguño. Bowman golpeó más fuerte y consiguió el mismo resultado. Desesperadamente recorrió el cristal hasta que sus ansiosos dedos llegaron a la unión de éste con la masa de lava y metal. Volvió a golpear fuertemente en la unión de estos materiales y una esquirla fue a dar en su mejilla. Soltó un grito de alegría y continuó golpeando como un loco.

Mientras, el cadáver del hombre del espacio parecía contemplarle fijamente a través de sus cerrados ojos.

Pasado su momento de locura científica, Bowman recobró su habitual tranquilidad y secando el sudor que cubría su frente y que ya

empezaba a caer sobre sus ojos, se dijo a sí mismo:

"Calma, amigo, calma. Te encuentras ante el más importante de los descubrimientos. Cálmate o pronto habrá dos cadáveres en esta cueva. El tuyo y el de él. Piensa, piensa, maldito sabio."

Abandonó el aerolito y volvió al campamento. Tratando de obrar tranquilamente... y sin conseguirlo, reunió todo cuanto necesitaba. Alimentos, alumbrado, un hornillo, su saco de dormir, pequeñas cargas de dinamita, pesados picos. Sus máquinas de fotografiar y filmar. Una vez todo empaquetado escribió una nota con gruesos caracteres de imprenta. Decía: "Tein, cuando llegues enciende una hoguera. He ido a ver si el demonio de la montaña ha regresado a su cima."

Cargado como un *sherpa* emprendió nuevamente el camino hacia el aerolito.

Al final del decimotercero día a contar desde la partida de Tein y los restantes servidores, encontró a Bowman casi al final de su tarea. La capa de cristal que cubría al hombre del espacio estaba cerca de desprenderse. Era solamente cuestión de horas que pudiese arrancarla totalmente. Llevaba varios días luchando contra el material que sujetaba el cristal. Sus finas manos acostumbradas al trabajo en los laboratorios o en complicados cálculos infinitesimales, estaban llenas de ampollas, grietas y al menor esfuerzo sangraban. Sus uñas se habían roto y a causa de los enormes esfuerzos realizados le dolían las manos, los músculos del vientre y sus muñecas aparecían hinchadas. Una espesa barba roja cubría su cara y sus ojos brillaban con el resplandor de los alucinados. Hablaba con el cadáver como si fuese un amigo de toda su vida. Llevaba seis días sin salir de la cueva.

Bowman cesó en su trabajo y limpiando con el dorso de la mano un hilo de sangre que brotaba de una herida en la mejilla causada por una esquirla de lava solidificada, dijo, dirigiéndose al ser interplanetario:

"Dentro de poco te sacaré de esta urna de cristal y entonces me contarás tu historia."

Al terminar de hablar dejó caer el pico que mantenía entre sus destrozadas manos y encaminándose al farol de keroseno que ardía junto al cuerpo del hombre del espacio se sentó y con gestos mecánicos encendió un hornillo de alcohol e hizo una enorme taza de café. Cuando la tuvo humeante y olorosa ante sí, alargó la mano y cogió una botella de *whisky* que llevaba la etiqueta de *White Horse* y vertió en otro cacharro una cantidad del fuerte licor capaz de derrumbar un caballo de tiro. Mirando al cuerpo que tenía ante sí, dijo:

"Nunca bebo alcohol, al menos corno costumbre, pero hay que

reconocer que esta vez me lo he ganado. Me haces trabajar como un descargador del muelle de Nueva York, amigo."

Bebió un largo sorbo de café y a continuación otro de licor. Enseñando el cacharro de whisky al rígido cadáver, dijo en alta voz:

"Esto, en la Tierra se llama un *lingotazo*—y continuó como ausente de sí mismo—: ¿Cómo se llamará en tu mundo?"

No había irreverencia en sus palabras, más bien sonaban a cálida amistad. El científico se levantó y ya en pie terminó de beber su café y después de un solo trago dio fin al cacharro de *whisky* y examinando sus maltrechas manos, con gesto fatalista continuó hablando en voz alta: "No sé si volveré a un laboratorio, pero eres mi amigo y en mi tierra los hombres descansan dentro de ella, no en la pared como si fuesen raras mariposas. No me duelen las manos, lo que realmente me duele es que no puedas oírme y contestarme."

Y dominando el dolor que sentía volvió a golpear el duro material. Sus manos se aferraban con dureza al áspero mango del pico y la sangre empezó a correr por sus laceradas manos. Bowman no la sentía, solamente sabía que estaba llegando al final de su tarea y aunque suí extremidades reventasen, la terminaría.

El amanecer del decimocuarto día desde que partieron los *sherpas* encontró a Bowman extendido sobre la arena de la caverna del aerolito. Completamente agotado había caído... pero a su lado estaba el cadáver del hombre del espacio, desprendido ya de 1a especie de nicho dentro del cual había recorrido el espacio. El científico terrestre había ganado la partida.

Cuando fue capaz de moverse empezó por ponerse de rodillas y con sumo cuidado comenzó a registrar las ropas del muerto. Sobre la arena fue dejando todo cuanto contenían los bolsillos. Lo despojó de la cartera y del arma que colgaban de su cintura. A su lado puso el corto fusil telemétrico y con la mayor delicadeza dio vuelta al cuerpo. En sus espaldas y conectados a la extraña escafandra, tres ligeros tubos permanecían fijos por las correas que el profesor había visto cruzadas sobre sus hombros.

"Parece el equipo de un hombre-rana"—pensó el científico mientras separaba del cadáver la escafandra y los tubos.

Cuidadosamente lo dejó todo en la arena. Luego, con rápidos y ágiles movimientos fue quitándole el curioso traje azul. La tela parecía hecha de finas láminas de metal. Era muy ligero a pesar de constar de tres capas distintas.

Una vez el cuerpo quedó completamente desnudo, Bowman se inclinó sobre él empuñando un afilado bisturí. Con mano firme dio un hábil corte sobre la herida que aparecía en el pecho y sus sangrantes dedos se hundieron en ella. Apareció poco después sosteniendo un

raro proyectil.

Permaneció durante todo el decimocuarto día junto al cadáver. Tomó notas, hizo fotografías y anotó todas las medidas del hombre del espacio. La noche aún lo encontró sumido ante los extraños papeles y planos que había sacado de los bolsillos y cartera del muerto.

Al amanecer del decimoquinto día salió tambaleante del interior del aerolito. Hizo tres viajes al campamento pesadamente cargado y después de empaquetar lo que tan cuidadosamente había transportado, se despojó de la camisa y ajustándose un ancho cinturón con bolsillos y después de comprobar que en ellos estaba todo cuanto le interesaba, volvió a cubrirse con otra camisa limpia y con inseguros pasos fue a recoger la nota que había dejado para Tein, pero antes de llegar a ella se derrumbó sobre el duro suelo.

Tres horas después llegó Tein y los restantes *sherpas*. Bowman, medio inconsciente se dio cuenta de que lo acomodaban en unas rústicas angarillas y a su lado vio la curtida cara de Teja, el viejo narrador de historias.

—¡Hola!—saludó haciendo un esfuerzo—. Escucha, Tein, el demonio de la montaña ha regresado a la cumbre del Annapurna, pero me ha dejado tres fardos, ¿los ves?

El sherpa movió afirmativamente la cabeza.

—Escucha con atención—continuó el agotado profesor- solo yo puedo abrir estos fardos, ¿entiendes? Nadie más que yo. El diablo de la cima se enojaría. Nadie debe abrirlos. Tú respondes de ello. ¿Comprendido? Dijo el demonio que tú eras honrado y vigilarías que su encargo se cumpliese. ¿Lo harás así?

La cara del viejo habitante del Himalaya no sufrió alteración, pero su voz sonó a hueco cuando dijo:

—Tein responde. Tú abrirás los fardos.

Bowman sonrió satisfecho y su cabeza reposó sobre la dura almohada que sus servidores habían confeccionado. Cerró los ojos y poco a poco fue perdiendo la noción de las cosas.

* * *

Veinte días después, en una enorme fábrica de aviones junto al lago Michigan, un hombre de treinta años, de mediana estatura y anchos hombros, de frente amplia y despejada, de lisos y cortos cabellos negros, estaba probando un nuevo turbo-reactor en el túnel de pruebas.

Una pelirroja secretaria, vestida con un llamativo traje azul de falda corta que mostraba sus bien dibujadas piernas, se acercó al

hombre inclinado sobre el motor. La muchacha, dando un toque a su flameante cabellera, dijo:

— Mr. Dean.

Este no hizo ningún caso. Extendió una mano y pidió:

—Una llave fija del seis.

La llave fue entregada rápidamente y el gesto del ayudante fue tan rápido que el extremo de la llave se prendió en la larga melena de la pelirroja y cayó al suelo. Esta dio un pequeño gritito y fue entonces cuando Mr. Dean volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre?—preguntó duramente.

El ayudante miró a la secretaria y no contestó.

La muchacha le lanzó una mirada de agradecimiento. Todo el mundo conocía el mal genio de Dean Loon cuando se le interrumpía en su trabajo.

—Mr. Dean—repitió la pelirroja—. En su despacho le espera el profesor Louis Bowman. Me ha dicho que deje usted todo lo que está haciendo y que vaya—y sonriendo pícaramente, continuó—: ¿Puedo usar las mismas palabras que dijo el profesor?

—Úselas.

—Dijo que "corriese usted hasta que perdiese los pantalones".

Dean Loon sonrió y mientras descendía del escabel en donde estaba subido dijo a su ayudante:

—Cuídame esto. Tú tienes la cabeza suficiente—y dirigiéndose al monumento con faldas ordenó:

—Vamos—y sin esperar contestación empezó a andar.

La pelirroja muchacha hizo ademán de seguirle pero una mano llena de grasa la retuvo por el brazo y una voz dijo a su oído:

—La cabeza que el jefe dice que tengo acabo de perderla. ¿A qué hora te espero, *llamita*?

La muchacha se volvió y vio que quien la retenía era el ayudante de Dean. Con un brusco movimiento se desprendió y levantando su naricita dijo:

—¿Quién te crees que soy?

Y con rápido taconeo empezó a andar. Había dado cuatro pasos cuando se detuvo y girando la cabeza miró al ayudante y con una sonrisa amistosa dijo:

—Salgo a las ocho—hizo una calculada pausa y continuó—... por la puerta lateral.

Y sin esperar contestación fue en pos de su jefe. Todos los hombres de la amplia nave volvieron la cabeza para verla pasar. Antes de que Dean penetrase en el despacho, la pelirroja muchacha llegó junto a él.

Cuando Dean abría la puerta la miró fijamente y dijo:

—Señorita, a partir de este momento le doblo el sueldo.

La muchacha dio un respingo de sorpresa.

—...pero con la condición—continuó Dean—de que no me vuelva a entrar en las naves. Cada vez que usted pasa por una de ellas, la producción baja un 70 por 100.

La muchacha alisó con sus manos la tela de su vestido y contestó:

—Acepto.

—Bien—repuso Dean penetrando en su despacho—, pero nada de entrar en las naves en donde se trabaja.

El profesor Louis Bowman intentó levantarse del cómodo sillón en donde estaba sentado cuando vio entrar a Dean, pero éste fue más rápido y apoyando ambas manos en los hombros del científico le obligó a permanecer sentado, mientras decía:

—Quieto, infatigable buscador de setas—y mirando detenidamente a su amigo exclamó—: ¿Has comido algún hongo envenenado? Francamente, Louis, da pena verte.

Bowman sonrió abiertamente. Siempre era agradable sentarse junto a Dean. Tenía un exceso de vitalidad que resultaba sumamente reparador para los nervios.

—No— contestó—; no he comido ninguna clase de hongos. Regreso de la cordillera del Himalaya... y he estado haciendo de minero—continuó mostrando a su amigo las vendadas manos.

—¡Diablos!—exclamó Dean tomando asiento— ¿Has encontrado una mina de oro o de uranio?

—Ninguna de las dos cosas—replicó el científico y haciendo una espectacular pausa continuó—: He encontrado un cadáver.

—¿Vivo?—bromeó Dean sacando una botella de *whisky* y dos vasos del cajón de su amplia mesa de despacho.

—Casi—replicó Bowman—, al menos ha hablado más que muchos vivos—y sin esperar contestación preguntó rápidamente:

—¿Qué haces ahora?

—Estoy construyendo el turbo-reactor más rápido del mundo—contestó Dean escanciando una larga dosis de *whisky* en cada vaso y después de alargar a Bowman el suyo, continuó hablando:

—Le estoy dando los últimos toques, seguramente lo tendré listo a finales de este mes.

—Eres un hombre extraño—dijo el científico sorbiendo lentamente su *whisky*—. Eres uno de nuestros mejores ingenieros, constructor de aviones a reacción y... millonario. Tres simpáticos defectos. Has cazado en el África Central; has hecho expediciones a los dos Polos y

realizado peligrosas inmersiones submarinas. ¿Por qué?

Dean escuchaba atentamente a su amigo y después de un momento de silencio, miró su vaso al trasluz y contestó:

—Aventura, nada más que aventura. De haber nacido antes habría sido pirata o creador de imperios. En este materializado siglo no me queda otra escapatoria que hacer lo que he hecho.

Louis Bowman miró detenidamente a su amigo e inclinándose hacia él dijo dejando el vaso sobre la mesa:

—¿Qué me responderías si pusiese en tus manos la oportunidad de crear la primera nave interplanetaria construida en la Tierra?

—Dos cosas—contestó Dean—, o que estás loco n que no bebas más.

El científico sonrió y sin decir una sola palabra se inclinó y recogió una pesada cartera que tenía a sus pies. Buscó unos papeles y fotografías en su interior y dijo:

—Hace cerca de cuatro meses "The International Geographic Society" me mandó a la cordillera del Himalaya a localizar un aerolito. Durante cerca de tres largos y pesados meses anduve buscándolo por aquellos intrincados parajes. Al final lo hallé. Aquí—y golpeó la cartera—tengo las pruebas y ahora voy a contarte la más fantástica historia que has oído en toda tu vida. No te la contaría si no tuviese estas pruebas... pero las tengo. No podrás llamarme loco... ni decir que he bebido demasiado.

Y Bowman empezó a contar lo ocurrido desde el momento en que encontró el cuerpo sideral. Dean le escuchaba atentamente sin que en su inteligente rostro apareciese la menor muestra de escepticismo. Conocía a Louis desde hacía muchos años y sabía que no era ningún visionario.

Bowman continuaba hablando:

"...y al terminar envolví el cuerpo del hombre del espacio en una envoltura de plástico y lo enterré en la arena de la caverna. Cuidadosamente embalé todo su equipo y el extraño cristal. Este tiene toda la forma del *morro* de uno de nuestros aparatos bombarderos reactores. Lo he sometido a temperaturas de 897° y no sufre alteración, o sea, un calor que no resistiría una aleación de acero inoxidable y cobalto."

Bowman se interrumpió para volver a coger su vaso, pero un ademán de su amigo se lo impidió.

—Continúa, por favor—rogó éste.

—He pasado veinte días tratando de descifrar el contenido de las notas y planos del hombre del otro planeta —continuó el sabio accediendo al ruego de su amigo—y al final lo he logrado. Aquel

hombre llevaba una especie de diario y en el tenemos una clara explicación de los motivos de su muerte. Parece que el muchacho presentía su fin y nos quiso dejar un mensaje. En la cartera que llevaba al costado estaban los planos y diseños de la nave interestelar que él pilotaba. Tenemos todos los datos: aleaciones, mecanismos, fuerzas propulsoras, etc. Lo tenemos todo, Dean—el científico se iba excitando a medida que hablaba-—. Todo lo necesario para construir la primera nave interplanetaria está en esta cartera. Yo lo he traducido todo y lo he puesto en un lenguaje comprensible para ti. El idioma del muerto es fácil. En un mes lo dominarás perfectamente si te doy unas lecciones. Ahora verás las fotos y la película y después leerás el diario del hombre del aerolito.

Dean Loon apretó un timbre y la pelirroja secretaria entró.

—Que preparen la sala de proyecciones—ordenó—. Vamos en seguida.

La muchacha se retiró rápidamente y cuando los dos amigos penetraron en la sala todo estaba dispuesto para la proyección. Sentados cómodamente en sendas butacas, Bowman fue dando amplios detalles de la película que había tomado. Al terminar ésta, Dean dijo:

—Dame el diario de este hombre.

Bowman recurrió una vez más a la cartera y entregó al ingeniero dos cuadernos, diciendo:

—Uno es el original, el otro la traducción hecha por mí.

—Dean los cogió con cierto respeto y empezando a andar dijo:

—Vamos a mi despacho, Louis, allí estaremos más tranquilos—. Y al pasar por delante de la pelirroja secretaria, ordenó:

—Señorita, no estoy absolutamente para nadie.

Una vez sentados. Dean comenzó a leer mientras Bowman no apartaba la mirada de su amigo.

"Me llamo Kolmar y soy Comandante en Jefe de las naves astrales del planeta Saken. De no ocurrir algo inesperado éste será totalmente destruido dentro de muy poco tiempo. Un poderoso enemigo ha caído sobre nosotros y nos ataca continuamente con armas y astronaves de gran potencia. Se han apoderado de nuestros tres satélites y los usan como trampolín para sus continuos asaltos. Suponemos que nuestros enemigos son los habitantes de un planeta llamado Ozen, pero hasta el momento no tenemos ninguna prueba."

Dean interrumpió la lectura y preguntó:

—¿Estás plenamente convencido de que se puede construir esta nave?

Bowman no encontró rara la pregunta de su amigo. Sabía que el

ingeniero millonario se sentiría tentado por la aventura.

—En menos de cinco meses se puede construir en los talleres de tu fábrica—respondió.

—¿Vestidos, escafandras, armas?—se interesó el constructor de aviones.

—Todo está solucionado. Kolmar me dio todos los datos necesarios en sus anotaciones. Estamos en situación de navegar por los espacios siderales a una velocidad que los terrestres no podíamos imaginar. Nuestra nave no será simplemente de exploración, también será de combate. Nuestro amigo no olvidó el más pequeño detalle; parece que quiso hacernos un enorme favor.

El aventurero constructor de aviones a reacción continuó leyendo:

"Hoy hemos capturado una nave de nuestros enemigos. Efectivamente son los habitantes del planeta Ozen. El motivo de esta agresión son los yacimientos de minerales de los tres satélites que giran a nuestro alrededor.

"Esta mañana en la región de las dunas, me han entregado una flotilla de doce poderosas naves interestelares. Es lo mejor que se ha construido y con ellas vamos a dar la réplica al enemigo. Con ellas podemos llevar la guerra hasta el mismo planeta de nuestro contrincante. El plano de mi nueva nave está, unido a mi cintura. En caso de avería nos es necesario, pero nunca debe caer en manos del enemigo. La consigna es destruir la nave y el plano antes que entregarlo.

"Desde la estación K-3 avisan que una poderosa flota de grandes naves se dirige hacia la zona central para destruirla. Vamos a partir para interceptarla y aniquilarla.

"El combate ha terminado. La flota enemiga ha sido barrida totalmente en las zonas superiores de nuestra atmósfera. La nave bajo mi mando ha destruido seis enemigas. Los nuevos cañones electrónicos conectados con el radar son de una eficacia total. Son tan perfectos que solamente hemos usado cuatro de los doce con que está equipada la nave.

"Las cosas han vuelto a ponerse mal para nosotros. El enemigo nos ha atacado con pequeñas naves tripuladas por un solo hombre, pero equipadas con tres cañones de rayos destructores. Ante mis ojos los rayos anaranjados han disgregado una potente nave. Es difícil acertar a estas diminutas navecillas que cruzan ante nosotros como ráfagas de luz. A causa de su tamaño el radar no las detecta y por lo tanto, nuestros cañones no disparan.

"Después de los combates de los últimos días mi grupo ha quedado reducido a la mitad.

"El Alto Mando Atmosférico me ha llamado y ahora llevo en mi cartera una orden que significa la aniquilación del grupo que mando. La orden es: destruir nuestros satélites. Este será seguramente un viaje sin retorno. Con la destrucción de ellos anulamos los ataques de nuestros enemigos. Sin bases no podrán continuar su ofensiva. Tendrán que retirarse y nuestro planeta tendrá tiempo de armarse y prepararse para repeler la segunda oleada y pasar al ataque cuando sea necesario. En la destrucción de los satélites esperamos aniquilar al mayor número de nuestros enemigos. El Alto Mando ha calculado la hora del ataque para que solamente se libren las naves que vuelen por las altas regiones estelares. Nuestros tres satélites serán disgregados y sus partículas volarán por el espacio.

"He reunido a mis hombres para darles las órdenes y después hemos subido a nuestras astronaves. Cada satélite será atacado por dos de ellas. La mía irá contra el central.

"Después de comprobar las cargas cósmicas de destrucción hemos despegado y ahora cada grupo de dos naves marcha hacia su objetivo.

"Estamos llegando. Enjambres de aparatos enemigos vienen contra nosotros. Sus cañones disparan furiosamente. Numerosos haces de luces anaranjadas se entrecruzan formando una espesa red.

"El aparato bajo mi mando se estremece fuertemente desde el morro a la cola. La batería completa de doce cañones electrónicos dispara sin cesar. Las ametralladoras termonucleares cubren un amplio campo sideral. Proyectiles de aire líquido empiezan a estrellarse contra nuestras defensas exteriores.

"La nave que me acompaña ha sido acertada de lleno por un haz de rayos destructores. Con un fuerte resplandor se ha desmenuzado en el oscuro espacio astral. Todos los camaradas que iban en ella han muerto.

"Ante el amplio cristal de mi cabina de mando ha aparecido una enorme masa. Es la nave jefe de los atacantes. Mis pulgares han apretado los pulsores de los dos cañones de proa y he visto como las dos andanadas de proyectiles perforadores convertían al enemigo en un ardiente huso.

"Al alcance de mis cargas cósmicas tengo ya el satélite. Por mi visor telemétrica veo fuerzas y aparatos enemigos en su superficie. Aprieto el mecanismo expulsor de las cargas, pero éstas no se disparan. Nuevamente aprieto el mecanismo. Nada. Alguna deficiencia técnica o algún impacto del enemigo impide la expulsión. Nuestro ataque ha fracasado.

"Proyectiles de aire líquido penetran ya en el interior de la nave. Estamos sometidos a un fuego continuado que ha destrozado nuestras defensas exteriores. Mis hombres van cayendo uno tras otro. En el

aparato solamente yo permanezco con vida.

"He tomado una decisión. Llevo puesto el traje de superficie y la escafandra está ajustada. Junto a mí tengo el corto fusil de proyectiles de aire líquido. Voy a conducir mi aparato contra el satélite y lo voy a estrellar en el mismo centro de la concentración enemiga. Si puedo saltaré al espacio, en caso contrario volaré disgregado por el cosmos en compañía de mi nave y del aniquilado satélite."

Aquí terminaba el diario de Kolmar y cuando Dean terminó la lectura, dijo:

—Kolmar era un valiente. ¿Lograría su objetivo?

—Lo logró—contestó Bowman recogiendo los dos cuadernos que le tendía su amigo—. El satélite fue destruido. El aerolito que cayó en el Himalaya era una diminuta parte de él, pero nuestro amigo no pudo saltar del aparato. Cuando iba a intentarlo tuvo lugar el choque. Debió ser cuestión de segundos. Antes de saltar, un proyectil atravesó su pecho y la fuerza del choque, así como la explosión lo incrustaron en el suelo del satélite. El amplio cristal de su cabina cayó sobre él y el traje térmico lo defendió de las altas temperaturas. Calculo que el bólido entró en nuestra atmósfera a una velocidad de 12.600 kms. por hora, lo que me da una temperatura por fricción de 4.470 grados. Este calor es capaz de convertir en cenizas cualquier cosa. Ni el aerolito, ni el cristal ni el traje térmico que cubría a Kolmar se convirtieron en cenizas, por lo tanto queda demostrado que los materiales de estos tres cuerpos necesitan temperaturas más altas y superiores a los 4.500 grados. Escucha atentamente, Dean —continuó el profesor—, el traje de superficie está hecho de fibra de mineral y pesa menos que tu pantalón azul de trabajo.

El joven millonario no respondió. Obsesionado no apartaba la vista de la repleta cartera que el profesor sostenía entre sus manos.

Este la abrió nuevamente y entregó una extraña pistola a Dean, la de Kolmar. El ingeniero la asió y quedó sorprendido de su ligero peso. Bowman le entregó un raro proyectil, diciendo:

—Esto mató a Kolmar, ¿sabes lo que es?

Dean lo miró detenidamente y con la uña intentó rayarlo; fue inútil.

—Es aire líquido solidificado. ¿Tienes el túnel de pruebas libre?—preguntó el sabio.

Dean asintió, mientras su vista continuaba fija en aquel extraño proyectil.

—¿Qué clase de coraza tienes ahora para nuestros reactores de combate?—preguntó nuevamente el científico—. Me interesa la más potente.

—Aleación de acero inoxidable, cobalto y zirconio de 39 mm.—contestó Dean.

—Vamos a hacer una prueba, mejor dicho una demostración. ¿Podemos ir al túnel?

—Sí—contestó el ingeniero poniéndose en pie.

—Ordena que lleven esta plancha—rogó el profesor.

El joven millonario dio unas órdenes por el teléfono interior y después ambos amigos se encaminaron al túnel de pruebas. Cuando llegaron ya la fuerte coraza estaba colocada al final de él.

Completamente solos en el interior, el profesor empuñó la pistola del hombre del espacio y apretó el gatillo. Una lengua azul se desprendió del cañón, sin el menor ruido. Estaba aún Dean esperando el ruido característico del disparo cuando la potente plancha había desaparecido, materialmente fundida. De ella no quedaba ni rastro.

Silenciosamente regresaron al despacho del constructor; una vez las puertas bien cerradas, éste preguntó:

—¿Has comunicado tu descubrimiento a alguien?

—A nadie. Solamente tú y yo lo sabemos. No dije nada a causa de la actual tirantez mundial. Una revelación de este calibre estallaría como una bomba en todas las cancillerías.

Dean asintió con la cabeza y su mano pulsó tres timbres del cuadro que había sobre su mesa. No tardaron en entrar tres jefes de sección. Dean ordenó:

—Desalojen la nave núm. 3.

Uno de los jefes dio media vuelta y rápidamente fue a cumplimentar la orden.

—Búsqueme el material más nuevo y preciso de la fábrica.

Otro hombre dio media vuelta y desapareció.

—Fórmeme un equipo con los cinco mejores delineantes que tengamos.

El último hombre asintió y siguió el mismo camino que sus compañeros.

Dean volvió a llenar los vasos y poniéndose delante del profesor, dijo tendiéndole el *whisky*:

—Louis, brinda conmigo. La construcción de la primera nave interplanetaria terrestre acaba de dar comienzo.

Bowman aceptó el brindis y después de beber tendió su mano derecha a Dean diciendo:

—Seremos los primeros hombres del planeta Tierra que van a darse un paseo entre las estrellas.

Dean Loon estrechó la mano de su amigo y dijo:

—La nave interplanetaria se llamará *Kolmar*.

*   *   *

La construcción de la astronave se iba desarrollando perfectamente. Las dificultades que surgían eran rápidamente solventadas por el profesor Bowman que continuamente daba vueltas consultando las anotaciones y planos de Kolmar, y las suyas propias, pues el científico había perfeccionado algunas partes del aparato. Este iba tomando forma. Toda la estructura exterior estaba terminada.

Dean desde el amplio ventanal de su despacho la contemplaba admirado. A su lado Bowman estaba sumido en complicados cálculos.

—Parece un destroyer. Tiene la misma elegancia de líneas—exclamó el constructor,

—Y es más peligroso—amplió el profesor.

—Esta noche colocaremos los reactores cósmicos y a continuación montaremos el armamento—dijo Dean—; a finales de la próxima semana estará lista para emprender el vuelo. Hay que reconocer que lo más difícil ha sido la construcción del cristal de la proa, pero al final hemos vencido.

—Los datos que nos proporcionó el hombre del espacio eran completos. Para construir una nave como ésta sin ellos, habríamos tardado decenas de años—aclaró el científico.

—Hay que tener presente que la inmensa mayoría de materiales han sido sacados del aerolito—contestó Dean—. Nosotros no podríamos hacer una aleación lo suficiente resistente para soportar las enormes temperaturas que produce la fricción. El extraño metal del cuerpo sideral nos ha dado la materia prima. Planos y material son de otro mundo, tú y yo somos como una especie de albañiles, ¿no te parece?

Bowman dejó el lápiz encima de la mesa y contestó:

—Albañiles no, más bien herreros o caldereros. Esta semana estarán ya los trajes del espacio. Son exactos al que tenía puesto Kolmar.

Dean asintió y después de dar un par de vueltas por el despacho, dijo:

—Estoy impaciente para que llegue la hora de despegar. Es difícil mantener un secreto de tal naturaleza. A pesar de que las piezas han sido construidas en distintas secciones de la fábrica, el equipo de montaje se da cuenta de que lo que están montando no es el cuerpo de uno de nuestros bombarderos. He decidido que ninguno salga de la factoría hasta que el trabajo esté terminado y nosotros a punto de

emprender el vuelo. Les pagaré jornal triple y creo que se sentirán satisfechos.

—Creo que tienes razón—contestó el científico—-. El trabajo que queda por hacer es simplemente de montaje y acoplamiento y sería desastroso para nuestros planes que se descubriera el *pastel*.

Dean corrió una cortina y el ventanal quedó cubierto por la tela.

Unos discretos golpes sonaron en la puerta y una vez el ingeniero dio el correspondiente permiso la pelirroja secretaria asomó la cabeza.

—Mr. Loon, una señorita insiste en verle. Dice que se llama Vicky Brady.

—¿Qué desea esta señorita?

—Dice que es asunto puramente personal y del máximo interés.

—Déjela pasar, así sabremos qué es lo que quiere.

Cuando Vicky Brady entró en el despacho ambos hombres la miraron deslumbrados.

La muchacha era una belleza morena de cuerpo perfecto y bien torneadas piernas. Vestía un bien cortado traje sastre de color gris que le sentaba a maravilla. No tendría más de 24 años y sus ojos verdes daban la sensación de una acusada personalidad.

—Buenos días, Mr. Loon—saludó con voz agradable, y dirigiéndose al científico continuó—: supongo que usted será el profesor Bowman, ¿me equivoco?

—No—respondió éste—y precisamente ya me retiraba.

—¡Oh, no!—dijo la bella muchacha—le ruego que se quede. Lo que tengo que decir les interesa a los dos—y les sonrió como si quisiera desarmarles.

—«Qué desea, señorita Brady?—preguntó Dean ofreciendo un cómodo sillón a la muchacha.

Esta se sentó, cruzó sus bonitas piernas y mientras cubría sus rodillas con la falda, dijo lentamente:

—Solamente que me incluyan en sus planes.

Dean miró rápidamente a Bowman como ordenándole silencio y a continuación se dirigió nuevamente a Vicky Brady preguntando sorprendido:

—¿Qué planes?

—No se haga el ingenuo, Dean Loon, me refiero a los que ustedes dos están tramando desde hace cinco meses—hizo una pausa y dejando caer las palabras .continuó—: exactamente desde que el profesor regresó del Himalaya.

Bowman se removió inquieto en su asiento. Dean conservaba la serenidad pero la seguridad de la muchacha empezaba a

desconcertarle. Vicky completamente segura de sí misma continuó hablando.

—Soy periodista del *Weekly Sound* y durante estos cinco meses he venido observando sus manejos. No sé lo que se llevan entre manos pero intuyo que es algo relacionado con el aerolito que fue a estudiar el profesor y que también debe ser algo importante cuando ninguno de ustedes dos han salido mucho de esta fábrica últimamente.

Hizo un ademán para que Dean no la interrumpiere y mirándole fijamente dijo:

—Ustedes me incluirán en sus proyectos, se lo ruego.

El ingeniero la miró detenidamente y después apoyó ambas manos en los brazos del sillón en donde estaba sentada Vicky, acercó su cara a la de ella y sin ninguna prisa empezó a hablar como si desease que sus palabras penetrasen en la cabecita que tenía delante.

—¿Qué ocurriría si usted hubiese acertado y mi amigo y yo nos negásemos a atender su, llamémosle *ruego*?

—Azuzaría a la prensa de todo el país contra ustedes y su secreto no lo serla durante mucho tiempo. ¿Qué le parece este titular en mi semanario? : "¿Qué contenían los tres fardos que el profesor Bowman traía al regresar del Himalaya?"

El científico se derrumbó en su sillón completamente pálido, mientras Dean volvía a preguntar:

—¿Qué ocurriría si usted formara parte de nuestro plan?

—Nada—respondió la muchacha—, yo me comprometería a no publicar nada hasta que ustedes me autorizaran, siempre, claro está, que me guardasen la exclusiva.

—Nuestro plan puede ser muy peligroso, señorita, tan peligroso que existen muchas probabilidades de morir, y usted es muy joven y bella para morir.

—Usted es millonario, Mr. Loon, pero yo no. A veces la muerte resulta una liberación para la gente pobre—repuso seriamente la muchacha.

—Usted gana, señorita—dijo Dean—pero tiene que comprometerse a no publicar nada hasta que mi amigo o yo le demos plena autorización para ello. ¿De acuerdo. Bowman?

El profesor se levantó y encarándose con la bella periodista, dijo:

—De acuerdo, pero lo que ha hecho tiene un nombre, un nombre muy feo: chantaje.

—Hay una palabra mucho más fina, profesor y no tan dura como la que ha empleado usted. Las cosas hay que llamarlas por su nombre. Lo que yo he hecho se puede llamar *curiosidad femenina* o si prefiere

necesidad de comer cada día.

Dean corrió nuevamente la cortina y la nave interplanetaria apareció nuevamente ante sus ojos. Llamó a Vicky y mostrándosela dijo:

—Este es nuestro plan.

—¿Qué es esto?,—preguntó la muchacha—parece uno de estos dibujos que se ven en las revistas infantiles. También parece el casco de un submarino atómico, peco éste es mayor.

Dean > Bowman sonrieron y el primero dijo:

—Voy a decirle lo que es esto, pero desde el momento que usted lo sepa no saldrá de este despacho, al menos sola. Esta será su casa hasta que la aventura empiece, ¿conformes? No, no me mire así; ni mi amigo ni yo nos fiamos de periodistas, aunque sean femeninas, bellas y jóvenes.

—Conforme—contestó Vicky—. ¿Qué es esto?

—La primera nave interplanetaria construida en el planeta Tierra —fue la contestación que recibió.

Los bellos ojos de Vicky se abrieron desmesuradamente y como un eco repitió:

—"Nave interplanetaria."

A continuación Bowman explicó a la muchacha la historia del aerolito, la de Kolmar y los planes de ellos dos, y añadió:

—Al finalizar la próxima semana, mi amigo Dean, yo... y usted emprenderemos el vuelo hacia el planeta Saken, patria de Kolmar.

La muchacha estuvo tomando notas y más notas mientras el profesor hablaba, y cuando éste finalizó, solamente dijo:

—No me arrepiento de haber venido ni de haber hecho *trampas* para que me incluyesen en sus planes. Ni tampoco me preocupa lo que pueda ocurrir después. Todo cuanto ocurre ahora es suficiente para justificar muchas cosas... y si logramos realizar lo que ustedes proyectan y regresar a este planeta nuevamente, creo que ya nada me llamará la atención.

Los dos amigos sonrieron al oír a la muchacha, luego con gesto amistoso le tendieron las manos que ella estrechó como si fuese la firma de un pacto. Ni Dean ni Bowman le guardaban rencor por la forma tan poco elegante que había usado la periodista para incluirse en el viaje.

El científico, como queriendo justificarse ante su amigo y ante sí mismo de la facilidad con que había aceptado a la muchacha y le ofrecía su amistad, dijo dirigiéndose a Dean:

—La inteligencia de un hombre se demuestra cuando éste sabe

reconocer su derrota ante lo inevitable y la acepta valientemente. Era completamente inevitable para nosotros tener que incluir a Vicky en nuestro plan. Ella estaba totalmente decidida y no se puede luchar contra una mujer y menos si es periodista. Es como querer detener con las manos un tifón del mar de la China.

Dean no contestó. Se limitó a mirar a su amigo con aire de comprensión como queriendo decir "no te esfuerces, comprendo perfectamente tu punto de vista pero si lo que tú llamas *inevitable* hubiese sido vieja y fea seguramente la habrías asesinado antes que incluirla en el viaje".

* * *

La nave interplanetaria estaba terminada. Desde el despacho del millonario los tres futuros astronautas la contemplaban maravillados. Parecía un gigantesco escualo reposando sobre un fondo de arena. El amplio cristal de la proa semejaba un alargado ojo abierto al espacio. Carecía de planos sustentadores, solamente unos pequeños alerones sobresalían en sus costados y popa. Dean la había pintado de azul oscuro. En la parte superior un reactor nuclear, generador de fuerza, tenía todas las características de la aleta dorsal de un tiburón.

Dean mientras contemplaba su obra y la de Bowman, dijo:

—Si no la hubiésemos bautizado con el nombre de *Kolmar*, la llamaría *Tiburón*.

—Efectivamente—respondió Vicky—, sería un nombre adecuado para ella. Será un escualo del espacio.

—Las once en punto de la noche—dijo el científico consultando su reloj de pulsera—. Hay que darse prisa si queremos despegar dentro de una hora.

—¿En el interior de la nave está todo dispuesto?—preguntó Dean.

—Todo—respondió el profesor—; solamente faltamos nosotros.

—Bien—continuó Dean—, ahora, Vicky, tienes media hora para preparar una nota para tu revista. En el momento de partir puedes mandarla. Mi jefe de mecánicos la entregará en mano.

Vicky Brady no contestó, pero rápidamente se sentó en la máquina de escribir y sus dedos teclearon rápidamente.

Dean abrió un cajón de la mesa y puso junto a la periodista una potente máquina de fotografiar, mientras decía:

—Puedes ampliar el reportaje con unas fotos de la nave *Kolmar*, tanto interiores como exteriores—y haciendo una seña al profesor se encaminaron ambos hacia la puerta. Antes de cerrarla el ingeniero volvió a decir:

—Guarda tu última foto para hacérnosla cuando estemos equipados con los trajes del espacio. También yo quiero salir en los periódicos. Date prisa, Vicky, dentro de una hora tienes que estar equipada y dispuesta para la marcha.

—No te preocupes, que estaré lista—respondió la bella muchacha sin cesar de golpear las teclas de la máquina.

Cuando Dean cerró la puerta tras ellos, preguntó a Bowman:

—¿Todo arreglado, amigo?

—Todo—respondió el científico—. Los planos originales y todas las notas de Kolmar debidamente traducidas y aclaradas están en un sobre lacrado en manos de mis abogados. Si dentro de un año no hemos regresado, el sobre será entregado al Departamento de Estado de nuestro país. Las armas y vestido del hombre de Saken están debidamente cerrados en una caja acorazada de mi Banco y las llaves guardadas en el interior del sobre. En caso de que no regresemos, nuestro Gobierno tendrá en su poder todos los datos necesarios para construir otra nave como la nuestra… u otras, si le interesa.

—Esto me tranquiliza—aclaró el millonario— Ahora vamos a vestirnos para la gran aventura.

Los dos amigos se encaminaron hacia el largo taller en donde reposaba el aparato interplanetario y al pie de él se vistieron con los trajes fielmente copiados del que usaba Kolmar. Bowman había llevado hasta tal extremo su meticulosidad que incluso copió el rojo emblema tan parecido al antiguo dios de los indios incas.

Bowman completamente equipado con el traje sideral y manteniendo bajo su brazo la escafandra de cristal, dijo a Dean:

—Ven, quiero enseñarte algo que se me ha ocurrido a última hora.

Y seguido del ingeniero se encaminó hacia la proa del *Kolmar*. Sobre el azul de la nave aparecía como una roja llamarada un gigantesco dibujo. El mismo que llevaban ellos en el pecho.

—*Theomkahl*, dios de la guerra y el fuego. Nuestra mascota.

Dean asintió y continuó dando la vuelta a la proa. Al otro lado, encaramado en una alta escalera, un pintor daba los últimos toques al dibujo. El ingeniero regresó junto al profesor diciendo:

—Por lo visto vamos a llevar a tu dios *Theomkahl* a ambos lados del morro, pero me temo que dure muy poco tu mascota. Tú sabes tan bien como yo que las partículas de aire son pegajosas y se adhieren a los cuerpos. Esta adherencia es la que produce la fricción del aire... y será ésta quien se encargará de borrar tus rojos dibujos y el azul de la nave.

—Así sería con nuestras pobres pinturas terrestres, pero esta maravilla que tienes delante es completamente extraña a nuestro viejo

planeta. Desde la punta de la proa hasta el punto más lejano de la cola, está totalmente construida con materiales de otro planeta. Deja ya de pensar como un ser adherido a la Tierra y piensa como un hombre del espacio. Dentro de poco te verás enfrentado con los problemas del mundo sideral y pensando como un habitante de este planeta no los resolverás. Piensa como un ser nuevo, hazlo como si fueses el propio Kolmar o un morador cualquiera de uno de estos mundos desconocidos que dentro de poco tiempo conocerás.

Dean Loon meditó un momento y después contestó.

—Tienes razón, Louis, voy a despojarme de mi mentalidad terrena y voy a usar una apropiada que podemos llamar *mente espacial,* pero antes de hacerlo quiero preguntarte algo, mi última pregunta como ser terrestre—y el ingeniero cogió con ambas manos la escafandra de cristal y poniéndola bajo las narices de Bowman preguntó:

—¿Esto no se romperá?

El profesor no pudo contestar de momento. La risa que se había apoderado de él se lo impedía. Finalmente, haciendo un esfuerzo pudo decir:

—Está hecho del mismo material que cubre la proa de la nave y las ventanas laterales. No, no temas que no se romperá. Incluso está a prueba de proyectiles desintegrantes y de aire líquido.

—Esto me tranquiliza.

En aquel momento llegó junto a ellos Vicky vestida ya con el traje espacial. En una mano llevaba un montón de cuartillas escritas a máquina y la máquina de fotografiar; en la otra sostenía la escafandra.

—Media hora justa—dijo a modo de saludo.

Tanto el profesor como el ingeniero la miraron con agrado. Era un descanso para sus ojos poder contemplar la bella, figura de la muchacha enfundada en el azul traje del espacio. El rojo dibujo brillaba y en ella ponía una nota de coquetería

Dean contemplándola dijo al científico:

—Tenemos otra mascota. Vicky es diminutivo de Victoria, ¿no te parece una feliz coincidencia?

—En el Museo del Louvre, en París, hay una escultura alada llamada la Victoria de Samotracia. A nuestra Vicky le brotarán las alas hoy.

—¿Sabéis que por ser un frío hombre de ciencia y un calculador millonario, sois dos hombres muy galantes? —dijo la muchacha satisfecha del efecto causado—. Ahora voy a tomar las fotos en un momento.

Mientras la periodista subía ágilmente por una escalerilla adosada a la nave y penetraba en su interior, los dos amigos llamaron al jefe de

mecánicos y Dean dijo:

—Bueno, Frank, vamos a partir. Todos los hombres que habéis intervenido en este delicado asunto pasáis mañana por caja. He dejado órdenes para que se os abone una fuerte gratificación. Es lo menos que puedo hacer para premiar vuestro trabajo y discreción. Ahora engancha los dos tractores de arrastre y cuando te haga la señal sacas la nave hasta la pista lateral. Una vez en ella, retiras los tractores y ya puedes irte a dormir.

—Así lo haré, señor, y gracias en nombre de todos.

—Otra cosa, Frank, cuando hayamos partido os veréis asaltados por los muchachos de la prensa. Podéis contar lo que queráis, supongo que así siempre tendréis unos ingresos *extras*.

Cuando los tres hombres terminaron de hablar, Vicky descendía de la astronave.

—Ahora vosotros—dijo—. Voy a tomar una foto de los tres al pie del aparato. Será de gran efecto publicitario y pasará a la historia.

—O servirá de esquela funeraria—murmuró Bowman poniéndose junto a Dean.

La muchacha enfocó la máquina y conectando el disparador automático fue a unirse a sus compañeros de viaje. Cuando el *clic* sonó volvió para extraer el carrete de la máquina y haciendo un paquete con él y las cuartillas dijo:

—Ahora, si vosotros lo creéis oportuno me gustaría llamar por teléfono a mi jefe.

Dean respondió por los dos.

—Puedes hacerlo, vamos, a partir dentro de un cuarto de hora escaso y ya no puede perjudicarnos el que la prensa se entrometa.

—Los tractores están enganchados—dijo el jefe de mecánicos.

—De acuerdo; ahora, Frank, vas a traer un teléfono, lo conectas y lo pasas a la señorita Vicky. Ella te entregará un paquete que tú llevarás a la redacción del *Weekly Sound*. Seguramente te harán un monumento cuando llegues allí.

El buen hombre sonrió mientras se retiraba en busca del teléfono pedido. Volvió rápidamente y después de conectarlo se lo entregó a Vicky. Esta marcó un número y haciendo seña a sus amigos para que se acercasen colocó el auricular de forma que pudieran oír los tres.

Una voz de hombre sonó a través del hilo:

—¿Quién es?

—Soy Vicky.

La voz pareció alegrarse y dijo:

—¡Caramba, muchacha!, ¿dónde has estado que hace un mes que

no te vemos?

—Preparando mi viaje.

—¿Es que te vas?—preguntóle la voz—. ¿A dónde, si puede saberse?

—Voy a un planeta desconocido llamado Saken. Dentro de unos minutos partiré en una nave interplanetaria.

—¿Has bebido?—preguntó la voz con cierta alarma.

—Nada absolutamente. Esta misma noche tendrás en tus manos, el artículo completo acompañado del carrete de las fotos. Cuando lo reveles hazlo sentado, no quiero que te hagas daño al caerte. Cuando regrese te traeré más.

Guárdame la primera página e ingresa en mi cuenta corriente los dólares que me corresponden por esta sensacional noticia.

—¿No estás bromeando con tu jefe?—suplicó la voz.

—No, y no seas pelma o remito mi artículo a otra revista.

El teléfono aulló desesperadamente:

—¡No, que me matarías!

—Bueno, jefe, tengo prisa. Ahora te llevarán los papeles. Hasta mi regreso—, y colgó el teléfono sin esperar un nuevo aullido de su jefe. Entregó el paquete al atento mecánico diciendo:

—Gracias, Frank. Ya le traeré una estrella de recuerdo.

—Ahora, Vicky—dijo el profesor—colócate esta escafandra.

La muchacha obedeció y el profesor continuó hablando:

—Oyes perfectamente y es que en el interior llevas unos diminutos auriculares que te permiten captar todos los ruidos exteriores. Llevas también un aparato de radio emisor-receptor y a tus espaldas vamos a acoplar estos tres cilindros de aire comprimido—continuó Bowman—; no te asustes, que no pesan. Ellos te permitirán respirar en zonas donde no haya aire, pero además como están llenos a grandes presiones, tocando este botón que tienes junto al cuello, el aire saldrá con fuerza permitiéndote moverte por el vacío sideral, ¿comprendido?

La muchacha respondió afirmativamente y una vez puesta al corriente del mecanismo de ajuste, volvió a quitarse la escafandra.

El profesor continuó:

—En el interior de la nave no lo necesitas. Allí nosotros mismos nos fabricamos el aire que necesitamos.

Dean consultó su reloj y como comandante de la nave ordenó:

—A bordo.

La primera en subir fue la muchacha, después al doctor, y finalmente el ingeniero. Este se despidió de Frank con un fuerte

apretón de manos y dijo:

—A tu puesto, muchacho.

Dean cerró la compuerta de entrada y la escalera fue retirada. Se sentó ante los iluminados cuadros de control y a través del amplio cristal hizo una seña a su jefe de mecánicos. Este repitió la señal y los dos tractores empezaron a conducir el aparato hacia la pista lateral. Cuando llegaron a ella, los pesados arrastres se retiraron y en el centro de la pista quedó la maravillosa nave interplanetaria. Eran exactamente las 12 menos cinco minutos.

Dean se levantó de su asiento y acercándose a Bowman y a Vicky dijo:

—En esta especie de cajón hay tres botellas de *champagne*. Una la beberemos ahora, otra cuando lleguemos a Saken y la última cuando regresemos a nuestro planeta—. Descorchó la botella y después de llenar las copas brindó:

—Para que tengamos un feliz viaje.

Sus amigos respondieron al brindis y una vez vacías las copas las rompieron contra el borde de la mesa. Dean consultó nuevamente su reloj y ordenó:

—Tripulantes, a sus puestos.

El se sentó en el centro y atendió al cuadro de mandos. Vicky a su derecha; junto a ella tenía una gran pantalla de radar que debería atender. El profesor quedó a la izquierda de Dean y sus ojos estudiaban un detallado planetario luminoso. Aquel planetario era la carta de navegar por el espacio y si cualquier astrónomo de la Tierra hubiera podido echarle una ojeada habría enloquecido de alegría. En él había multitud de planetas y estrellas totalmente desconocidas.

—Las doce en punto, hora de la Tierra—susurró Dean apretando un rojo botón del tablero de mandos. Un leve zumbido resonó en el interior de la nave obligando a Vicky a abrir sus ojos que había cerrado cuando el comandante había apretado el botón de arranque.

—¿No funciona?—preguntó. El científico sonrió y dijo:

—Conecta la pantalla de televisión y verás lo que ocurre a tus espaldas.

Vicky obedeció y cuando la pantalla se iluminó sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus labios temblaron de emoción. La ancha pista iba empequeñeciéndose por instantes y la muchacha sentía que estaban moviéndose a una velocidad increíble. La enorme ciudad en donde había residido se había convertido en un brillante punto, no mayor que el destello de una luciérnaga. —Un minuto de vuelo—anunció el profesor. —De los cuatro motores cósmicos no he empleado nada más que los dos centrales—dijo Dean—. Esta nave es

sorprendente.

Vicky no apartaba los ojos de la pantalla de televisión completamente ensimismada en la contemplación de lo que aparecía en ella. La ciudad había desaparecido y todo el continente americano empezaba a perfilarse. Poco después distinguió la curvatura de la Tierra. Apartó la vista y preguntó:

—¿Aquí dentro se puede fumar?

Dean atento a los mandos respondió:

—Estás en tu casa, muchacha. Puedes hacer lo que quieras... menos apearte en marcha.

Vicky extrajo un paquete de cigarrillos de su bolsillo. Encendió uno y apoyando una mano en el hombro del piloto lo puso en su boca. Dean expulsó una bocanada de humo y dijo:

—Gracias.

Vicky preguntó:

—¿Uno, profesor?

Este denegó con la cabeza y a media voz dijo:

—A la velocidad que estamos desarrollando tenemos un calor por fricción superior a los 5.000 grados. Lógicamente tendríamos que estar convertidos en cenizas. Aquella gente del planeta Saken saben lo que se llevan entre manos. Dean—e interpeló a su amigo—: ¿Has sentido los síntomas de la aceleración?

El comandante de la nave apartó el cigarrillo de sus labios y contestó:

—No. La aceleración de arranque no se ha notado lo más mínimo, es más, el giroscopio interior no la ha registrado.

—Es que a la velocidad que hemos despegado nuestras cabezas tendrían que haber sido arrancadas del tronco.

—Louis—dijo socarronamente el ingeniero—. Tus problemas de pobre terrestre no me preocupan. Yo soy ahora un hombre del espacio y pienso como tal.

El profesor acusó el golpe pero como tenía bastante desarrollado el sentido del humor contestó:

—Me has atacado con mis propias palabras, Dean. Tienes razón, somos hombres del espacio y tenemos que aceptar los hechos como los aceptaría Kolmar, por ejemplo. Como habitantes de la Tierra no podemos comprender lo que han creado mentes superiores, o más educadas que las nuestras. Supongo que aquí venimos a ser como negros arrancados de las selvas africanas y enfrentados con el problema de la radio.

—¡Oh!—exclamó Vicky y su cigarrillo se desprendió de sus labios

—. ¡Mirad!

Los dos amigos miraron en la dirección que les señalaba la muchacha y vieron como en la pantalla de televisión aparecía la Tierra completamente redonda. Se apreciaban perfectamente el achatamiento de los Polos y mares y continentes se destacaban con claridad.

Dean dijo: —Parece uno de aquellos dibujos que hacíamos en la escuela. ¿Verdad, Louis?

—Sí, mírala, Vicky, dentro de poco no será nada más que un punto brillante en el firmamento. Hemos salido ya de su campo magnético y no tardaremos en entrar en el de la Luna.

—¿Podremos ver la otra cara?—preguntó la periodista.

Si tienes mucho interés la verás—dijo Dean—. Escucha, Vicky, en uno de los armarios del compartimiento que sirve de dormitorio hallarás una máquina de filmar, Es la mejor que pude encontrar. También hallarás una buena cantidad de película virgen. Úsala, pues tú tienes que ser la historiadora de este primer viaje interplanetario—. El ingeniero modificó el rumbo del aparato y ante su campo visual apareció la Luna.

La muchacha dio un gritito de alegría y con paso ligero fue a buscar la máquina de filmar. Cuando regresó la traía en la mano y buscando los mejores ángulos fue tomando vistas del pálido satélite.

—Hemos entrado en el campo de atracción lunar—anunció el profesor—. ¿Notas algo extraño?

—Nada—contestó Dean—la nave responde perfectamente y no se percibe el menor cambio. No existe ni vibración. Siéntate un momento en los mandos y verás qué suavidad.

Intercambiaron los asientos y Bowman empuñó el complicado medio volante lleno de botones de distintos colores, mientras Dean sentado ante el planetario estudiaba aquella carta de navegación planetaria.

—¿No te sientes inmensamente pequeño ante tanta grandiosidad? —preguntó mientras dejaba correr su vista por entre los millares y millares de estrellas que titilaban en la oscuridad.

—Soy científico, no filósofo—respondió Bowman y continuó—: y no estoy enamorado.

Vicky apartó la máquina de su cara y preguntó: ¿Decías algo, profesor?

Este sonrió abiertamente y contestó:

—Sí, que estamos a punto de llegar a la eterna preocupación de los enamorados: la Luna.

La muchacha se acercó a proa y el objetivo de su máquina se fijó en la iluminada superficie del satélite, mientras decía:

—Una vez vi el Valle de la Muerte en California. Ofrece un aspecto tan desolador como esto.

La nave, expertamente dirigida por el científico dio perfecto viraje en el espacio y empezó a descender sobre la Luna y a unas dos millas de altura empezó a rodearla.

—Reduce la marcha a velocidad de crucero—pidió Dean.

El científico accedió y la nave interplanetaria fue perdiendo velocidad. Los conocidos cráteres y grietas del satélite parecían estar al alcance de la mano. Allá, en el firmamento, como una nueva luna, brillaba la Tierra.

—¡Atención, Vicky!—dijo Dean—. Vamos a entrar en la parte oculta.

La muchacha se aferró a su filmadora y mientras la nave voló por encima de aquella desconocida región lunar, continuó filmando silenciosamente. Una vez terminado el viaje de circunvalación y mientras Bowman enderezaba la proa hacia el infinito y aumentaba la velocidad, la muchacha dijo:

—Me he llevado un desengaño. Es completamente igual a la otra cara. Parece el rostro de una mujer vieja, llena de arrugas y de granos.

—¿Y a ti qué te ha parecido?—preguntó Bowman a Dean.

—Nada—contestó éste—, nunca me han llamado la atención las cosas muertas.

—¿Y Kolmar?—dijo el científico—era un muerto y te llamó la atención.

—Estás equivocado, Kolmar no era un muerto, sino un mensaje de otro mundo... que siempre me han interesado.

—A veces hablas como un sabio—sonrió Bowman.

—Dicen que el hombre es el reflejo de sus amigos—sentenció el millonario—. Ahora déjame el mando y enseña a Vicky toda nuestra casa. A ver si así se le va el disgusto.

El científico se levantó y apoyando una mano en el hombro de la muchacha, dijo:

—No seas chiquilla. Esto nos ocurre a todos, siempre es desagradable encontrar feo lo que nuestra mente había creado hermoso.

—¿Sabio o filósofo?—se burló Dean, volviendo la cabeza.

Vicky contestó muy serenamente:

—Realmente es como tú dices, pero la amargura de un desengaño no tiene importancia mientras conservemos la facultad de apreciar lo

bello, ¿no eres de mi opinión?

—Lo soy—contestó el científico cortando la conversación—. Ahora voy a darte una detallada explicación de toda nuestra nave interestelar. Vamos, empezaremos por popa.

Después de atravesar distintos compartimientos llegaron al final de la nave y el profesor señalando una cerrada compuerta empezó su explicación:

—Aquí dentro hay cuatro motores-cósmicos que impulsan la nave a velocidades superiores a la de la luz. El mineral que crea esta poderosa fuerza lo sacamos del aerolito. A su lado el material más radiactivo de la Tierra viene a ser como una piedra de mechero. Con estos motores, reactores o pilas atómicas, como quieras llamarlos, podemos navegar por el cosmos durante siglos. Ahora ven. Ahí tienes el almacén de víveres. Alimentos deshidratados y concentrados nos aseguran la comida. Estos depósitos están llenos de agua y aún podemos conseguir más por un proceso de destilación. Ya ves que la comida y la bebida las tenemos aseguradas.

El científico abrió una puerta y dijo:

—Aquí tienes tus dominios. Esta cocina haría la felicidad de cualquier ama de casa. Fuego sin humo y sin llama. Un hornillo que parece eléctrico y no lo es. Un horno donde puedes asar tranquilamente al comandante de la nave si intenta besarte.

La muchacha se ruborizó y dejó sin contestación el comentario jocoso del profesor.

—Todo lo de esta cocina está basado en un principio parecido al de los Rayos X. No te lo cuento porque no quiero calentarte la cabeza. Vamos al puente de mando.

Cuando entraron en la amplia cabina en donde Dean continuaba dirigiendo la nave, el profesor Bowman dijo:

—El puente de mando y torreta artillera. Si en la popa está el corazón del aparato, aquí está el cerebro. Observarás que todas las ventanas están aquí, la de proa que es la más amplia y dos a cada costado. Siguiendo las indicaciones de Kolmar hemos logrado que el cristal quede soldado al material que forma la nave, consiguiendo un todo unido. La nave es de una sola pieza exterior, a pesar de estar construida formando tres cuerpos superpuestos, como si en realidad fuesen compartimientos estancos. Entre cuerpo y cuerpo existe una fuerte corriente de rayos que llamamos *epsilon* que crean campos aislantes y defensores. Estos mismos rayos envuelven exteriormente la nave para defenderla de los ataques enemigos y al mismo tiempo de los pequeños cuerpos celestes que continuamente circulan por el espacio. Siguiendo las indicaciones del cuaderno de Kolmar hemos conseguido una soldadura por fusión nuclear.

Vicky seguía atentamente la larga explicación de su compañero y no pudiendo desprenderse de su ocupación de periodista, de vez en cuando tomaba notas.

—El navío interplanetario es un artefacto de combate, eso ya lo sabes—continuó el científico—, va debidamente equipado con una batería de doce cañones electrónicos de gran potencia, conectados con el radar. Estos cañones son de tiro rápido y disparan proyectiles de aire líquido, termonucleares y cósmicos. Junto a cada uno de ellos van tres pesadas ametralladoras de iguales características. El armamento está distribuido matemáticamente por toda la astronave. No existen ángulos muertos. Incluso en la parte inferior los hay y como el radar corre por todo el aparato como si fuese un delicado sistema nervioso que reacciona al menor contacto, en el mismo momento que detecta un cuerpo extraño, el armamento correspondiente a aquel sector, hace fuego. Pensaréis que así se puede destruir lo mismo a amigos que enemigos. No lo creas. El radar piensa, mejor dicho, el que piensa es un pequeño cerebro electrónico que, piensa, calcula, ordena… y puedes tener la seguridad de que no se equivocará nunca. El armamento proa aparte de este mecanismo, también responde a la presión de los dedos del piloto sobre los disparadores. A ambos lados del *morro* van una especie de tubos lanzatorpedos que son las rampas de deslizamiento de las cargas cósmicas de destrucción. Con dos de estas cargas Kolmar disgregó el satélite. Nosotros llevamos cuatro.

El profesor y la muchacha se acercaron a la pantalla de televisión y aquél continuó su conferencia:

—En las partes que no podemos ver, tenemos ojos eléctricos que nos *dicen* todo lo que pasa y lo reflejan en esta pantalla. En realidad no son ojos, si no visores telemétricos de gran alcance. También aquí hay un cerebro electrónico que piensa; es diminuto, pero clasifica y manda a la pantalla las imágenes más interesantes para nosotros. Nada que pueda afectar a la seguridad del aparato se escapa de nuestra percepción. Aquí tienes el detector de sonidos, el contador de revoluciones, el delicado cronógrafo, la brújula electrónica, la sonda eléctrica del espacio, los reactores nucleares, etc., y también tienes una gramola portátil de fabricación completamente terrestre y unos discos. Cuando quieras puedes poner algo de música. A todos nos gusta. ¡Ah!, una cosa se me olvidaba. Cuando se haya que salir al exterior irás armada. Toma, ponte esta pistola en la funda y allí, en aquel armero, tienes tu fusil electrónico. No te olvides nunca de él. No sabemos lo que hay fuera., y ahora me gustaría comer algo—terminó Bowman.

La muchacha se perdió en dirección a la cocina y poco después regresó con una copiosa cena.

—La primera cena en el espacio—anunció alegremente— voy a poner un poco de música. Así parecerá la cubierta de un barco el día de cruzar el Ecuador—y dejando la cena en una mesa puso en marcha la gramola.

Dean después de fijar el rumbo en el planetario conectó el piloto automático y comprobando las indicaciones del cerebro-brújula, se levantó para acompañar a sus amigos.

El apetito era bueno y la cena no tardó en desaparecer. Encendiendo un cigarrillo y consultando su reloj, Dean dijo:

—Ahora vamos a entrar en el campo magnético de Venus. Te recomiendo que no te lo pierdas. Te quitará el mal sabor de boca que te ha dejado la cara oculta de la Luna. Como tú bien sabes, Venus y Mercurio son los planetas más cercanos al Sol y el primero es esta estrella que vemos, perdón, veíamos, brillar en la Tierra cuando empezaba a anochecer y la última en desaparecer del cielo cuando amanecía. Ahora está en el punto más lejano de su órbita y podrás verlo tranquilamente.

Vicky se levantó y después de retirar la mesa fue a tomar asiento ante el tablero de mandos, junto a sus dos amigos, y como ellos atendían a su trabajo, ella fijó la atención en la pantalla de radar.

Poco a poco apareció en la oscuridad la masa reluciente de Venus rodeada completamente de nubes. Velozmente se fueron acercando al planeta. Vicky comprendió por qué visto desde la Tierra brillaba tanto. Flotando en la noche del espacio parecía un enorme y reluciente espejo. Cuando salían del campo de atracción venusiano, Vicky vio tres extraños puntos en la pantalla de radar. Llamó la atención de sus amigos y éstos fruncieron el ceño.

—Estas regiones siderales no se prestan para encontrarse con cuerpos extraños—dijo el científico.

—Observa que vienen formando un triángulo—dijo Dean—. No apartes la vista de la pantalla, Vicky.

Al terminar de hablar cerró las luces interiores. Al desaparecer la tenue luz verdosa que iluminaba los compartimientos de la astronave, solamente el resplandor de las pequeñas luces del cuadro de mando quedó alumbrando débilmente el rostro de los tres viajeros del espacio.

—Se van acercando rápidamente hacia nosotros por la parte de proa—anunció la muchacha.

—Pon en marcha los cuatro reactores—dijo el profesor.

Dean obedeció y el cohete interplanetario se convirtió en un rayo de luz que volaba por el cosmos.

Vicky, con los ojos fijos en la pantalla continuó dando datos:

—Ahora avanzan más rápidamente. No han cambiado el rumbo.

—Somos nosotros quienes avanzamos a mayor velocidad-—aclaró Dean.

—¡Allí!—dijo el profesor señalando tres puntos que se movían ante ellos. Cuando estaban más cerca dijo:

—Tienen la forma de aquellos *platillos volantes* que durante tanto tiempo apasionaron a todos los habitantes de la Tierra. ¿Tendrán su base en Venus?

Ya los tres *platillos* se distinguían perfectamente a simple vista. Eran fáciles de localizar pues despedían una ligera luz rosada. Al llegar a la altura del *Kolmar* empezaron a evolucionar rápidamente a su alrededor. Su velocidad era enorme, superior a la de la astronave; parecían enormes y achatadas peonzas girando sobre sí mismas. Su tamaño era mucho más reducido que la nave que tripulaban los tres terrestres.

—Esta gente... o lo que sea, no traen muy buenas intenciones—dijo el profesor.

—Deja que sean ellos los que empiecen—contestó Dean.

La radio de la nave empezó a emitir extraños sonidos. Dean indicó su boca hacia el micrófono y empezó a hablar en la lengua de Kolmar que Bowman le había enseñado. Vicky que también había recibido clase escuchaba atentamente. Dean no recibió contestación. Entonces pasó el micrófono al profesor diciendo:

—Habla tú, a lo mejor tu acento es más puro.

Bowman habló reposadamente. El aparato receptor vibró fuertemente y a continuación una andanada de extraños proyectiles salió de cada una de las torretas de los *platillos*.

Bowman observó una diminuta pantalla situada sobre su cabeza.

—Nada. No han podido atravesar el campo aislante creado por nuestros rayos *epsilon*.

—Entonces voy a pagarles en la misma moneda. Ellos han empezado.

Delante de la proa del *Kolmar* cruzó uno de los atacantes. Rápidamente Dean apretó los pulsores y una roja llamarada llenó la noche. El *platillo* se disgregó en el espacio y sus pequeños fragmentos fueron cayendo lentamente. Tan lentamente como copos de nieve.

—Esta lentitud demuestra que ya hemos salido del campo magnético de Venus—dijo Dean abriendo el circuito de los cañones electrónicos.

Inmediatamente brillaron dos nuevas llamaradas y los restantes atacantes fueron aniquilados.

—Por lo visto en estos espacios parten de la base de que cada visitante es un enemigo y la consigna es: disparar y después preguntar... si la cosa da tiempo.

—Me siento como si hubiese aplastado a un polluelo —dijo Dean —aunque ellos fueron los que rompieron las hostilidades creo que no tenían ninguna probabilidad de ganar. Esta nave es un arma poderosa.

—¿Qué clase de seres irían en aquellos *platillos*?—preguntó Vicky que había filmado la destrucción del primero de los atacantes.

—No sé—contestó el profesor—quizás no eran ni seres vivos, podían ser *robots*. Supongo que si hubiesen sido seres humanos... o parecidos, al oír nuestras voces aunque no las entendiesen hubiesen respondido de una manera o de otra... en cambio dispararon, y si no nos destruyeron fue a causa de que nuestra nave es más potente.

—Estoy viendo que en esta parte del Universo impera la ley de la selva. El grande devora al chico. Menos mal que los cañones conectados con el radar no fallan.

—Ahora a descansar—dijo el profesor—. Yo ya estoy dispuesto a no asombrarme por nada. Dentro de cuatro horas te relevaré, Dean, y si ves algo raro, dispara y después pregunta.

—Buenas noches, comandante—deseó Vicky.

—Que descanséis—respondió el piloto comprobando el rumbo y dando aún mayor velocidad a la astronave.

Cuatro horas después fue relevado por Bowman sin que hubiese habido la menor novedad. Se acostó rápidamente y no tardó en quedarse dormido.

* * *

Cuando despertó se dirigió a la cabina de mando y le causó extrañeza ver que aún era de noche. Bowman estaba sentado en los mandos y a su lado estaba Vicky con una humeante taza de café.

—¡Hola!—saludó Dean—. ¿a qué hora sale el sol en estas alturas?

—Lo que tú llamas sol seguramente no saldrá para ti, mejor dicho, salir ya ha salido, y si conectas la pantalla de televisión de popa es fácil que aún lo veas.

Dean la conectó y en ella aparecieron unas estrellas muy lejanas, casi sin brillo. El profesor se inclinó y poniendo su índice en uno de aquellos lejanos puntos dijo:

—*Esto* es tu rutilante Sol. Hace horas que estamos navegando fuera de nuestro sistema solar. Ahora estamos en la llamada noche eterna y vacío completo.

—¡Atiza!—dijo Dean y cuando volvió a buscar a su Sol en la

pantalla ya nada brillaba en ella.

—Te haré una taza de café—dijo solícita Vicky—también a ti te hace falta.

—Hazme dos, las necesito.

La muchacha se levantó y con aire serio preguntó:

—¿Prefieres un cubo?—y sin esperar respuesta salió Dean se sentó junto a Bowman y señalando al planetario dijo:

—¿Tienes una idea de dónde estamos?

—Tan clara como si me hallase en el centro de mi pueblo—contestó el profesor y apoyando un dedo en un punto del plano sideral dijo—: Aquí. Dentro de unas horas veremos un apagado y muerto planeta dando vueltas sobre sí mismo en esta noche que no termina nunca.

Vicky entró y puso en manos de Dean una taza de café y ella volvió a tomar asiento, diciendo:

—Es desesperante esta oscuridad.

El ingeniero fue tomando pequeños sorbos del negro líquido y cuando terminó dijo:

—Déjame los mandos. Estarás cansado. Estira un poco las piernas.

Llevaba ya unas horas sentado empuñando el medio volante cuando algo anormal llamó su atención. No podía precisar la naturaleza del fenómeno que le ponía sobre aviso, pero intuía que algo iba a ocurrir. Llamó a Bowman que estaba calculando distancias y fijando la posición y le dijo:

—Ilumina el radar y busca algo en él. El científico obedeció y después de examinarlo detenidamente durante unos instantes dijo:

—En la pantalla solamente se ve el punto correspondiente al planeta del que anteriormente te hablé. Es el más lejano de una estrella llamada *Mirta* y que tiene un sistema planetario mucho más complicado que el nuestro. Cuando lleguemos a ella variaremos el rumbo 32 grados a nuestra derecha y después de unos tres días tendremos delante de nuestra proa a Saken.

Vicky entró para decir: —La comida es..

No pudo terminar la frase, un fuerte resplandor, casi cegador, llenó por completo el interior de la nave. Dean dio un brusco viraje a estribor y esto fue la salvación de la nave interplanetaria. Un gigantesco e incandescente bólido acababa de cruzarse en el camino del cohete terrestre y de no ser por la pericia y sangre fría del piloto habrían muerto aplastados por aquella masa de fuego que pesaría millones de toneladas.

Vicky se asomó a uno de los ventanales laterales y lo que vio le

hizo soltar una exclamación de terror.

Dean enderezó el rumbo y conectó el piloto automático. Rápidamente se levantó y corrió al lado de su compañera. Bowman estaba asomado a otro ventanal contemplando el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

El enorme bólido que había estado a punto de chocar con la nave cruzaba el espacio a una velocidad vertiginosa. Otro cuerpo celeste de parecidas dimensiones y convertido en una llameante antorcha seguía un camino que le llevaría a convergir con el otro bólido en un espacio de tiempo relativamente corto, quizás de segundos, a causa de las enormes velocidades de los dos cuerpos.

Dean miró a Bowman interrogándole con la mirada. Este denegó con la cabeza y en voz alta dijo:

—No, para nosotros no existe ninguna clase de peligro... ahora. Si el radar no señaló la presencia del bólido fue debido al enorme campo magnético que produce un cuerpo como éste y más sin saber su composición. Si el choque tiene lugar nosotros estamos muy alejados ya. Ten presente que a nuestra velocidad debes sumar la del cuerpo celeste.

Los tres amigos, con los nervios en tensión veían como los dos aerolitos iban acercándose mutuamente, como si una fuerza mayor los atrajese. El encuentro parecía inevitable. Una horrorosa colisión iba a tener lugar en el espacio y por primera vez desde que el mundo era mundo, unos seres terrestres iban a ser espectadores.

Millones y millones de toneladas de materias incandescentes se lanzaron al encuentro. El choque fue algo que ni la mente más alocada podía imaginar. Dos masas de fuego líquido entraron en contacto a una velocidad de vértigo. Los dos cuerpos siderales parecieron detenerse en su alocada carrera a través del espacio. Durante unas milésimas de segundo dieron la sensación de que unas manos invisibles los retenían, después una enorme llamarada los fundió en un solo cuerpo y a continuación un mar de fuego se extendió por el vacío eterno. Los dos meteoros habían quedado totalmente disgregados y miles y miles de sus ardientes pedazos quedaron extendidos cubriendo una amplia zona del cosmos.

Dean, secando el sudor que cubría su frente, dijo:

—Es el espectáculo más aterrador que he visto en mi vida. La destrucción de dos mundos siderales.

—El choque de dos expresos en un túnel—Bowman hizo la semblanza, pero la encontró pobre.

—No quisiera que un bólido así chocase contra nuestra Tierra—dijo Vicky empezando a recobrar el color y viendo cómo los restos de

los dos cuerpos astrales se perdían en la noche.

El profesor volvió a tomar el mando de la nave, diciendo:

—Rumbo a Saken. Ante nosotros tenemos a este planeta que no es nada más que una piedra dando vueltas por el espacio. Cambio la orientación, Dean, 32 grados a la derecha. Ahora ya podemos conectar el piloto automático. Nuestro próximo encuentro en el espacio será el planeta Saken… si aún existe—terminó pesimista.

—No creo que sus enemigos lo hayan aniquilado y si el plan en que tomó parte Kolmar tuvo pleno éxito, es casi seguro que se hallarán completamente libres de sus atacantes.

—Veremos—contestó Bowman fijando su vista en la oscuridad que se extendía ante la astronave—. Los enemigos—continuó el profesor sin apartar su vista de la negrura que los envolvía—eran más potentes que los sakenitas y aunque la flota que mandaba nuestro amigo hubiese logrado todos sus objetivos, no podemos imaginar la reacción de los habitantes de Ozen desde el momento que los desconocemos. De la lectura de las notas de Kolmar deducí que el suelo de Saken tiene las mismas características que el de sus satélites, por lo tanto, no es descabellado pensar que si los atacantes buscaban el mineral que había en ellos, y éstos han sido destruidos, ahora dirijan todos sus ataques contra el mismo planeta. Me gustaría saber la capacidad de recuperación que puedan tener los sakenitas. Puede ser que cuando lleguemos nos encontremos en medio de una guerra planetaria. ¿Qué piensas hacer si esto ocurre, Dean?—preguntó el científico—. Tú eres el comandante de la nave y debes tomar las decisiones.

El ingeniero replicó rápidamente como si hubiese meditado muchas veces anteriormente en la pregunta que acababa de hacerle su amigo.

—En el año 1939 ingresé voluntario en las fuerzas aéreas del Canadá y en ellas combatí hasta que mi país entró en la guerra. Mandé una escuadrilla de caza y puedo decir que combatí en casi todos los frentes. Los motivos de mi ingreso en las fuerzas canadienses fue que como ser civilizado, odio toda clase de agresión y guerras de conquista.

El científico miró fijamente a su amigo y dijo:

—De tu respuesta deduzco que si hay lucha alrededor o en el interior del planeta, tú, hombre civilizado, tomarás parte en ella y a favor de los sakenitas.

—Sí, Louis. Verás, me son profundamente antipáticos los moradores del planeta Ozen. Tú sabes que esto de la simpatía como la antipatía son instintivas. Aparte de esto tenemos una deuda de gratitud con Kolmar. Gracias a él estamos aquí… y creo que a ninguno de nosotros nos disgusta la aventura, incluida esta calculadora

periodista que tan bien sabe hacer el café.

Vicky no contestó, pero su dedito se entretenía en recorrer el contorno del rojo emblema que llevaba en el pecho.

Dean, después de envolver a la muchacha en una cariñosa mirada, continuó:

—Aún hay más, Louis. Tú estuviste trabajando durante días y noches junto al cadáver de Kolmar y en la soledad de la cueva del aerolito llegaste a sentirte unido con aquel hombre venido de otro planeta. Eres un científico muy sentimental y no me extrañaría lo más mínimo que cuando tengas nietos les cuentes historietas de hadas buenas y de enanitos viviendo en el interior de las setas.

Bowman sonrió y dijo:

—Ya lo he hecho. No olvides que tengo dos sobrinos.

—Lo cual te honra, viejo desenterrador de polvorientos huesos. La vida necesita un poco de poesía.

Vicky miró sorprendida a los dos hombres y exclamó: ¡Vaya! Yo creí que erais dos ejemplares duros, algo así como la versión moderna del hombre de las cavernas, y ahora resulta que el frío científico cree en enanitos y hadas, y el calculador millonario y experimentado luchador habla de poesía en la vida. ¿Qué dejáis para mí, delicada mujercita?

—Tú—respondió el profesor—plantarás las primeras flores del espacio.

La muchacha aceptó la galantería del científico con un simpático mohín.

—Como te decía—continuó Dean—, aún hay más. Cuando las fuerzas americanas iban a cruzar el Rin, yo me encontraba en el Cuartel General de Patton. Había sido nombrado para una mejor coordinación entre los servicios de tierra y los del aire. Mientras se planeaba el paso del histórico río, una mañana subí a una pequeña colina junto a la orilla que estaba en nuestro poder. Los alemanes habían volado todos los puentes, pero por uno de estos enormes errores que todos cometemos en la vida, uno de los puentes no había sido destruido. Los teutones se dieron cuenta cuando nuestros primeros tanques empezaron a cruzarlo. Rápidamente apareció un "Stuka" con la misión de bombardearlo. Todas nuestras máquinas dispararon contra el avión. El piloto alemán dio tres peligrosas pasadas sobre el puente, pero se ve que a causa de algún impacto en el dispositivo lanzador de bombas, éstas no se desprendieron. El aparato remontó un trecho del río, luego hizo una hábil maniobra y en posición rasante emprendió un vuelo suicida en dirección al puente. Este estaba lleno de pesados tanques. El avión pasó muy cerca de

donde yo estaba. A través de la encristalada cabina pude observar tranquilamente el rostro del piloto. Era muy joven y mientras lanzaba su aparato contra el puente apareció una sonrisa en su boca. Era una sonrisa de satisfacción. En ella no había ni odio, ni amargura ni miedo. Solamente la tranquilidad del deber cumplido. El "Stuka" con su cargamento completo de bombas, se estrelló violentamente contra el puente. La explosión fue enorme. Piedras, tanques y hombres volaron por los aires. Cuando el humo y el polvo se disiparon, el puente ya no existía, y sobre las revueltas aguas del río flotaba aún un ala del avión enemigo. De su piloto, ni rastro.

Dean hizo una pequeña pausa, como si quisiera revivir en su ulterior aquel dramático momento. Luego, mirando a la muchacha, continuó:

—Sentí verdadera admiración hacia aquel militar, casi un adolescente, que no dudó en sacrificar su vida para cumplir con lo que él creía su deber. La misma admiración que siento hacia Kolmar estrellando su astronave contra el satélite. Cualquiera de los dos podía haber dado media vuelta y regresar a su base. Nadie les habría podido llamar cobardes, pero su sentido del deber y su dignidad como hombres les impidió excusarse en una simple avería. El valor siempre es digno de admiración, aunque sea en un enemigo.

Dean miró a profesor y dijo serenamente:

—Si hay lucha estaré al lado de la gente de Kolmar. Me siento unido a ellos.

Bowman buscó la mano de su amigo y estrechándola con fuerza, dijo simplemente:

—Estaremos, amigo.

—Y yo—dijo Vicky con los ojos llenos de lágrimas— seré la primera corresponsal de guerra en una lucha interplanetaria.

—De acuerdo—respondió el comandante de la nave—, serás corresponsal, pues no creo que en estas regiones siderales exista la delicada profesión de enfermera. En las luchas entre planetas no habrá heridos, solamente muertos.

—Es la guerra total—replicó el profesor—. Nosotros los terrestres nos hemos librado de estas luchas por ahora, pero cuando nuestro planeta se asome al exterior, dentro de unos años, y las astronaves de la Tierra despeguen para explorar el espacio, nos veremos mezclados en ellas. En relación con los demás planetas estamos atrasados. Tenemos la prueba en esta nave que tripulamos y en los aparatos de Ozen y también en los tres *platillos* que nos atacaron cerca de Venus. No podemos competir con ellos de momento, pero cuando nuestro planeta se lance al espacio tendrá que hacerlo formando una sola unidad, un todo unido. No podrá haber ni europeos, ni asiáticos, ni

americanos. Solamente terrestres, y si no lo hacemos así, seremos rápidamente aniquilados y nuestra Tierra disgregada, y podría ocurrir que uno de nosotros quede incrustado en un trozo del planeta y vaya a parar a otro mundo, igual que el cuerpo de Kolmar vino al nuestro.

Dean asintió mudamente y cambiando de tema dijo:

—Tenemos que probar las escafandras y acostumbrarnos a su uso. —Y haciendo una leve reverencia a Vicky continuó—. ¿Tiene usted la bondad de acompañarme a dar una vuelta conmigo?

—De mil amores—respondió la muchacha siguiendo la broma—. Espere a que me ponga el sombrero.

Los dos jóvenes rieron abiertamente y entre jocosos comentarios fueron ajustando sus escafandras de cristal a sus cabezas. Bowman abrió una escotilla y por ella salieron Vicky y Dean. Una vez en el exterior la muchacha dio unos pasos por el techo de la astronave.

—Dean—llamó—, me cuesta trabajo andar. Siento como si los pies se me adhiriesen a la cubierta del aparato.

—En realidad es así—contestó el ingeniero—. Si no fuese de esta manera te desprenderías del aparato y poco a poco te irías alejando de él. Si quieres hacer la prueba no tienes nada más que apretar este botón amarillo que llevas en la cintura. Cuando se apague puedes saltar al vacío. Tus botas habrán perdido la imanación y nada te sujetará a la nave.

—No quiero hacer la prueba. Saltaría y me caería.

—No caerías—sonrió Dean—. Flotarías en el vacío. No hay fuerza de gravedad y el campo magnético de la nave es muy reducido. Observa lo que voy a hacer.

Dean apretó el botón amarillo, después dio un salto y se desprendió de la cubierta. Durante un instante quedó inmóvil, luego lentamente fue alejándose del cuerpo del aparato. Nuevamente apretó un botón, esta vez situado junto al cuello, en la unión de la escafandra con el traje térmico y expulsando un pequeño chorro de aire comprimido de uno de los depósitos sujetos a su espalda se elevó unas diez yardas sobre el Kolmar. Desde allí continuó hablando con Vicky.

—Aún estoy dentro del campo magnético de la masa de la nave y aunque tú no lo notes avanzo a la misma velocidad. Si me elevase cinco yardas más saldría de él y me perderías rápidamente de vista. Quedaría flotando eternamente en el vacío.

—¡Vuelve, Dean!—chilló la muchacha, y el angustioso grito resonó en el interior de su escafandra.

Dean sonrió cariñosamente y apretando nuevamente el botón de su cuello regresó a la nave.

—Ya estoy de vuelta al hogar—dijo alegremente—. Estando la

nave parada podemos hacer pequeñas excursiones al infinito espacio.

—Dean—-dijo la muchacha apoyando su mano en el antebrazo del ingeniero—. He sentido un enorme terror cuando he visto que te alejabas. Te suplico que no vuelvas a repetirlo.

—Vicky, muchacha—replicó suavemente el comandante de la nave —; no temas que nada me separe de ti. Si quieres, nos cogemos de la mano, saltamos al vacío y flotamos en él unidos para siempre. Aquí, en esta soledad espacial, no existe el tiempo. ¿Quieres?—preguntó asiendo la mano de la muchacha.

—Estás completamente loco, soñador—contestó la periodista arrogando su naricita.

Un suave zumbido resonó en el interior de la escafandra de Dean. Bowman quería hablar con ellos. El ingeniero abrió la comunicación de larga distancia y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada—respondió desde el interior el sabio—. Solamente quería saber cómo marchan las cosas por ahí afuera.

—Perfectamente. Quisiera que me dijeses el alcance del aparato emisor receptor que estamos usando. Lo ignoro aún.

—He calculado que unas diez millas.

—Conforme, así puedo alejarme esta distancia sin perder el contacto contigo.

—Puedes—contestó el profesor—, pero no te lo aconsejo, al menos mientras el aparato esté en marcha.

—Páralo y sube un rato a charlar con nosotros.

—No, amigo. Estoy impaciente por llegar a Saken y temer mi primera conversación con una linda sakenita.

—Bueno, ahora entramos nuevamente en la nave.

Vicky empezó a descender por la abierta escotilla. Dean dio unos golpes con los dedos en la escafandra de la muchacha. Esta levantó la vista y miró interrogadoramente a su amigo.

—Pareces un hermoso pececillo encerrado en una azulada pecera —dijo éste.

Una vez dentro del aparato y mientras se despojaba del equipo de superficie, la simpática periodista dijo:

—No creo que parezca un pez, di más bien que me siento como un queso encerrado en una campana para que las moscas no me molesten ni me manchen.

—En este caso—sonrió Dean—, eres el más hermoso queso que viaja por el espacio.

—Id a descansar—dijo el profesor—. Dentro de unas horas tendrás

que relevarme y a todos nos conviene estar frescos. Cuando lleguemos a nuestro destino no sabemos qué es lo que nos espera.

—De todas formas tendremos que enfrentarnos valientemente con lo que se nos presente—dijo Dean.

—Buenas noches—dijo Vicky-—. Me causa extrañeza tener que decir siempre *noches*.

—Algún día volverás a ver el sol—contestó Bowman.

—Eso espero—replicó la muchacha encaminándose hacia su compartimiento.

Dean apoyó una mano en el hombro del científico y después de bostezar dijo:

—También yo me voy a dormir. Se ve que el caminar por el exterior me ha producido sueño. Cuando quieras que tome los mandos despiértame.

—Mira el planetario antes de acostarte—dijo el profesor. —Y señalando un punto, continuó—. Ahora estamos aquí. Cuando te levantes estaremos justamente a la mitad de la distancia que nos separa ahora de nuestra meta.

El ingeniero asintió con la cabeza mientras se retiraba.

En el más completo silencio la astronave continuó avanzando vertiginosamente hacia el planeta Saken.

El científico, con mano firme, mantenía el rumbo.

* * *

Dieciséis horas después, los tres viajeros del espacio estaban sentados en la proa de la nave. Dean, atento a los mandos. Bowman, con un compás en las manos, trataba de fijar la posición del *Kolmar*. Vicky no apartaba la vista de la pantalla de radar.

—No tardaremos en ver el planeta—dijo el profesor dejando el compás—. En realidad el radar debía haberlo detectado ya. ¿Ves algo, Vicky?

—Nada—respondió la muchacha.

El aparato de radio empezó a emitir extraños sonidos. Los tres amigos fijaron su vista en él. Después de unos instantes de silencio, nuevamente empezó el extraño zumbido.

—Esto es que estamos entrando en el campo de las ondas emitidas desde el planeta. Creo que no tardaremos en oír la voz de uno de sus habitantes.

—La potencia de la emisora debe ser enorme—dijo Dean—, Piensa que aún no hemos podido ver en el radar el punto que señale su

presencia.

—¡Ahí está ya!—gritó Vicky completamente emocionada.

Efectivamente, un pequeño punto había aparecido en la pantalla y en el mismo instante el emisor-receptor cesó en su zumbido y una clara voz de hombre sonó a través del sensible altavoz.

—Denme sus cifras de identificación—pidió la voz en el idioma de Kolmar.

¿Lo entiendes, Dean?—preguntó el profesor manteniendo el micrófono en la mano pero sin establecer comunicación.

—Perfectamente—contestó el comandante de la nave.

Eres un magnifico profesor de idiomas siderales. ¿Y tú, pequeña? —preguntó a la muchacha.

—No ha sido difícil. Habla muy claro,

—Tendréis que acostumbraros a hablar en el idioma dée Saken... y a pensar también—dijo el profesor.

Nuevamente la voz sonó.

—Sus cifras de identificación. Su situación está claramente señalada en nuestras pantallas de fijación estelar. Sus cifras o nos obligarán a actuar.

Bowman abrió la conexión y lentamente fue diciendo:

—Habla el profesor Louis Bowman, del planeta Tierra. No tenemos cifras de identificación, pero puedo darles una referencia. Esté atento —el científico fue deletreando con sumo cuidado para no confundir ningún dato—, KO-3-L-1-MA-6-R7.

Después de un pequeño silencio una exclamación de sorpresa resonó a través del altavoz.

—Estas cifras corresponden a una de nuestras naves destruidas hace tiempo. ¿Cómo están en su poder?

El científico no contestó a esta pregunta. Hizo una seña a Dean indicándole que acelerase la marcha y después de lanzar una mirada al punto que brillaba en la pantalla y la situación de la astronave en el planetario, levantó dos dedos. Dean entendió perfectamente y varió el rumbo dos grados a la derecha. Solamente entonces volvió a hablar el profesor.

—Atención, habla la nave terrestre. Para contestar a su pregunta hace falta tiempo. Nuestra nave se llama *Kolmar*.

Nueva exclamación en el altavoz y el mismo hombre del planeta Saken que había hablado con anterioridad, volvió a hacerlo con voz alterada.

—No corte la comunicación. Un momento, que hablará con el Alto Mando Atmosférico. No corte.

Vicky fijó sus bellos ojos en la oscuridad que se abría ante el cristal de proa y después de un momento de mirar atentamente, levando su dedo índice y señalando hacia el infinito dijo con voz completamente ronca:

—¡Saken!

Ambos amigos miraron hacia el punto que señalaba la muchacha. Una tenue luz fija, sin parpadeos, había aparecido en la noche sideral.

Dean iba a hacer un comentario cuando el aparato de radio zumbó nuevamente y una voz más profunda, más reposada y acostumbrada al mando dijo:

—Nave Kolmar. Habla el jefe supremo del Alto Mando Atmosférico del planeta Saken, ¿me oyen?

—Perfectamente, señor. Continúe.

—Es completamente extraño que ustedes nos den las cifras de identificación de una de nuestras naves, cuando estas cifras solo son conocidas por los tripulantes y más extraño aún que su aparato lleve el nombre de uno de nuestros mejores jefes que murió en acto de servicio.

—Todo tiene una explicación—respondió el profesor—. Siento no poder dársela por radio pero muy pronto le aclararé toda la historia personalmente. Su planeta está ya ante la proa de nuestra nave.

—No llegarán. Estamos completamente bloqueados por nuestros enemigos… y algo me hace suponer que ustedes son amigos. No podrán atravesar la cortina formada por las rápidas naves de Ozen.

—Llegaremos—contestó lacónicamente Louis Bowman— en caso contrario nuestro viaje no tendría sentido.

—En este mismo momento—dijo el jefe sakenita—han entrado en el campo visual de nuestros observatorios telemétricos y por lo tanto están también bajo la observación de nuestros enemigos.

—Estaremos atentos—respondió el profesor.

—Una pequeña flota de naves enemigas de gran radio de acción ha despegado de una de las bases y marcha contra ustedes. Son ochos pesadas naves de ataque. Seguramente dispararán sin previo aviso pues habrán oído nuestra conversación.

—Gracias… y deséenos suerte.

—Suerte—dijo el jefe del Alto Mando.

—Dean—dijo el profesor—, vamos a repeler este ataque. Ahora no es hora de falsos sentimentalismos. Dicen que el mejor enemigo es el enemigo muerto. Voy a hacerme cargo de un juego de cañones y ametralladoras de uno de los ventanales laterales. No olvides—dijo sonriendo—que durante cierto tiempo fui oficial de grupos de asalto.

—...y yo—dijo Vicky poniéndose en pie—voy a haceros un café bien fuerte.

—Las naves enemigas dan un rodeo para atacarles por la espalda—dijo la voz a través del aparato de radio.

—En nuestro planeta solemos decir a veces “que el tiro sale por la culata"—bromeó Dean acercando el micrófono a su cara.

Las ocho naves enemigas aparecieron en la pantalla de televisión. El ojo electrónico de cola las detectó inmediatamente que entraron en su campo.

—Vamos a enseñarles a estos *vecinos* cómo se lucha en nuestra tierra—dijo Dean dando un hábil viraje a la izquierda. Luego inició una amplia curva levantando la proa, dirigiéndola hacia atrás. Al terminar el semicírculo se encontró a popa de las naves enemigas y antes de que éstas pudiesen comprender la hábil maniobra, la nave terrestre había tomado la ofensiva.

Ante el visor de Dean apareció la cola de la última de las naves del planeta Ozen. Junto al aparato que tenía bajo el fuego de sus cañones electrónicos navegaba otra astronave enemiga. Toda la flota avanzaba en línea de ataque y los dos últimos aparatos formaban la retaguardia.

Dean guiñó un ojo a su amigo y entre dientes murmuró: "El que da primero, da dos veces", y a continuación apretó los pulsores que mantenía entre los dedos.

La andanada de proyectiles trazó una línea luminosa desde la cola al morro. Los impactos iban levantando nubes da esquirlas en la constructura de la nave enemiga. Uno de los disparos abrió un amplio boquete en la parte delantera. Instantáneamente una azul llamarada brotó. Ante los ojos del profesor y de Dean la nave se convirtió en un brasero volante. Un hombre apareció por una de las escotillas con la intención de lanzarse al vacío.

Dean entornó los ojos e hizo tabletear una de las ametralladoras. El hombre se encogió sobre sí mismo y dio unos tambaleantes pasos por la ardiente cubierta de su navío sideral. Un impacto directo hizo añicos su escafandra de superficie. Al faltarle aire, elevó ambas manos a su garganta como si intentase abrirla en un desesperado esfuerzo para respirar.

El ingeniero centró el visor telemétrico en el centro del encogido cuerpo y piadosamente lanzó una ráfaga de pesados proyectiles de aire líquido. La violencia de los disparos arrancó al habitante de Ozen de la cubierta de la nave y lo lanzó al espacio. Su traje térmico lo defendía de los impactos pero uno de ellos acertó en su descubierta cabeza y el tripulante enemigo fue instantáneamente aniquilado. Momentos después el encendido aparato estalló en múltiples trozos.

Vicky seguía la lucha entablada con su atención dividida entre lo que veían sus ojos y los aparatos que atendía. Un zumbido le avisó que uno de ellos requería su atención.

—El detector de sonidos funciona—dijo la muchacha—. Está trazando grandes curvas en el gráfico.

Bowman se acercó rápidamente y después de consultar las curvas trazadas por el detector, dijo:

—Si el aparato acústico registra sonidos es que estamos dentro de una zona en donde hay aire. Sin él no se transmite el sonido, pero ¿qué clase de aire puede ser? Vicky, conecta los oídos electrónicos y ajustaros las escafandras sin abrir la comunicación con los cilindros de aire comprimido. Mientras estemos en el interior de la nave consumiremos el que producen nuestros generadores, pero no sabemos lo que puede ocurrir y vale más estar prevenidos.

Una fuerte explosión hizo que tanto el profesor como la muchacha corriesen junto a Dean. Otra nave enemiga se hundía en el espacio, completamente envuelta en llamas.

Mientras Vicky ajustaba la escafandra al comandante que no apartaba las manos de los pulsores de los cañones de proa, el profesor preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? No he sentido que nuestras armas entrasen en acción y en cambio otro enemigo ha caído.

—Carambola—contestó Dean—. Al estallar el primer aparato sus trozos fueron despedidos con gran violencia, la proa se desprendió completamente entera y como un gigantesco proyectil fue a clavarse en el costado de la nave que volaba a su lado. En cuestión de décimas de segundo la ha destruido.

—¡El café!—exclamó la muchacha perdiéndose rápidamente en dirección a la cocina.

—A tu puesto, Louis—ordenó el piloto—. De los dos cañones maneja uno, el otro déjalo conectado con el radar.

La formación enemiga se había dividido en dos alas y ahora se aprestaban a atacar. Una por cada costado del *Kolmar* y formando cuña.

La voz del jefe supremo del Alto Mando Atmosférico sonó alegremente en el altavoz:

—Enhorabuena, amigos. Ha sido un buen trabajo. Dos enemigos abatidos es toda una victoria. Ahora mucho cuidado, vuelven.

—Gracias, jefe—respondió Dean—. Verá el susto que les damos.

Las seis astronaves ozenianas se lanzaron velozmente sobre el aparato terrestre con la intención de atenazarlo bajo un fuego cruzado de todas sus armas.

El ingeniero sonrió al ver la infantil maniobra.

—Ten la vista alerta, Louis, vamos a enseñarles a estos principiantes lo que es luchar en el aire.

Tranquilamente dejó que el enemigo se acercase. Cuando el detector de sonidos registró los primeros disparos, inclinó la proa hacia abajo y el *Kolmar* se zambulló como un tiburón en busca de su presa.

Las ráfagas enemigas pasaron inofensivas por el lugar que antes ocupaban los terrestres. La cuña enemiga se deshizo en el aire para evitar el choque entre sí. Mientras reorganizaban sus líneas, Dean enderezó el aparato y a la máxima velocidad de sus cuatro reactores cósmicos se lanzó contra el enemigo. Tres de las naves de Ozen se estaban colocando en línea de combate pero su enemigo apareció por donde menos lo esperaban; por debajo.

Ante los visores telemétricos de Dean aparecieron los tres brillantes vientres de las grandes naves.

— ¡Ahora, Louis!—exclamó el comandante dando una perfecta vuelta. El *Kolmar* pasó por el lado izquierdo de la formación de las tres astronaves. Al iniciar la pasada los cañones y las ametralladoras de proa extendieron una cortina de proyectiles de aire líquido y termonucleares. Dean no se detuvo en comprobar la eficacia de sus disparos. Continuó el vuelo paralelamente a los aparatos enemigos.

Ahora fue Bowman y el sistema electrónico de radar los que entraron en acción. Cuatro cañones de tiro rápido y doce ametralladoras pesadas hicieron fuego cubriendo toda la formación.

—Dos menos—dijo el científico sin que su voz denotase la menor alteración—. Uno cada uno...

—Ahora vamos a liquidar el sobreviviente—contestó Dean—, ¿dispuesto?

—Cuando quieras—respondió Bowman apoyando su pulgar sobre el pulsador electrónico.

El ingeniero dio aún mayor velocidad al *Kolmar*, luego inició una vuelta sobre sí mismo, trazando un corto rizo y en vuelo invertido se lanzó furiosamente contra la proa del enemigo y a escasa distancia hizo fuego con todas sus armas. La nave ozeniana no pudo huir ni evitar el ataque ante tan rápida y arriesgada maniobra. Todos los proyectiles fueron a chocar formando un pequeño círculo en el cristal de su cabina de mando. Todos sus tripulantes fueron aniquilados, sin haber podido hacer el menor movimiento para evitar su fin. El piloto de Ozen se llevó ambas manos a la frente y luego se derrumbó sobre el astillado cristal. La nave sufrió un movimiento de bamboleo y después abatió su proa y se hundió.

—Dean se echó hacia atrás mientras la astronave ganaba altura.

—El altavoz volvió a funcionar.

—Es maravilloso verles luchar. Son las maniobras más limpias y seguras que he visto en mi vida. Mi sincera felicitación. Ahora sí tengo la seguridad de que llegarán a nuestro planeta.

Después de unos instantes de silencio el comandante en jefe del Mando Atmosférico dijo:

—La otra formación enemiga navega por debajo de ustedes. Entre las tres naves supervivientes está la del jefe de la flotilla. Ahora está comunicando con su base pidiendo órdenes. Tenemos su onda y ya les transmitiré las consignas del enemigo.

—Esperamos—contestó Dean.

Vicky estaba apoyada en la puerta con una taza de café en cada mano.

—Llevo aquí más de un cuarto de hora, señores carniceros—dijo—, ¿podéis desprenderos durante un momento de vuestro afán de destruir… y de las escafandras, y tomaros el café?

Bowman se volvió hacia la muchacha y despojándose de la ligera campana de cristal, dijo:

—Si, mi querida periodista. Hasta que nos den detalles de las intenciones de nuestros enemigos puedo tomar café y fumarme un cigarrillo… que buena falta me hace.

Mientras la muchacha ponía en la mano del profesor la taza, Dean, con la cabeza descubierta tenía la mirada fija en la pantalla de radar.

—Si continúan con la misma formación que ahora —dijo—vamos a aniquilarlos de una sola pasada. Haremos la misma maniobra que hemos hecho, pero a la inversa. Caeremos sobre ellos de punta y después de disparar las armas de proa ladearé la nave sobre un costado y así, tanto los cañones como las ametralladoras de este lado, entrarán en acción. La nave enemiga que se libre caerá bajo los disparos del grupo electrónico de popa. Será algo así como el halcón cayendo sobre la Cándida paloma.

—Di más bien como el águila sobre la venenosa serpiente.

—Como quieras—contestó el piloto asiendo la taza de café que le tendía Vicky.

Esta miró curiosa al científico y despojándose de la escafandra que aún conservaba puesta dijo:

—Hay una cosa que aún no comprendo. Cuando he entrado, Dean hacía dar a la nave una vuelta de campana, en cambio no he perdido el equilibrio. Yo temía por mis tazas, ¿puedes aclararme esto, Louis?

—Se me olvidó decirte—replicó éste—que estamos en el interior

de un cilindro independiente. Por más vueltas que demos, aquí dentro no notaremos nada. Lo que gira es la parte exterior, no la interior. Recuerda que te dije que la nave estaba formada por tres cuerpos superpuestos.

—Ahora ya estoy tranquila. Mis cacharros no se romperán.

—Nave *Kolmar*—llamó la radio—, nave *Kolmar*.

—Hable—dijo el profesor.

—Las órdenes que ha recibido la flotilla es de atraerles hacia su base y allí aniquilarles tranquilamente con el fuego de sus piezas pesadas.

—Será a la inversa.

Dean comprobó el funcionamiento de los mandos y la situación de las astronaves enemigas en la pantalla. Devolvió 1a taza a la muchacha y dijo:

—Vamos a poner en práctica el plan B, ¿en marcha?

—En marcha—respondió el científico tomando asiento junto a su cañón—. Ajustaros las escafandras.

Todos obedecieron y Vicky asió la máquina de filmar y fue a tomar posición junto a Dean.

Este comprobó que cada uno estaba en el sitio correspondiente y hundió la proa en el espacio en busca de las tres naves enemigas. Estas no tardaron en aparecer en su campo visual. Volaban una detrás de la otra y su velocidad era reducida.

—Tres hormiguitas regresando a su pequeño agujero. Tiro rápido, Louis, también los termites son hormigas y destruyen todo cuanto se cruza en su camino. Dispara contra la central, yo lo haré contra la última y las armas de popa se encargarán de la primera.

Dean se inclinó sobre el iluminado cuadro de mandos. Sus dedos acariciaban amorosamente los pulsores electrónicos. Vicky no apartaba la mirada de él y vio como su cara se transformaba cuando la última nave enemiga quedó encuadrada en el centro de su visor. La muchacha pensó, "parece una tela de araña y el aparato una mosca". La sacaron de sus pensamientos los sordos disparos que salían de las armas.

Dean disparaba furiosamente. Todos sus disparos iban dirigidos al centro de la nave de Ozen. Continuó apretando rabiosamente los pulsores hasta que sus dedos le dolieron. Cuando los separó, el aparato enemigo estaba materialmente partido en dos.

Dando una pequeña variación al medio volante, la astronave terrestre se tumbó sobre un costado, igual que un tiburón da la vuelta para asir a su presa.

Bowman empezó a disparar contra el aparato que le correspondía. Concentré su fuego sobre la parte trasera, junto a los motores que la impulsaban. Los pesados y mortíferos proyectiles la segaron. Dos de los pesados reactores saltaron al espacio. Otro estalló y el aparato capotó dejando una estela de llamas tras de sí.

—¡Listo!—exciamó el científico—, ahora la batería de cola hará el resto.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando el supersensible sismógrafo de a bordo zumbó con fuerza.

—Fuerte desplazamiento de aire. Una explosión a popa—dijo secamente Dean.

Vicky no esperó órdenes, conectó la pantalla de televisión y ante los ojos de los terrestres aparecieron los restos de lo que había sido una nave. El fuego de los cañones de popa había sido eficaz y en el espacio sideral ya no quedaba ningún enemigo visible.

—¡La ha desintegrado por completo!—dijo la muchacha cubriendo su boca con una mano.

—Asunto terminado—dijo Bowman ante el micrófono.

—Lo que he contemplado hoy hacía tiempo que deseaba verlo—contestó la voz.

—Señale sitio para que podamos aterrizar.

—Ante todo, rectifiquen el rumbo. Pierdan altura y pongan proa al 8K del planetario.

Dean cumplió las instrucciones y ante los ojos de los tres amigos apareció claramente el planeta Saken. Era algo menor que la Tierra y aparecía envuelto en finas capas de nubes que parecían jirones de gasa. La luz que lo iluminaba parecía emanar de las mismas capas que lo rodeaban.

Una vez más la voz del jefe sakenita volvió a sonar a través del aparato de radio.

—Ahora vamos a mandarles una de nuestras pequeñas naves de asalto. En ella irá uno de nuestros expertos atmosféricos. Después de la destrucción de nuestros tres satélites, millares de trozos continúan girando a nuestro alrededor y hacen difícil el vuelo según en qué zona de nuestra capa envolvente. Algunos de los trozos son tan diminutos que ningún aparato los detecta. Nuestro enviado lleva una detallada carta de navegación aérea en donde están claramente señalados todos estos diminutos satélites y su órbita, altura y velocidad.

—¿Cómo entrará su enviado en nuestra nave?

—Por lo que estoy observando a través del telescopio telemétrico, su aparato sideral es una copia exacta del que pilotaba nuestro jefe Kolmar. Entre los cuatro motores cósmicos quedan otros tantos

espacios.

—Efectivamente—repuso el profesor—. Yo creía que se trataba de depósitos para las emanaciones radiactivas.

—No—continuó la voz de la radio—. Están destinados a nuestros botes de asalto. Abra uno y nuestra lancha aérea penetrará limpiamente en él. Nuestro enviado les conducirá a través de las zonas peligrosas y les mostrará la entrada a nuestras pistas de aterrizaje. Allí les estaré esperando. Continúen a la misma velocidad y sigan el rumbo 8K. Corto.

El científico se volvió hacia sus amigos y estirando las piernas dijo:

—Ya hemos llegado y hay que reconocer que el viaje ha sido movidito. Me gustaría saber de dónde habían salido aquellos tres platillos volantes que nos atacaron cerca de Venus. Cuando regresemos nos daremos una pequeña vuelta por aquel planeta envuelto siempre en espesas nubes.

—Una vez—empezó Dean—, estando en el norte de África me empeñé en ver el rostro de una mujer árabe Tenía un hermoso tipo o al menos esto creía yo y pensé que también su cara sería bonita. Muy finamente aparté su velo. ¡Era feísima!… pero esto no fue todo.

—¿Qué más ocurrió?—preguntó interesada Vicky al ver que el piloto se interrumpía.

—Que encima de fea tus guardianes me pegaron la paliza más enorme de mi vida. No termina aquí la cosa.

Me llevaron al hospital y cuando el jefe de mi grupo se enteró del motivo de mi calamitoso estado no se le ocurrió otra idea que arrestarme por tiempo indefinido.

Vicky soltó una alegre carcajada mientras Bowman miraba a su amigo con aire intrigado.

—¿Qué quieres decir con esto?—preguntó.

—Pues está bien claro. Ya hemos visto el *tipo* a Venus y a lo mejor si levantamos el velo de sus nubes resulta que es tan fea como mi árabe… y la paliza es mayor.

—Me sorprendes. Dean. Tú, el nómada de América, el aventurero incansable, rehuyendo una interesante aventura. Tú has cambiado.

—No. soy el mismo, pero cuando los barcos bacaladeros regresan a puerto, siempre se toman un descanso antes de hacerse nuevamente a la mar.

Iba a contestar el profesor cuando nuevamente zumbó el receptor, a continuación una voz pidió:

—Nave *Kolmar*. Aquí el bote de asalto del planeta Saken. Abran uno de los compartimientos de popa. Estoy llegando.

—Ahora mismo se abre—respondió el científico.

Vicky hizo una observación que solamente ella era capaz de hacer.

—Parece la voz de una mujer… y de una mujer joven.

Bowman la miró sorprendido y replicó:

—Más bien parece la voz de un adolescente, pero tu comentario me hace pensar que también en este planeta habrá mujeres. Después de contemplar el cadáver de Kolmar me hice una idea general sobre los habitantes de Saken, pero no se me ocurrió pensar en las mujeres. No, no se me ocurrió.

—Esmeremos que no haya muchachas periodistas—bromeó Dean —. El compartimiento núm. 2 está abierto y la luz de situación encendida. Sería conveniente que fueseis a recibir a nuestro visitante.

—¡Mira!—exclamó Bowman—ahora viene. Tripula un bote de asalto como le llaman ellos. Observa que tiene un parecido semejante al de nuestros modernos coches de turismo. Es más bajo y más redondeado, pero la línea es casi 1a misma. Este bote aéreo debe alcanzar velocidades espeluznantes. Vamos a recibirle, Vicky. Tú y yo somos ahora el comité de recepción. Embajada de la Tierra en Saken.

Dean sonrió ante el comentario de su amigo. El y Louis habían sido vecinos durante muchos años y aunque el científico era cinco años mayor que él esto no había sido obstáculo para que entre ellos se hubiese forjado una de estas amistades que nacen en la adolescencia y que a través de los años van adquiriendo mayor fuerza.

Mientras mantenía el rumbo señalado iba pensando en una vez que Louis se metió en un hermoso lío con una muchacha. Ella era…, ¿cómo era?, ya no lo recordaba. Cuando volviese el científico se lo preguntaría. La luz que indicaba que el compartimiento número dos estaba abierto se apagó. Bueno—se dijo a sí mismo—el enviado ya está aquí. El número dos cerrado nuevamente y continuamos el rumbo a Saken La primera parte del objetivo está cumplida

Oyó pasos y voces a su espalda, pero en aquel momento una estela luminosa pasó ante sus ojos y fijó la atención en ella. Simplemente era uno de los trozos correspondiente a uno de los satélites destruidos. En voz alta dijo:

—Como uno de estos bólidos choque contra nosotros no sé lo que ocurrirá. Se ve que estamos entrando en la zona que nos anunciaron.

—Efectivamente, señor—dijo a su lado una armoniosa voz de mujer hablando en la lengua sakenita—. ya hemos entrado en ella.

Dean se incorporó suavemente. Su mano tanteó el cuadro de mandos y mecánicamente conectó el piloto automático. Completamente deslumbrado por la aparición que tenía delante, empezó a hablar en inglés.

—En la lengua que te enseñé, bobo—-dijo burlonamente el profesor—. Es de carne y hueso, pero no te entiende.

—Perdón—dijo el comandante del *Kolmar*—, es la fuerza de costumbre. Usted será el enviado del planeta, ¿verdad?—preguntó usando ya el idioma de ella.

—No, angelito—continuó burlándose Bowman al ver el lío que se estaba montando su amigo—es el recaudador de impuestos.

—Sí—repuso la recién llegada—y sería mejor que yo pilotase la nave mientras atravesamos esta zona.

—No—replicó Dean repuesto de su sorpresa—preferiría que me fuese indicando la ruta. Quiero aprenderla.

—Como quiera—contestó ella inclinándose sobre el ingeniero que había vuelto a tomar los mandos—. Reduzca la velocidad a la mitad. Dentro de unos instantes cruzará ante usted una masa de piedra y mineral. Cuando haya pasado puede volver a la de crucero hasta que yo le avise.

Dean fijó su atención ante el espacio que se extendía ante él. Toda la nave y su tripulación dependían de su pericia. Un pequeño error y una de aquellas masas que giraban locamente alrededor del planeta aplastaría la astronave. A sus espaldas oía el murmullo de la conversación. Cuando vio pasar el trozo de satélite volvió a forzar la marcha.

—Ya está hecho lo que dijo, señorita.

La bella sakenita se volvió hacía él y con su melodiosa voz dijo:

—Es usted un buen piloto. He contemplado su lucha contra las naves enemigas y me hizo gritar de emoción.

—Cada uno hizo lo que debía. y además todo salió bien.

—Siga el mismo rumbo, tenemos que evitar aún varios trozos más.

Vicky contemplaba con admiración a la muchacha sideral. Era de estatura muy aproximada a la suya, quizás la sakenita fuese media pulgada escasa más baja. Iba cubierta con un vestido sin mangas, totalmente blanco excepto el rojo dibujo del pecho. La falda era cortísima, más corta aún que las usadas en la Tierra para jugar al tenis. Las perfectas piernas aparecían desnudas en su totalidad. El pie, calzado con una sandalia de alto tacón, realzaba la figura de la esbelta criatura espacial. Una espesa y larga cabellera negra contrastaba con la blancura del vestido. La cara era perfecta y su aire exótico aumentaba la belleza natural del emisario. Su busto se dibujaba poderoso bajo la tela. Observó que la muchacha, a pesar de no usar el traje térmico ni la escafandra, llevaba un arma en el cinto. En aquel momento la muchacha habló nuevamente dirigiéndose a Dean:

—La zona peligrosa ya ha pasado. Ponga el rumbo S-3 y conecte el

piloto automático. Aún falta bastante para llegar a las pistas.

Dean llevó a cabo las operaciones indicadas y preguntó:

—¿La guerra va por buen camino?

—No, señor—replicó la muchacha—estamos en muy mala situación. El jefe del Alto Mando Atmosférico les pondrá al corriente. Yo no debo hacerlo. Solamente me he ofrecido a venir en su busca para hacerles unas preguntas de tipo completamente personal, ¿puedo hacerlas?

—No faltaría más—contestó rápidamente el profesor ofreciendo un asiento a la muchacha.

Esta aceptó y ya una vez sentados cómodamente todos los tripulantes de la nave interplanetaria, la bella y sugestiva sakenita empezó a hablar:

—Me llamo Silma y soy experta en cuestiones atmosféricas, cósmicas e interplanetarias—hizo una pausa y mirando rápidamente a cada uno de los terrestres, finalmente su mirada se detuvo en Vicky—. Soy la única hermana de Kolmar y como es natural me ha sorprendido que conozcan sus cifras de identificación y que esta nave lleve su nombre, además de ser una copia exacta de la que él pilotaba, cuando murió. Aún hay más—continuó Silma mientras un brillo de lágrimas aparecía en sus ojos—, este dibujo—y señaló su pecho—solamente lo usábamos Kolmar y yo. El lo copio de un antiguo libro y lo adoptó como emblema. Ustedes pueden contarme algo de mi hermano. Sé que murió, pues vi como ju nave se estrellaba contra el satélite, pero...

Las lágrimas empezaron a caer abundantemente de los ojos de Silma, Dean y Bowman se miraron entre sí sin saber lo qué hacer, como generalmente ocurre a todos los hombres cuando ven llorar a una mujer.

Vicky se levantó y fue a situarse junto a la otra muchacha. Pasó un brazo sobre los desnudos hombros de Silma y acariciando su pelo con la otra mano, con voz cariñosa que parecía una caricia, dijo:

—Llora, amiga mía, llora si esto te alivia. Estás entre amigos y cuando te calmes te contaremos nuestra historia y la forma que hemos llegado hasta aquí, Efectivamente, tu hermano murió, pero lo hizo como un valiente.

Silma, a través de sus lágrimas, escuchaba atentamente a su nueva amiga y apoyando una manecita en la de Vicky, dijo:

—Gracias, eres muy buena. Ya puedes contarme lo que quieras, no lloraré más—y con el reverso de su mano libre intentó secarse los ojos.

Bowman se inclinó hacia ella y poniendo un pañuelo en las manos de la muchacha, dijo:

—Yo encontré el cadáver de tu hermano formando parte de un

aerolito que cayó en nuestro planeta llamado la Tierra y…

Bowman, ayudado por Vicky y Dean, contó todo lo ocurrido, sin olvidar un detalle. Al terminar, un respetuoso silencio reinó en la cabina de la nave. Silma levantó los ojos libres ya de lágrimas y fijándolos en el científico dijo:

—Gracias a ti también. Has sido bueno con mi hermano muerto y si él viviese se sentiría orgulloso de teneros por amigos. Gracias a todos.

—Silma—dijo Dean—, esta nave lleva el nombre de tu hermano. Antes de conocerte ya habíamos tomado una resolución, ahora la mantenemos con mayor fuerza. Nosotros vamos a hacer lo mismo que hubiese hecho Kolmar. Luchar contra las astronaves de Ozen.

Silma no contestó pero su mirada recorrió cariñosa los rostros de sus amigos, finalmente dijo:

—Dean, volvamos a los mandos. Estamos llegando. Una vez sentado ante el cuadro de mandos y con todos los tripulantes de la nave a su alrededor, el piloto dijo:

—Observo que la capa de nubes ha quedado atrás y que la coloración de tu planeta tiene un tono morado. No es verde como nuestra Tierra,

—La vegetación es morada en Saken. Tanto la luz, como las nubes y el aire lo hemos creado nosotros. Hubo un tiempo en que nada de todo esto era artificial; todo era natural, pero la estrella que generaba luz y calor estalló y al mismo tiempo aniquiló a los planetas más cercanos a ella. Sobrevivimos los que estábamos más alejados.

—Igual que ocurriría en nuestra Tierra y en el sistema solar—dijo Bowman—si el Sol estallase aniquilaría a Venus, Mercurio, la Tierra y Marte y quizás a alguno más. Solamente se salvarían los más alejados.

—Vira tres grados a la izquierda, Dean—dijo Silma—, ahora pon proa hacia aquella elevación rojiza, ¿la ves?

Dean asintió y mientras dirigía la nave hacia el punto señalado no apartaba la vista del panorama que se iba desarrollando ante sus ojos. Amplias extensiones de un profundo color morado se iban sucediendo sin apenas interrupción. Pocas elevaciones tenía el planeta, al menos por aquella parte. Árboles aún no había visto ninguno, tampoco ciudades ni pueblos; no se veía mar ni ríos. Solamente una gran llanura morada. Recordó el desierto de Sahara. También era una inmensa extensión, pero de color amarillo y en cambio existía vida en ella. Vida rudimentaria, pero vida.

—Rodea la colina roja y en la parte de atrás verás un túnel abierto en la tierra, dirige la nave hacia él.

El aparato de radio volvió a sonar y el jefe sakenita dijo:

—Silma, tenéis libre la pista número uno y las barreras de entrada están quitadas.

Dean empezó a contornear la roja elevación y al llegar a la pared norte un enorme agujero apareció. El piloto consultó con la vista a la muchacha sakenita y ante el gesto afirmativo de ella lanzó la nave hacia la entrada del túnel. Los potentes reflectores situados en la parte delantera de la astronave iluminaban el camino. El corredor se iba ensanchando paulatinamente y las pétreas paredes se iban levantando hacia arriba y ya Dean no podía distinguir la bóveda.

Silma, al ver que los ojos del comandante de la nave se alzaban hacia arriba, dijo:

—Tú crees que el túnel se está haciendo más alto, ¿verdad?, pues ocurre todo lo contrario. Cada vez va profundizando más. Desde el momento en que hemos cruzado 1a entrada, un *robot* magnético se ha apoderado de la nave y la está guiando hacia la pista número uno.

Dean miró sorprendido a la muchacha y para comprobar la veracidad de sus palabras, varió ligeramente el rumbo. Los mandos respondieron dóciles a sus manos, pero la nave mantuvo la dirección y velocidad anterior.

Silma sonrió ante el gesto de extrañeza de Dean y continuó:

—Piensa que a veces entran en este subterráneo decenas de naves. Algunas regresan averiadas. El *robot* las clasifica, señala pista, las guía y aun las sostiene. Ninguna nave puede capotar aquí.

Una amplia cinta apareció ante la proa. La pista número uno estaba iluminada por una tenue luz verdosa. A ambos lados se dibujaban sombras de edificios.

El *robot* magnético dirigió el aterrizaje del *Kolmar* con la perfección de un consumado y experimentado piloto. Los patines de deslizamiento de la nave se extendieron automáticamente cuando la parte inferior del aparato estada a media yarda de altura sobre la verdosa pista. Una célula fotoeléctrica había dado la orden sin que ningún tripulante del navío estelar hubiese tenido que intervenir en ello. La astronave se deslizo suavemente y sin sufrir ninguna brusquedad, se detuvo. En el mismo instante de detenerse, una fuerza magnética le hizo poner proa hacia una de las pistas laterales y la dejó junto a uno de los extraños edificios que se levantaban a lo largo de ella.

—Va hemos legado—exclamó Silma—, Dentro de unos instantes conoceréis al jefe supremo del Alto Mando Atmosférico. Podéis quitaros las escafandras, estamos a mucha profundidad pero el aire es respirable.

En el momento que Dean se levantaba de los mandos la luz verde

de la pista se apagó, instantáneamente, una poderosa claridad azul alumbró completamente el campo subterráneo de aterrizaje. Ante los asombrados ojos de los viajeros de la Tierra apareció un asombroso espectáculo. Lo que creían simples pistas de despegue, era una auténtica ciudad construida en el subsuelo del planeta. Innumerables pistas corrían entre multitud de extraños y brillantes edificios de diversas formas geométricas. Tanto la estructura de la ciudad como la de los edificios habría enloquecido al más avanzado arquitecto de la Tierra. Una mezcla de conos, cilindros, esferas, paralelogramos, etcétera formaban un agradable conjunto. Predominaban los colores verde y azul, algunas notas rojas se veían diseminadas por el centro formando un fuerte contraste. La luz parecía emanar de los mismos edificios y las calles daban la sensación de estar pavimentadas con una resistente esponja de color verde clase. A pesar de la mezcla de colores no había estridencias de colorido.

Cuando Dean puso sus pies en el suelo lo hizo convencido de que sus botas se hundirían en aquella esponja, pero observó que a pesar de su apariencia de porosidad era tan resistente como el más duro pavimento de las calles de Nueva York o de las autopistas europeas y americanas.

La última en descender fue Vicky. Colgada del hombro llevaba su máquina de fotografiar. Sujeta a la muñeca por una trenzada correa pendía la de filmar y bajo el brazo sostenía una botella de *champagne*.

Una vez en el suelo de Saken toda la tripulación de la astronave terrestre vieron como un grupo de personas se acercaba rápidamente hacia ellos. Iban cubiertos con trajes parecidos al de Silma y cada uno llevaba sobre el pecho un emblema distinto. Unos eran rojos, otros azules, los había incluso negros. La estatura y complexión eran muy semejantes a la de los pueblos centroeuropeos. Cuando pudieron distinguir sus facciones, Bowman dijo a Dean hablando en inglés:

—Tienen todo el tipo caucasiano con mezcla aria. Todos los dibujos y estudios que se han hecho en la Tierra sobre cómo pueden ser los habitantes de otros planetas, en este caso han resultado una perfecta *plancha*. No me extrañaría que los moradores de Venus y Marte fuesen un poco más *guapos* que nuestros astros de la pantalla.

Cuando el grupo llegó ante los visitantes terrestres, un sakenita de porte marcial, luciendo sobre su blanco ropaje un dibujo azul representando una nave interplanetaria, se adelantó y con voz llena de agradables soronidades, dijo:

—Ya han llegado al planeta Saken. Como jefe supremo del Alto Mando Atmosférico les doy la bienvenida.

Apoyó ambas manos sobre los hombros del científico y mirándole fijamente a los ojos, continuó:

—Este es nuestro saludo.

El profesor hizo la misma operación con el sakenita y después, su mano derecha, asió la de él y estrechándola fuertemente, dijo:

—Y éste es el nuestro. En la Tierra, los hombres nos saludamos con un apretón de manos.

El jefe aéreo de Saken fue saludando a Dean y a Vicky y una vez terminada la bienvenida, dijo:

—Me llamo Bundar—y señalando a sus acompañantes—: Estos son mis ayudantes y colaboradores. Los nombres de todos ustedes los conozco ya. Usted es el profesor Bowman, la periodista, Vicky y el piloto-ingeniero, Dean.

Al ver el gesto de sorpresa de los tres amigos sonrió llanamente y explicó:

—Cuando explicaron su historia a Silma tenían la conexión del aparato emisor-receptor abierta… y me enteré. Disculpen mi curiosidad pero como jefe de las naves del planeta tengo que estar al corriente de las cosas que pasan en el espacio sideral. Ustedes pilotan una nave de un tipo diseñado en nuestros laboratorios y que se llevó en el máximo secreto. En la actualidad, el aparato que les ha traído es el único que existe de este tipo. Todos los demás, así como los planos, y el grupo de ingenieros y científicos que lo crearon, fueron destruidos por el enemigo. Nuevamente les pido disculpas por mi curiosidad.

Estaba plenamente justificada—respondió Bowman dibujando en sus labios una amable sonrisa—, aún es más, nosotros le estamos muy agradecidos ya que así nos ahorramos tener que repetir el relato.

Bundar correspondió a la sonrisa de Bowman y apoyando una mano en el hombro del científico empezaron a andar en dirección a un edificio de grandes dimensiones, como si fuesen amigos de toda la vida. El edificio hacia el cual se dirigían estaba rematado por una media esfera que despedía una agradable fluorescencia.

Detrás de ellos dos seguían las dos muchachas y Dean y, finalmente, cerrando el cortejo, los ayudantes del jefe Bundar.

Éste continuaba hablando amigablemente con el profesor Bowman:

—Señor—decía—, oí por el receptor que tanto usted como sus amigos están dispuestos a intervenir en la lucha que sostenemos contra los asaltantes de Ozen. Por las notas del pobre Kolmar sé que están enterados de los motivos que han impulsado a nuestros enemigos a atacarnos de una forma tan violenta, pero lo que no saben ustedes es lo que ocurrió después de la muerte de Kolmar. En la comodidad de mi despacho les relataré lo ocurrido y después podrán ustedes rectificar su decisión, si lo estiman conveniente.

Cuando llegaron a la puerta del edificio, ésta se abrió rápidamente sin producir el menor ruido. Penetraron en el interior y cuando el último de los hombres hubo entrado, la puerta se cerró con la misma rapidez y silencio. La misma tenue luz verdosa que alumbraba las pistas de aterrizaje y las calles de la ciudad, brillaba en todo el edificio. Los muebles eran escasos y en la construcción de los que aparecían a la vista estaba mezclado el cristal y aleaciones de distintos minerales.

Dean se detuvo ante un sillón y después de mirarlo detenidamente se inclinó para comprobar su peso. Como ingeniero le atraía el raro material de que estaba construido. Acostumbrado a los muebles de la Tierra hizo la fuerza que él creía necesaria… y casi lanza el sillón por encima de su cabeza.

Silma rió alegremente al ver el susto del comandante del *Kolmar*.

—Ya te acostumbrarás a calcular el peso de nuestros minerales y de todas las otras cosas.

Bundar y el profesor estaban ante una gran puerta de dos hojas que se estaba abriendo. Al llegar Dean y las muchachas, dijo el primero:

—Pasen, éste es mi despacho—y dirigiéndose sus ayudantes ordenó—: Pueden volver a sus sitios…

Cuando entraron en el despacho se hallaron en una amplia sala amueblada solamente con una gran mesa de trabajo y media docena de cómodas sillas. Un gigantesco planetario de cristal cubría totalmente la pared del fondo, otra quedaba también oculta por un gran planisferio de Saken. Sobre la mesa había una multitud de pequeños aparatos y en la parid derecha tres hileras de botones.

—Siéntense—dijo Bundar—yo permaneceré en pie pues en esta posición las ideas y los pensamientos fluyen con mayor facilidad.

Los tres terrestres y Silma tornaron asiento formando un pequeño semicírculo atentos a las explicaciones del Alto Mando.

—Gracias al sacrificio de las seis naves mandadas por Kolmar—empezó Bundar, mientras daba cortos paseos— los tres satélites que servían de bases a nuestros enemigos fueron totalmente aniquilados y borrados del espacio. Gran número de nuestros enemigos fueron totalmente aniquilados así como la mayor parte de sus astronaves. De las nuestras ninguna regresó.

Bundar hizo una pequeña pausa, dolido por el recuerdo de la destrucción de sus hombres.

—Con la desaparición de los satélites no logramos nada más que ganar tiempo. Creíamos que una vez destruidos, nuestros enemigos abandonarían la lucha, ya que su objetivo no existía y nosotros no

íbamos a continuarla. No tuvimos en cuenta que la composición mineral de nuestro planeta es exacta a la que tenían los cuerpos celestes que giraban a nuestro alrededor. Los habitantes de Ozen no lo ignoraban y decidieron que, dado que los satélites no existían, había que apoderarse del mismo planeta.

“Después de la muerte de Kolmar y sus hombres, las naves enemigas desaparecieron de nuestro espacio. Todo lo que quedaba del ejército aéreo de nuestros atacantes había regresado a su planeta. Sin bases cercanas no podían continuar con su ofensiva."

Bundar nuevamente se interrumpió y acercándose a su mesa pulsó uno de los innumerables botones. Tanto el planetario como el planisferio quedaron iluminados.

—Ozen—continuó—está situado aquí—dijo señalando un punto—. sus naves no tienen la autonomía de vuelo que tiene la que les ha traído hasta aquí. Ellos necesitan bases, mejor dicho, una cadena de ellas, para continuar sus exploraciones guerreras. Nosotros que sabíamos esto, pensamos que no volveríamos a verlos ni a sufrir ningún nuevo ataque por su parte hasta que lograsen crear una astronave lo suficiente potente para hacer el vuelo directo desde Ozen a Saken y regresar. Sabíamos que esta nave nunca la podrían construir por la sencilla razón de que para ello son necesarios y completamente indispensables, los minerales que solamente existen en nuestro planeta y anteriormente en los tres satélites. En realidad, la causa verdadera ele estos ataques es el mineral. Esta seguridad nos hizo descuidar la defensa y no pensamos en pasar al ataque. Tan solo se tomó el acuerdo de construir una flota de treinta y seis naves semejantes a la de Kolmar. También nuestros científicos hallaron la forma de anular el efecto de los destructores rayos anaranjados que disparan las rápidas y pequeñas naves enemigas.

Antes de que esta flotilla de grandes astronaves quedase en condiciones de salir al espacio sufrimos un devastador ataque por parte de nuevas fuerzas enemigas. Fue tan brutal y rápido que no pudimos hacer nada para defendernos, con la particularidad que este primer asalto enemigo acabó con todos nuestros medios de defensa.

El jefe sakenita se detuvo ante Bowman y con sonrisa amarga, dijo:

—Todos ustedes se preguntarán cómo pudieron desencadenar un nuevo ataque careciendo de bases. En realidad las tenían. Lo permitió nuestra estupidez.

Bundar volvió al iluminado planetario. Sobre el fondo oscuro brillaban los puntos que señalaban la situación en el espacio de planetas, satélites, estrellas, galaxias y nidos de galaxias. Trazando una línea imaginaria entre Ozen y Saken, continuó hablando:

—Crearon bases artificiales. Anclaron naves-pontones en el espacio

y sobre ellas construyeron una gran plataforma con pistas de aterrizaje y de despegue. Levantaron depósitos de combustibles atómicos, de alimentos y demás material. Una vez terminada la primera base, ésta les sirvió de punto de partida para construir la segunda, y así, una tras otra han construido seis. La última está ocupando la misma situación que tenía uno de los tres satélites. Es la mayor y continuamente aumenta de tamaño pues van añadiendo nuevas naves-pontones. El enemigo va concentrando fuerzas y más fuerzas esperando el momento oportuno para dar el asalto final.

—Un momento—interrumpió Dean—, la flota que estaban construyendo estará ya terminada, ¿cómo es que no han atacado las bases?

Bundar no contestó de momento. Se acercó al planisferio de Saken que estaba en la pared y apoyando una mano sobre él dijo:

—Querido amigo, usted no recuerda que le dije que todo lo que hacía referencia a estas naves, tanto planos, como científicos e ingenieros así como ellas mismas, fueron totalmente destruidos. Este plano que está aquí—dijo golpeando con la mano el planisferio—corresponde a la capa superior de nuestro planeta. En él están claramente señaladas y delimitadas 250 ciudades de superficie, en la actualidad ya no existe ninguna. Todas fueron destruidas por los ataques de las naves de Ozen.

—Esta—dijo señalando un punto situado en el nordeste—era donde estaban nuestros científicos, factorías de construcción, laboratorios y almacén de astronaves. Fue la primera que recibió el impacto de las cargas atómicas y cósmicas lanzadas por nuestros enemigos. Quedó materialmente borrada de la corteza de nuestro planeta. En el extenso terreno que cubría ahora existe un enorme agujero.

"En el exterior el aire no es respirable. Cuando el cuerpo celeste que nos servía de generador de luz y calor estalló, toda la población se refugió en nuestras ciudades subterráneas. Aquí, nuestras grandes centrales cósmicas producen el aire que respiramos. Enormes combinados foto-eléctricos producen el calor y la luz. Aire, calor y luz nacen en el interior del planeta. La vegetación de superficie es pobre, mejor dicho, mísera, pero también tiene su utilidad para nosotros. Gracias a ella logramos reacciones de fusión que nos ahorran muchas complicaciones. En un cuerpo completamente mineral, aunque sea tan rico como el nuestro, la única vida vegetal es un verdadero símbolo... y más si es práctico. Con las escafandras se puede andar tranquilamente por la parte externa, además, las cargas de los cilindros no se agotan nunca. Un proceso de recomposición interna las recarga a medida que se consumen.

"A través de distintas épocas fue naciendo la idea de construir una ciudad en la superficie. Lo único difícil era encontrar una solución para mantener el aire dentro de ella. Esto se logró cuando un joven científico pensó que si él podía sobrevivir gracias a su escafandra lo mismo podía ocurrirle a una ciudad; era necesario construirle una campana de cristal lo suficiente grande para cubrirla. Con la extraña idea del muchacho se hizo una prueba en pequeña escala; dio resultado y así nació la primera ciudad cubierta. Las distintas generaciones de sakenitas que vinieron fueron levantando más y más ciudades, hasta llegar al número que antes les he citado. La vida volvió a la corteza del planeta. Industrias, comercios, laboratorios, centros de enseñanza, incluso el mando, fueron estableciéndose en las ciudades. Poco a poco en el interior solamente quedaron las fábricas generadoras de aire, luz y calor... y ciudades muertas.

"Cuando el enemigo atacó nuevamente lo hizo convencido de que nuestra destrucción seria rápida. Primeramente se lanzó contra la ciudad científica y centro de construcción de nuestras naves y medios de defensa. Con sus rayos destructores pulverizó la campana de cristal que la cubría. Como es natural el aire desapareció al no tener nada que lo retuviese, y todo habitante que no pudo ajustarse la escafandra individual, murió. Los que pudieron ajustársela no tardaron en seguirles. Las naves atacantes dispararon sus cañones y ametralladoras. Una tempestad de proyectiles de aire líquido, termonucleares y de fisión se abatió sobre los edificios y calles. Luego, el enemigo, en formación cerrada dejó caer las cargas cósmicas. La ciudad quedó completamente aniquilada. Nadie se salvó de la carnicería.

"Aun no se tenían noticias claras de lo ocurrido cuando otra flota de naves de Ozen cayó sobre otra ciudad. Esta era el centro administrativo del planeta, igual que la otra era el científico. El brutal ataque volvió a repetirse con las mismas características y la segunda fue también totalmente aniquilada. En dos únicos ataques nos dejaron sin gobierno y sin científicos; completamente destruida y anulada nuestra flota.

"Los ataques se fueron repitiendo con una extraordinaria rapidez. La gente huyó despavorida hacia el interior y podemos agradecer que las vacías ciudades subterráneas no hubiesen sido descuidadas y se mantenían en perfectas condiciones. Claro que esto se debe mayormente a la circunstancia de que todo el aire se mandaba al exterior y nada de él quedaba en el subsuelo. La carencia de aire ayudó a conservar todo cuanto había.

"Todos los núcleos de superficie habían sido aniquilados, Yo he visto treinta grandes llamaradas brotar en la noche espacial. Treinta

ciudades destruidas en un solo ataque y nosotros sin poder defendernos."

—Esta es nuestra situación, nuestra angustiosa situación—terminó Bundar.

El profesor cruzó sus manos a la altura de sus ojos y mientras hacía tamborilear sus dedos sobre los de mano contraria, preguntó:

—¿Podría decirme los motivos por los cuales los ozenianos no se han lanzado aún al asalto final?

—Para atacarnos en el interior del planeta—explicó Bundar—no pueden hacerlo con sus naves, ni aun con las pequeñas. Nuestros *robots* magnéticos las estrellarían contra las macizas paredes de los túneles de entrada, y tampoco pueden lanzar sus tropas de asalto sobre la superficie mientras tengamos naves como la que ha pilotado Silma. Ellos saben que tenemos muy pocas y esperan ir destruyéndolas tranquilamente. Cuando esto ocurra habrá llegado la hora del asalto final.

—¿Tiene alguna industria pesada en el interior?—continuó preguntando Bowman.

—Sí, hay tres y en muy buenas condiciones.

—¿Se podrían construir naves como el *Kolmar* en poco tiempo?

Bundar hizo mentalmente unos pequeños cálculos y respondió:

—Se pueden hacer.

—Entonces—explicó Bowman—vamos a empezar ahora mismo. Vamos a construir una flota de astronaves. Tenemos los planos, el material y las fábricas, ¿el invento para neutralizar los rayos anaranjados se perdió también en la destrucción de la ciudad-científica?

—Creo que no—respondió Bundar—, me parece recordar que el sabio que lo estaba perfeccionando se hallaba fuera de la ciudad cuando tuvo lugar el ataque. Ahora me enteraré.

—Yo misma iré—dijo Silma levantándose y desapareciendo rápidamente.

—Vamos a trazar un plan de operaciones, ¿no le parece?—dijo el profesor Bowman—. Primeramente hay que engañar y entretener al enemigo para que nos dé tiempo a construir las naves. De esto se encargará Dean con el *Kolmar*.

Bundar asintió y mirando frente a frente al piloto dijo:

—Voy a pedirle un favor. Somos muchos los que le hemos visto luchar contra las naves de Ozen y a todos nos entusiasmó la pericia y habilidad con que maniobró. Es una forma de luchar que desconocemos, ¿le molestaría adiestrar a los tripulantes que tendrán

que llevar las nuevas naves al combate?

—Me encantará hacerlo, Bundar—replicó Dean.

Silma entró nuevamente en el despacho.

—El invento está en condiciones de ser usado—dijo—; nadie se preocupó de él una vez destruidas las ciudades y la flota de astronaves. Careciendo de una y otra cosa no nos hacia falta.

—Que lo acoplen inmediatamente al *Kolmar*—ordenó Bundar inclinado sobre un pequeño micrófono de su mesa.

Vicky, que había permanecido sentada durante la larga disertación del jefe sakenita, se levantó y dejando sobre la mesa la botella de *champagne*, dijo:

—Habíamos quedado en que al llegar a nuestra meta brindaríamos. Bien, ya estamos en ella, además podemos incluir en el brindis a nuestros dos nuevos amigos. Silma —llamó—, ¿serías tan amable de ir a buscar unas copas?

—¿Copas?—preguntó extrañada Silma.

—Me imagino que no sabes lo que son. Acompáñame a la nave y te lo enseñaré.

Cuando las dos muchachas hubieron salido, Bowman dijo:

—Ahora vamos a trazar la continuación de nuestro plan de operaciones. Mientras Dean distrae al enemigo y adiestra a las futuras tripulaciones, nosotros construiremos las naves y después.

Cuando Vicky y Silma entraron con las copas, los tres hombres se habían puesto de acuerdo y el plan estaba aprobado.

Vicky llenó las cinco copas y entregando una a cada uno, levantó la suya, diciendo:

—Para que la paz reine en Saken.

Una vez terminado el brindis, Bundar dijo:

—Ahora les señalaremos habitaciones en este mismo edificio y cuando hayan descansado les llevaré a que vean nuestras ciudades subterráneas—apretó un nuevo botón y no tardó en aparecer una linda muchacha vistiendo el mismo atuendo que Silma, pero sin emblema en el pecho.

—Lleva a mis visitantes a las habitaciones centrales —dijo Bundar.

La muchacha asintió y esperó a que los tres terrestres salieran.

—Que descansen—deseó Bundar y con simpático gesto tendió su mano a los tres amigos—. Yo, voy a trabajar un poco más—continuó mientras acompañaba al grupo hasta la puerta.

Cuando los tres viajeros y Silma llegaron ante las habitaciones que les había señalado la linda guía, la hermana de Kolmar dijo:

—Yo me encargaré de todo cuanto haga referencia a vuestra

comodidad. Que descanséis.

Bowman la retuvo por un brazo cuando iba a alejarse y cariñosamente dijo:

—No, tú no te vas. Formas parte de la tripulación del *Kolmar* y debes permanecer con el resto de ella, ¿verdad, comandante?— preguntó a Dean.

—Desde luego—contestó éste—. Si te vas podemos tomarlo como una deserción. .

—Ven—dijo Vicky—, dormirás en mi departamento y así me pondrás al corriente de las modas que se llevan esta temporada en Saken.

Silma accedió rápidamente a la petición de sus amigos y cuando las dos muchachas hubieron desaparecido, Dean empujó amistosamente a Bowman, diciéndole:

—Bonita, ¿verdad? Louis, eres un tunante y voy a darte un consejo. No te enamores en Saken; imagino que después de tanta destrucción de ciudades los pisos andarán muy escasos aquí.

—Pero no en la Tierra—replicó rápido el científico—. Tengo un hermoso departamento en Nueva York y en él cabe perfectamente otra persona.

—¡Que Alá te bendiga, hermano!—exclamó Dean penetrando en su habitación y cerrando la puerta.

* * *

Cuando Bowman despertó, a los pies de su cama vio un blanco vestido de sakenita. Se lo puso y en el pecho encontró el rojo dibujo de Theomkahl.

"Aquí ha estado Silma", pensó mientras terminaba de vestirse, y continuó pensando, pero esta vez en voz alta.

—Treinta y cinco años es una buena edad para casarse.

—...y para caerse de un andamio—resonó burlonamente a sus espaldas la voz de Dean—. Anda, date prisa que creo que nos están esperando, pescador de sirenas siderales.

Cuando los dos amigos se encaminaban al despacho de Bundar tropezaron con Silma y Vicky que charlando a media voz y entre reprimidas risas avanzaban hacia ellos. Las dos muchachas vestían exactamente igual y el rojo emblema parecía tener vida propia sobre sus pechos.

Dean abrió la boca para expresar su admiración ante la deslumbrante belleza de Vicky, pero volvió a cerrarla nuevamente sin haber pronunciado una palabra. Un codazo en las costillas le arrancó

de la contemplación en que estaba sumido.

—Los pisos andan escasos en Saken—recordó Bowman a media voz.

—Bundar os espera para desayunar—dijo Silma mirando fijamente a Bowman.

Dean—dijo Vicky, mirando el corto traje del piloto—, siento decirte que tienes las piernas torcidas.

—¿Yo?—exclamó éste inclinándose hacia delante para examinar sus extremidades.

Los tres amigos soltaron una fuerte carcajada y entre bromas fueron a reunirse con Bundar.

Sentados los cinco en una mesa, comieron extrañas comidas, pero agradables al paladar. Los tres terrestres explicaron a los sakenitas cómo era la Tierra y la conversación se hizo general.

Una vez retirada la mesa, Bundar se levantó y dijo:

—Vamos, abajo nos espera un *tem* que rápidamente nos llevará a las fábricas.

El pequeño grupo descendió por unas anchas escaleras y al final de ellas encontraron un pequeño bote.

—Esto es el *tem*—dijo Bundar—. El nos llevará a las fábricas. Todo el subsuelo de Saken está cruzado de infinidad de túneles, que por lo que me habéis explicado, cumplen la misma misión que las carreteras en vuestro planeta. La diferencia está en que el bote no toca el suelo. Vuela. Es dirigido por un cerebro electrónico. Bowman —continuó Bundar—. habla ante este pequeño micrófono que tienes delante. Di simplemente: K-7.

El científico así lo hizo y aún resonaba su voz en el aire cuando ya el *tem* emprendió un veloz vuelo a escasas pulgadas del suelo.

Después de visitar ciudades y fábricas subterráneas, en el mismo vehículo regresaron al despacho de Bundar. Cuando entraron en él un numeroso grupo de sakenitas estaban reunidos esperándoles.

—Estos hombres formarán las tripulaciones de las nuevas naves. Ahora les diré que deben obedecerte. Lo harán y verás que son excelentes luchadores. —Y encarándose con aquellos sakenitas empezó a hablar señalando a Dean—: Desde este momento esté hombre venido desde otro planeta es vuestro jefe. Como tal le debéis obediencia y respeto.

Cuando Bundar terminó de hablar, Dean formó grupos de seis hombres, les dio un número de equipo y dijo:

—El número 1, a equiparse con traje térmico y escafandra. Lo espero en la nave *Kolmar*. Vamos a salir. En el próximo vuelo vendrá

el número 2 y así sucesivamente.

Los hombres desaparecieron rápidamente y Dean dijo a Bundar:

—Vamos a despegar inmediatamente. Haré un vuelo de reconocimiento a lo largo de las seis bases enemigas.

—El aparato neutralizador de los rayos anaranjados ya está colocado en la astronave.

Cuando Dean salió de su habitación equipado con el traje de vuelo interestelar, Vicky estaba esperando en la puerta.

—Solamente quería desearte mucha suerte—dijo la muchacha… y que tengas cuidado. No estaré tranquila hasta que te vea regresar.

Dean colocó un dedo debajo de la barbilla de la muchacha y acercando su cara a la de ella, dijo:

—Volveré ileso, no temas. Tengo que decirte algo y no quiero que tengas que esperar mucho tiempo—e inclinando su cabeza rozó los labios de la bonita periodista.

Cuando llegó junto a la nave interplanetaria la nueva tripulación aún no había llegado. Estaba comprobando si los cilindros de aire comprimido ajustaban bien cuando llegó el grupo de seis hombres. Dean ordenó:

—A bordo.

Uno tras otro fueron subiendo rápidamente. El último fue Dean, que cerró la escotilla. Una vez en el interior, fue señalando el sitio que correspondía a cada uno. Tomó asiento ante el cuadro de mandos y conectando el emisor dijo:

—Listos. Pónganme en pista.

La nave quedó rápidamente colocada en la reluciente franja verde y el *robot* magnético la dirigió hacia la salida.

En el mismo momento en que Dean salía a la superficie, Bowman empezaba la construcción en serie de la nueva flota aérea de Saken.

El primer paso hacia el desquite estaba dado.

* * *

Vuelo tras vuelo fueron pasando todas las tripulaciones por la cabina de mando del *Kolmar*. Aprendieron a rizar el rizo, a trazar toneles, a entrar en barrena, a dar vueltas sobre un costado. Se acostumbraron al vuelo invertido y poco a poco fueron adquiriendo seguridad en sus acrobacias aéreas.

El trabajo fue duro para todos. Durante el adiestramiento habían sostenido varios encuentros con las naves de Ozen. Las seis bases enemigas habían sido sobrevoladas decenas de veces y en manos de

Bundar estaban millares de fotografías que señalaban claramente los puntos débiles de ellas.

Mientras Dean volaba, Bowman construía.., El plan se desenvolvía cada vez con mayor perfeccionamiento. Bundar se sentía satisfecho de sus nuevos amigos. Incluso las muchachas trabajaban.

. .Y así llegó el día D, como decía Vicky.

* * *

Reunidos en el despacho de Bundar los tres terrestres, Silma y un grupo de oficiales del Alto Mando Atmosférico, escuchaban atentamente las palabras del jefe supremo.

—Dentro de muy poco tiempo vamos a iniciar nuestro ataque contra las fuerzas enemigas. En los últimos días hemos sacrificado seis botes de asalto que fueron lanzados al espacio sin piloto, dirigidas tan solo por un cerebro electrónico. El enemigo sabía que teníamos solamente estas seis naves y después de su destrucción, se está preparando para apoderarse de nuestro planeta.

Bundar se interrumpió para conectar una gran pantalla de televisión. En ella apareció la base artificial más cercana. Era una enorme plataforma construida sobre naves-pontones que flotaba en el espacio. Sobre su cubierta se observaba un gran movimiento. Enormes aparatos estaban estacionados, mientras formaciones de hombres cubiertos con rojos trajes térmicos, con escafandras y armados con cortos fusiles electrónicos de aire líquido, iban penetrando en el interior de les aparatos.

—Astronaves de transporte de tropas—dijo Bundar.

La base artificial bullía de agitación. Los habitantes de Ozen se disponían a dar el asalto final.

—El enemigo sabe que estamos sin medios de defensa. Supone que solamente tenemos una nave, la que trajeron nuestros amigos desde el planeta Tierra. Lo que no sabe, pero que no tardará en enterarse, es que hemos construido treinta grandes astronaves de combate, perfectamente equipadas para la defensa, incluso dotadas del dispositivo para anular sus famosos rayos anaranjados. Sus tripulaciones han sido adiestradas para esta lucha que vamos a emprender. Aún hay más—continuó el jefe sakenita—, También hemos construido una flota de ciento veinte botes de asalto armados de dos cañones electrónicos a proa y otros dos a popa y con una pesada batería de doce ametralladoras de las mismas características. Todas las armas, tanto las de las astronaves como las de los botes, disparan proyectiles de aire líquido, termonucleares y de fisión cósmica.

Nuestro plan de operaciones se divide en tres etapas. Primera: Vamos a dejar que el enemigo ponga pie en nuestra superficie. No haremos un solo disparo para impedírselo, pero una vez desembarcadas sus tropas y paradas sus naves, atacaremos. Los botes de asalto aniquilarán al ejército enemigo, mientras las astronaves atacarán la base artificial y la destruirán. Segunda etapa: Aniquilamiento de la cadena de bases entre los dos planetas. Solamente se dejará intacta la más cercana a Ozen, pero quedará en nuestro poder. Tercera y última: Destrucción del planeta de nuestros enemigos La base capturada será nuestro cuartel general.

—Yo personalmente mandaré la flota de los botes de asalto. Dean Loon será el comandante en jefe de las astronaves. Ahora pueden ir a equiparse y a ocupar sus sitios—miró la pantalla de televisión y dijo —: Nuestros enemigos van a despegar y no tardarán en estar aquí.

El numeroso grupo se disolvió rápidamente y sus componentes se perdieron por los pasillos del edificio. Cada hombre iba ya a ocupar su puesto.

Una vez cubierto con el azul traje térmico. Dean salió de su habitación y ante la misma puerta encontró a Vicky, que completamente equipada le estaba aguardando.

—Hola, comandante—saludó jovial.

—¿Qué haces vestida así?—preguntó Dean.

—No querrás que suba al *Kolmar* con aquella falda tan corta, ¿verdad?

—-Tú te quedas aquí, haciendo calceta y ¡no me compliques más la vida!

—Soy corresponsal de guerra y debo informar a mis lectores de la lucha que va a empezar. Yo voy en la nave, ¿de acuerdo?

—No quiero discutir; además, si no vienes conmigo eres capaz de subirte a la primera astronave que tenga una escotilla abierta. Vamos.

Cuando penetraron en el interior del aparato interestelar ya Bowman ocupaba su puesto. Al ver entrar a los dos amigos dijo:

—Ya era hora. Creí que habíais desertado.

—Nuestra periodista se ha empeñado en venir y ya sabes lo que ocurre cuando quieres razonar con una mujer—contestó Dean—: se llega tarde a los sitios.

—Sí—replicó Bowman—, lo sé por experiencia y no tardarás en verlo.

Silma entró en la cabina con una taza de café en cada mano.

—Ya lo ves—dijo el científico en voz baja—, también yo he querido razonar.

En aquel momento zumbó el emisor.

—Atención todas las naves. Las fuerzas enemigas han despegado de su base. Siguen rumbo M-3.

Los *robots* magnéticos fueron colocando en pista a las grandes astronaves. El *Kolmar* quedó en cabeza. La flota de botes de asalto fue a estacionarse en las pistas laterales. Las luces de los edificios se apagaron y al mismo tiempo se iluminaron las pistas con la tenue luz verdosa.

—Atención todas las naves de Saken. El enemigo ha tomado tierra en las cuadrículas S-7, S-8 y S-9 del plano. Las fuerzas de asalto están desembarcando.

Dean estableció contacto con todas sus naves. Sosteniendo el micrófono con una mano dijo:

—Habla el comandante. Vamos a despegar inmediatamente después que los botes de asalto. Vuelo directo a la base enemiga sin perder la formación de combate.

Dean cambió la onda y nuevamente habló:

— Habla el *Kolmar*. Mis aparatos están materialmente pegados a los tuyos, Bundar.

"Enemigo ha desembarcado"—informó la radio.

—Despegamos—anunció Bundar.

Los cerebros magnéticos entraron en funciones. Los ciento veinte botes del espacio fueron penetrando por distintos túneles. Saldrían al exterior por tres pistas distintas, cubriendo totalmente las cuadrículas ocupadas por los asaltantes. Cuando la última de las pequeñas naves se hubo perdido en el interior del túnel, Dean volvió a hablar a sus hombres.

—Atención, muchachos. Llegó la hora. Despegamos.

El *Kolmar* se deslizó por la verde pista y penetró velozmente en el corredor de salida.

—Todos a sus puestos — ordenó Dean a su tripulación—, Vicky, conecta la pantalla de televisión y el radar electrónico de larga distancia. Bowman, comprueba todos los datos del vuelo. Silma, infórmame de la formación de nuestras naves cuando salgamos al exterior.

La proa se fue alzando a medida que se acercaban a la salida. Todas las astronaves iban aumentando la velocidad y cuando salieron a la superficie parecían proyectiles cruzando el espacio.

Dean y sus amigos fijaron la mirada en lo que estaba ocurriendo en la capa superior del planeta. La perfección de la pantalla de televisión les permitía contemplar la batalla con la misma claridad

que la verían si pilotasen uno de los pequeños botes.

La flotilla de aparatos de asalto se había dividido en cuatro alas. La primera estaba atacando a las grandes naves de transporte y sus certeros y destructores proyectiles termonucleares las iban encendiendo y desintegrando una tras otra. La segunda ala sostenía un furioso combate con los pequeños aparatos de Ozen que servían de protección a las fuerzas desembarcadas. Las dos alas restantes ametrallaban con sus disparos a las tropas de superficie.

Dean miró a Bowman y dijo:

—Bundar está dando una soberana paliza a sus enemigos.

Los aniquiladores rayos anaranjados resbalaban inofensivos sobre las rápidas navecillas mandadas por Bundar. Este, personalmente, abatió la última nave enemiga. Dando un hábil viraje toda la segunda ala una vez terminada su misión, cayó sobre las desmoralizadas tropas que se e debatían en el suelo. Las dos alas restantes habían dado tres rápidas pasadas disparando sobre las distintas concentraciones, dispersándolas. Cuando los aparatos mandados por Bundar se unieron a los demás, Dean sonrió. El jefe del Alto Mando Atmosférico estaba terminando rápidamente su trabajo. Alejó sus botes de asalto y cuando daban la sensación de que huían, dio una rápida vuelta abriendo toda la flota en abanico. En vuelo rasante y a una velocidad terrorífica se lanzó sobre los hombres vestidos de rojo. La superficie del planeta te cubrió de miles y miles de embudos y cráteres formados por los rápidos disparos. El campo de batalla aparecía cubierto de cadáveres, de grandes naves de transporte ardiendo y de montones de retorcidos despojos de las pequeñas naves enemigas.

Cuando los botes de asalto terminaron su devastador ataque, el enemigo había dejado de ser un peligro para Saken. Escasos supervivientes se movían sobre el terreno.

—Habla Bundar—anunció la radio—. Objetivo cumplido. Solamente tenemos que hacer pequeñas operaciones de limpieza.

La flota de grandes astronaves continuaba su vuelo hacia la base enemiga.

—Formación enemiga de naves de combate se acerca hacia nosotros—dijo Vicky sin apartar la mirada del radar—. Son quince aparatos.

Dean comprobó en el planetario la situación y velocidad del enemigo. Luego estableció contacto con el sakenita que mandaba el ala izquierda de la formación.

—Intercepte y aniquile formación enemiga. Rumbo D-4.

Toda el ala que formaba el sector izquierdo ganó altura y trazando una amplia curva en el espacio se lanzó en busca de las naves de

Ozen.

—Esta flota iba en ayuda de los que desembarcaron —dijo Bowman.

Las astronaves de Saken que se habían separado de la formación central habían ya avistado al enemigo. Rápidamente pasaron al ataque. Con una perfecta maniobra dividieron al grupo de naves ozenianas en dos partes. Antes de que el contrario pudiese reaccionar, toda el ala sakeniana empezó a disparar con todas sus armas contra una de las partes del dividido enemigo. Ocho llamaradas simultáneas brotaron en el espacio sideral. No fue necesario repetir el ataque. Aquella parte de la flota enemiga había sido aniquilada en breves momentos. El jefe inclinó la proa de su nave hacia abajo y se lanzó sobre el segundo grupo de naves de Ozen. Todas sus fuerzas siguieron el camino marcado por el jefe y cuando éste levantó nuevamente la proa de su aparato, el resto de la fuerza hizo la misma operación. Cuando las relucientes panzas de las astronaves ozenianas aparecieron ante sus visores, dispararon nuevamente. Dos naves se disgregaron en el aire, tres se incendiaron y las dos restantes, sin mando de ninguna clase, se hundieron rápidamente en el abismo espacial. La flota de auxilio había sido barrida de los espacios en breves momentos.

Cuando las naves vencedoras se unieron al resto de la formación el jefe del sector izquierdo comunicó:

—Misión cumplida.

—Enhorabuena—contestó Dean satisfecho al ver que sus hombres habían asimilado perfectamente sus lecciones.

Vicky miraba detenidamente el radar. Señalando un punto dijo a Bowman:

—Ya tenemos la base enemiga registrada en la pantalla.

—Louis—dijo Dean—, coge el micrófono y ordena a las naves que formen en tres líneas. Primeramente vamos a atacar nosotros, después lo hará la línea que nos siga y finalmente la tercera. Las defensas que tienen en la plataforma no podrán resistir las tres oleadas. Después, media vuelta y soltaremos las cargas cósmicas de destrucción.

Bowman obedeció y las astronaves fueron tomando la posición mandada por Dean. Bajo sus afiladas proas apareció la base flotando en el espacio como una solitaria isla.

—Ajustaros las escafandras. Vamos a atacar.

La astronave pilotada por Dean se lanzó velozmente hacia aquel enorme transatlántico del espacio. La primera oleada de aparatos siguió la imaginaria estela que trazaba la nave del comandante.

Ante la tela de araña de sus visores electrónicos, Dean vio pulular decenas de vestidos rojos. Cinco grandes naves estelares eran

colocadas en posición de despegue. El piloto terrestre apretó los pulsores de sus armas. Los proyectiles de los cañones electrónicos inutilizaron a dos de los aparatos, mientras las ametralladoras, cubriendo un ancho semicírculo, segaban vidas y más vidas. Los diez aparatos que seguían empezaron a disparar. La cubierta de la plataforma se convirtió en un hervidero de impactos. Bowman, que contemplaba la escena, recordó las gotas de lluvia cayendo en un estanque.

Almacenes y torretas de mando empezaron a arder y a estallar. La segunda oleada llegó cuando los supervivientes empezaban a levantar la cabeza creyendo que ya el ataque había finalizado. La torreta central recibió una andanada de proyectiles termonucleares que la convirtió en una masa líquida de mineral fundido. La última oleada anuló totalmente toda manifestación de vida y movimiento. La base enemiga se había convertido en un flotante cementerio.

Las tres líneas de naves emprendieron el regreso a Saken. La misión estaba cumplida. La astronave del comandante se encargaría de lanzar las cargas cósmicas y destruir completamente aquel enorme atolón del espacio.

Cuando los aparatos se habían ya perdido en la oscuridad, Dean sobrevoló a poca altura la base artificial mientras Vicky tomaba fotografías. Cuando la muchacha terminó, el piloto levantó la nave y desde poca distancia lanzó las cuatro cargas de destrucción contra la base de la plataforma. Los tripulantes del *Kolmar* vieron cómo los proyectiles cilíndricos se dirigían directamente hacia el blanco.

Una llamarada de muchas millas de altura alumbró la noche sideral y un enorme abanico de fuego líquido se extendió por el espacio.

Dean iba a poner proa a su base cuando un violento impacto en el costado derecho de la astronave la lanzó violentamente sobre el lado opuesto. El piloto trató de enderezarla, pero luchó inútilmente con los mandos. La nave no respondía a ellos y continuaba tumbada sobre el costado y el giroscopio estabilizador estaba inutilizado. Dean sintió que los cilindros de la espalda enviaban aire al interior de la escafandra y pensó que muy grave tenía que ser la avería cuando la nave ya no producía el oxígeno necesario. A través del potente emisor-receptor interior preguntó:

—¿Todos bien?

Vicky fue la primera en contestar.

—Silma y yo, sí, pero no veo a Bowman.

Dean abandonó los mandos y mecánicamente conectó el piloto automático. Cuando se dio cuenta se dijo: "Estúpido, si no responde a tus esfuerzos, menos lo hará con él." Cuando se dio la vuelta y vio el

interior de la nave sintió que la sangre se helaba en sus venas. El cuadro era aterrador. Un trozo de la destruida base enemiga había sido lanzado contra el *Kolmar* y el rojo y ardiente proyectil de varias toneladas de peso había abierto un enorme boquete en el costado. Todo el mamparo había desaparecido, así como los dos ventanales y el armamento. El gran trozo de plataforma aparecía clavado en el costado izquierdo de la nave, perdida ya la fuerza para atravesarlo. La luz se había apagado y el interior del aparato estaba solamente iluminado por el resplandor de la enorme hoguera que ardía en el cielo.

—¿Dónde está Louis?—preguntó Dean a las muchachas, que permanecían junto a la destrozada pantalla de la televisión.

—Momentos antes del impacto estaba junto al primer ventanal derecho comprobando las conexiones de los cañones, luego ya no lo he visto—dijo Silma mientras su mano buscaba la de Vicky,

—No puedes...

Dean no pudo terminar la frase. Una nueva llamarada brotó de la masa de fuego que ardía en el espacio y un nuevo impacto en la cola de la nave, esta vez mucho más violento que el anterior, lanzó fuertemente al ingeniero contra la proa. Un profundo dolor en la espalda lo dejó inconsciente durante unos momentos. Cuando pudo levantarse, la oscuridad más completa reinaba en el interior de la destrozada nave. Esta se había inclinado profundamente y hundía su afilado *morro* hacia abajo.

"El tiburón busca el fondo", pensó Dean mientras tanteaba en su cintura buscando el botón que tenia que encender la lámpara eléctrica situada sobre su hombro derecho. Cuando sus doloridas manos lo encontraron, no se atrevió a apretarlo. Temía encontrarse con los cadáveres de las dos muchachas. En la oscuridad preguntó, temiendo no recibir contestación:

—¿Donde estáis? ¿Os ha ocurrido algo?

—A mí, no—respondió la voz de Vicky—, pero Silma está desvanecida. —Y haciendo una pausa, dijo para sí misma—: Al menos, esto es lo que deseo —pero el sensible emisor hizo llegar el comentario hasta Dean.

Este apretó finalmente el botón y un rayo de luz hizo brillar la escafandra de Vicky arrodillada junto al cuerpo de Silma. Dean venciendo la inclinación de la nave se acercó a las jóvenes.

—¿Respira?

—Creo que sí, pero de momento no puedo apreciarlo —dijo la periodista apoyando la mano sobre el busto de Silma, después de un momento de inquietud:

—Sí, pero muy débilmente.

A Dean se le escapó un suspiro de alivio y acercando la luz dijo:

—Mira que no tenga ninguna rotura en el traje térmico y comprueba si la escafandra está bien ajustada.

Vicky recorrió con sus manos el cuerpo de la inconsciente muchacha y cuando sus ágiles dedos llegaron a la campana de cristal dijo:

—Todo está perfectamente. Habrá recibido un fuerte golpe y esto es lo que la tiene sin sentido. También yo me encuentro totalmente magullada.

—Ahora no te muevas de aquí—dijo Dean cortando el rayo de luz—: hay que andar con sumo cuidado en no tener mucho tiempo o encendida la lámpara. Mientras ténganos un poco de luz podemos tener esperanzas de salir de ésta. No te muevas, que regreso dentro de un momento.

—Como tú creas conveniente, Dean—respondió la muchacha—. Una vez ya te dije que junto a ti me siento más segura. No tengo miedo, te lo aseguro.

—Voy a atarte una mano a la de Silma—dijo Dean, no queriendo continuar de momento aquella conversación—; la otra muñeca de ella quedará unida a la mía. Así estaremos unidos y no nos separaremos en el negro espacio.

La muchacha no contestó, pero Dean, a través de los sensibles oídos de su escafandra, la oyó rebullir entre unos cacharros.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó intrigado.

—Retirando los carretes de las máquinas de fotografiar y filmar—fue la contestación que llegó hasta él.

Dean, a pesar de la angustiosa situación, no pudo evitar una sonrisa. Vicky sería periodista hasta la muerte.

—Dame tu mano derecha si has terminado—dijo Dean.

—Ya está listo—contestó Vicky guardando sus tesoros en un bolsillo—; puedes atarme ya.

El piloto unió fuertemente las muñecas de las dos muchachas con el resistente cordón de la radio. Luego repitió la operación con su brazo y el que había quedado libre de Silma. Esta quedó situada en medio, Vicky a la izquierda y Dean a la derecha.

—Coge a Silma por debajo del brazo y llevémosla hasta el agujero que ha abierto el impacto.

Cuando llegaron a él, Dean continuó:

—Vamos a saltar; de momento caeremos a la misma velocidad que la nave, no te asustes, nos ocurrirá lo mismo que a los náufragos

cuando se hunde su barco, que la succión los arrastra hacia el fondo. Cuando yo te diga *ahora*, deja escapar un chorro de aire comprimido, y cuando diga *basta*, cierras. Me dijo Bundar que la formación del vacío no es igual en todas partes y que nosotros tenemos muchas ideas equivocadas sobre lo que es el espacio sideral. ¿Dispuesta a saltar?

—Cuando quieras podemos hacerlo.

Dean, apoyando los pies en la nave, se impulsó fuertemente hacia afuera. Vicky hizo lo mismo y entre los dos arrastraron a la inerme Silma. Una vez fuera del aparato, Dean apoyó su dedo en el botón del cuello y dijo:

—¡Ahora, Vicky!

Un fuerte impulso los alejó de la destrozada astronave interplanetaria. Dean la contempló silenciosamente mientras la veía alejarse de él. La había construido en su lejana fábrica de la Tierra, en compañía de su amigo Bowman, que con toda seguridad había muerto. Volvió a la realidad para decir *basta*, mientras cerraba el escape de aire comprimido.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó la muchacha.

—Derivar por el espacio—contestó Dean—y esperar que Bundar nos encuentre en medio de esta enorme extensión de oscuridad. Tenemos que reservar la luz para hacer señales.

—En caso de que no nos encuentren, ¿qué haremos. Dean?

—Supongo que pronto darán con nosotros. El Alto Mando tiene ahora una gran cantidad de naves y el radar electrónico de larga distancia cubre una gran parte del sistema planetario de Saken. No me extrañaría que ya nos hubiesen detectado.

—Eres un mal embustero, querido—contestó Vicky—. El radar nunca localiza cuerpos tan pequeños como el nuestro.

Dean dejó sin contestación la acertada respuesta de la muchacha. Silma hizo un pequeño movimiento y los dos terrestres oyeron un ligero quejido. La sakenita iba recobrando lentamente el sentido. Vicky le levantó la cabeza que tenia inclinada sobre el pecho. Silma abrió los ojos y con voz apenas audible, preguntó:

—¿Está con nosotros el profesor Bowman?

—No—-respondió el ingeniero—. El saltó antes y está algo alejado. No tardaremos en unirnos con el profesor, no te preocupes.

—No me engañes, Dean—contestó la sugestiva sakenita ya en completo uso de sus facultades—. Si Bowman no murió a consecuencia del choque, fue despedido del interior de la nave por la fuerza del aire.

—Escucha, Silma; supongo que lo que nos ha ocurrido habrá pasado con anterioridad con otras tripulaciones, ¿verdad?

—Sí, aunque no es muy corriente.

—¿Qué medidas se toman para el rescate?

—Se divide el planetario en diversas zonas y cada una de ellas es explorada detenidamente con ondas de alta frecuencia. No eléctricas, sino acústicas. Delicados fonos electrónicos registran todas las alteraciones. Este sistema es parecido al radar, pero más perfecto y complicado, desde el momento que permite localizar los cuerpos pequeños.

—Yo creo—dijo Vicky—que nos encontrarán. Antes no tenía muchas esperanzas, pero ahora sí.

Los tres cuerpos unidos por las fuertes ligaduras se mantenían unidos flotando lentamente en la noche sideral. Ninguno tenía muchas ganas de hablar. Todos buscaban en la oscuridad algo que fuese en su ayuda. Dean, cada cuarto de hora, lanzaba al espacio destellos de luz, con la esperanza de que las delicadas células fotoeléctricas de las astronaves de Saken registraran las cortas ráfagas de luz.

—¿Cuánto tiempo llevamos así?—preguntó Vicky.

El ingeniero, después de consultar su reloj, contestó.

—Dieciséis horas exactamente.

—Como no nos encuentren pronto creo que voy a morirme de hambre—dijo la periodista.

"Morir de hambre." Esta sería la muerte de los tres. Dean se había hecho la idea de morir, pero no había pensado en la clase de muerte que le esperaba. Agotamiento del aire, rotura del traje térmico, incluso ataques de locura que les hicieran arrancarse las escafandras, pero no había pensado en el hambre y la sed. Sintió deseos de fumar un cigarrillo para distraer el pensamiento, pero también esto era imposible.

Las dos muchachas continuaban calladas. Silma tenía dificultad para respirar. Vicky sentía perfectamente sus jadeos.

—¿No marcha bien tu aparato de oxígeno?—preguntó.

—Sí—contestó Silma—, marcha perfectamente. Lo que me ocurre es que me duele el pecho y la espalda. Seguramente recibí el golpe o golpes en ambos sitios.

La periodista pensó que tendría algunas costillas rotas y que le oprimían los pulmones, pero nada se podía hacer de momento. Era necesario que los encontrasen para poder ayudar a Silma.

Después de un largo silencio Dean llamó a Vicky para decirle:

—Siento que por culpa mía te encuentres así. No tenía que haber permitido que las mujeres estuvieseis a bordo en un vuelo tan peligroso.

—Dean Loon—explotó la muchacha—, soy mayor de edad para saber lo que tengo que hacer. —Y dulcificando su voz continuó—: Nadie tiene la culpa de nada.

Unas horas después, Silma volvió a perder el sentido a causa de los profundos dolores que sentía. Poco después empezó a delirar.

—Mucha fiebre tendrá cuando delira—dijo Vicky—. —Dean, me encuentro casi sin fuerzas. El brazo me duele. ¿Cuánto tiempo llevamos así?

—No lo sé—mintió el ingeniero—; se ha parado el reloj.

—Lo que más me desconcierta es esta oscuridad. Esta noche que no termina nunca. Tengo la extraña sensación de que me he vuelto ciega.

Los tres cuerpos vagaban por el vacío y la negrura del espacio parecía que quisiera arrastrarlos hacia aquellos desconocidos abismos de soledad y silencio.

Dean sabía que llevaban ya tres días en aquella situación y que las muchachas estaban ya al límite de sus fuerzas. La periodista había hablado varias veces de la comida y siempre había dejado sin contestación sus comentarios. Dean soltó la correa de su reloj de pulsera y dejó que éste se desprendiera de su muñeca. Durante unos momentos permaneció flotando junto a él, luego se fue alejando lentamente hasta que se perdió en la oscuridad eterna.

Pasaron unas horas sin que ni Dean ni Vicky hablasen. Silma continuaba delirando. Dean temió que alguna punta de las rotas costillas hubiese penetrado en un pulmón.

No sabía el tiempo que había transcurrido cuando notó que también Vicky había perdido el conocimiento. Pensó que era lo mejor que podía haberle ocurrido. Así no sentiría llegar la muerte. Silma, en su delirio, lanzaba gritos hablando de la muerte de Kolmar y de la desaparición de Bowman.

Dean continuó flotando en el espacio arrastrando a las dos inconscientes muchachas. Nunca supo el tiempo que permaneció así. Poco a poco sintió que también él había llegado al límite de sus fuerzas. Notó que todo su cuerpo se relajaba y cerró los ojos. Antes de sumirse en la inconsciencia aún oyó el delirio de Silma, luego ya ni eso y lentamente se fue hundiendo, hundiendo…

* * *

Cuando volvió a abrir los párpados se encontró en su habitación de la ciudad subterránea. A su lado estaba Bundar sonriéndole. Dean miró extrañado el alto techo e intentó levantar la cabeza, pero no

pudo, le pesaba enormemente.

—No te muevas—sonó la voz de Bundar. Dean pensó que hablaba desde muy lejos—. No tienes nada de cuidado—continuó su amigo—, solamente que estás completamente agotado.

Dean volvió a abrir los ojos. Ahora iba recordando. El Alto Mando los había encontrado finalmente. Intentó abrir la boca, pero Bundar se lo impidió apoyando su mano en ella.

—No hables ahora. Para que descanses tranquilo voy a contarte lo que seguramente ibas a preguntarme. Vicky está perfectamente, agotada igual que tú y ahora duerme. Bowman vendrá a verte dentro de poco. Silma es la que está peor, pero aun así está fuera de peligro. Tiene tres costillas rotas y la alta fiebre la ha debilitado mucho más que a vosotros. Era esto lo que deseabas saber, ¿verdad?

Dean asintió con los ojos. Bundar continuó:

—La lucha entre los planetas ha terminado. Nuestro plan de operaciones ha sufrido algunos cambios. Cuando estéis mejor y en condiciones de andar quiero que vengáis a ver la terminación de este capítulo de la historia de nuestro planeta. Ahora, descansa.

Cuando Bundar terminó de hablar, Dean quedó sumido en un profundo sueño.

* * *

—Hola, fabricante de botes de conserva—saludó jovialmente Bowman entrando en la habitación de Dean.

Este, medio incorporado sobre el lecho, comía con apetito. Después de comerse el bocado que tenía en la boca tendió una mano a su amigo y mientras éste la estrechaba, contestó:

—Está castigado abandonar un aparato en acción de guerra.

— De momento creí que me habías empujado. Reconocerás que apearse en marcha de una astronave interplanetaria es una cosa que no todos pueden contar.

—¿Cómo están las muchachas?

—Vicky está comiendo ahora. Silma aún no ha recobrado el conocimiento, pero está mucho mejor. Ya no tiene fiebre y dentro de poco tiempo estará en perfectas condiciones.

—Cuéntame lo que te ocurrió—pidió Dean—. Yo estaba atento a los mandos y no pude ver lo que ocurría a mi espalda.

El joven científico se despojó de su aire bromista y su cara adquirió una gran seriedad. Se sentó en la cama junto a Dean, extrajo un paquete de cigarrillos de su bolsillo, puso uno en la boca de su amigo y le prendió fuego con mano no muy firme. A continuación

encendió el suyo y dijo:

—Menos mal que sacamos de la nave las reservas de tabaco y *whisky*.

—Louis—rogó nuevamente Dean—. cuéntame lo que te ocurrió.

—Ni a mi peor enemigo le deseo un trance parecido. Fue algo horroroso. No sé lo que puedes haber pasado tú, pero deseo que no tenga comparación con lo mío. Comprendo que no puede ser nada agradable para un hombre verse flotando durante seis días en medio de una noche sin fin y con dos mujeres unidas a él por fuertes cordones. No, no puede ser agradable y menos si piensas que tenías que verlas morir.

Bowman hizo una larga pausa para aplastar su cigarrillo y continuó:

—Cuando tú lanzaste las cargas de destrucción contra la base enemiga yo me incliné para comprobar las conexiones de los cañones; había notado cierta irregularidad en ellas y quería subsanarla. Terminaba de enderezarme cuando algo deslumbrador pasó a través de la pared de la nave en donde estaba apoyado. Sentí un choque en mi pecho y fui lanzado hacia atrás. No me había aún podido hacer cargo de lo que ocurría cuando una fuerza enorme me desplazó del sitio en que me encontraba y me arrancó del interior de la nave. Me encontré en el espacio dando vueltas sobre mí mismo. En una de ellas vi a nuestro aparato volcado sobre uno de sus costados y en el quedaba a la vista aparee a un enorme boquete. No sé por qué vino a mi pensamiento la imagen de un barco encallado en un banco de coral. No pude pensar mucho tiempo. Una cortina de fuego se interpuso entre la nave y yo. Me encontré envuelto en un torbellino de llamas; el cristal de mi escafandra se fue oscureciendo y acabó por tener la misma tonalidad que las gafas de sol. Esto me libró de la ceguera. Más tarde Bundar me ha explicado que la escafandra está construida contando con esta particularidad. El aire comprimido dentro de la nave me expulsó de ella y las llamas me succionaban hacia el foco central de aquella gigantesca pira. Un amigo mío, capitán de un buque mercante que hacía la línea de cabotaje por los mares de China, me contó cierta vez que se había encontrado en el *ojo* de un tifón. Decía que el *ojo* es el espacio que queda libre en el centro. Algo así como el hueco que queda en un vaso lleno de agua cuando agitamos rápidamente la cucharilla para disolver el azúcar. En el fuego ocurre algo parecido, al menos en los que arden en el espacio. Yo me encontré en el *ojo* de un auténtico tifón de llamas. Una fantástica masa líquida de fuego, minerales en fusión y centenares de cuerpos muertos giraban en una larga espiral, mejor dicho, en un tornillo sin fin. Cuando llegabas a la parte superior y creías que ibas a

salir despedido, otra fuerza te empujaba hacia abajo y tenías que volver al fondo para ascender nuevamente. Formando parte de aquel conglomerado de cuerpos muertos, destrozados y que no se consumían porque los defendía su rojo traje térmico, estaba yo, como un muerto más danzando aquella danza macabra. A mi lado y sufriendo las mismas vicisitudes, flotaba el cadáver de un hombre de Ozen, al que la cabeza le había sido arrancada de un impacto directo. La ancha y redonda herida no sangraba, pero parecía un lúgubre espantapájaros con sus largos brazos azotando al fuego que lo zarandeada. Varias veces sus manos enguantadas golpearon el cristal de mi escafandra como si quisiera decirme algo. De pronto tuvo lugar una nueva explosión y la trompa de fuego líquido que giraba locamente sobre sí misma se disolvió. Sentí un fuerte golpe entre los omoplatos y las tinieblas se apoderaron de mí. Lo último que vi fue el cuerpo sin cabeza hundirse en el abismo de oscuridad que se abría a nuestros pies. Tres días después me encontró una de las naves destacadas en nuestra busca. En la mano conservaba aún el trozo de conexión que había cogido para reparar cuando fue despedido de la nave.

—Esto es lo que me ocurrió—terminó el científico— y puedes tener la seguridad de que aún no he logrado borrar de mi pensamiento a aquel decapitado cuerpo que se movía junto a mí.

Dean había escuchado atentamente la explicación de su amigo y cuando éste se levantó para retirarse, dijo:

—Ha sido una terrible experiencia, pero una guerra siempre es una mezcla de horrores, calamidades, salvajismo y sacrificios. Nosotros no podemos hacer nada para evitarlo. Es la única disculpa que tenemos.

—Pobre disculpa es—replicó el científico—. Mañana ya podrás levantarte y andar. Vendré a buscarte.

Cuando el profesor hubo salido, Dean cerró los ojos y ante su imaginación fueron reviviendo los angustiosos días pasados vagando por las tinieblas siderales. También su amigo Louis, había padecido una horrorosa pesadilla.

Cuando se durmió su descanso no fue tranquilo. Entre llamas veía un mutilado cuerpo sin cabeza agitando violentamente los brazos.

Cuando despertó, tenía el cuerpo empapado en sudor.

A la mañana siguiente un pálido y demacrado Dean Loon apareció en la habitación que ocupaba Vicky. Iba apoyado en el hombro de Bowman y su paso no era aún muy seguro. Cuando llegó junto al lecho de la muchacha se sentó en él.

Los ojos de Vicky resplandecieron de alegría cuando vio entrar a su amigo y cuando éste se sentó a su lado empezó a llorar silenciosamente.

—No llores ahora—dijo Dean acariciando una mano de ella—. Todo ha pasado y no tardaremos en olvidarlo.

Vicky sonrió a través de sus lágrimas y apretó la mano que acariciaba la suya.

Bowman contempló burlón a sus amigos y encaminándose a la puerta dijo:

—Ya vendré a recogerte, ahora tengo algo importante que hacer.

Ninguno de sus amigos pareció haberle oído. El profesor desapareció a través de la abierta puerta haciendo un expresivo gesto con los hombros.

Cuando quedaron solos, Dean empezó a hablar sin apartar los ojos de Vicky.

—Muchacha—susurró—, hemos pasado una aventura completamente dantesca pero si alguna vez sentí el temor de morir fue porque pensé que también tú morirías; cuando perdiste el conocimiento creí que ya no existías. Solamente entonces me dominó la desesperación. Vi claramente que sin ti mi vida no tenía ninguna razón de ser. Te amo, muchachita—dijo mientras sus dedos acariciaban la mejilla de Vicky—. Sí, te quiero y aunque tuviese que vagar eternamente en aquella horrible noche, no me importaría si permanecías a mi lado. Quiero que seas mi esposa, si es que me aceptas.

—Acepto con todas las fuerzas de mi ser. Yo no tuve miedo porque tú estabas a mi lado. También yo te quiero.

Dean la estrechó fuertemente entre sus brazos. Una burlona y fingida tos sonó a sus espaldas. Bowman estaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Esto que he visto es un reconstituyente o forma parte de la terapéutica que siguen los médicos en este planeta?—preguntó con la mayor seriedad.

Vicky enrojeció mientras Dean se levantaba y decía:

—¡Entrometido, buscador de raspas de pescado! Vicky y yo nos hemos prometido.

—¡Vaya, ya era hora!—respondió el científico—, todo el mundo se había dado cuenta de vuestra *enfermedad* menos vosotros mismos.

Mientras hablaba se había ido acercando a los dos jóvenes y cuando llegó junto a ellos estrechó efusivamente sus manos diciendo:

—¡Enhorabuena! Para que os dierais cuenta de que os amabais han sido necesarios un vuelo planetario, una guerra entre dos planetas, la destrucción de una nave y seis días de oscuridad. ¿No podíais haber resuelto vuestro problema amoroso sin necesidad de tanto jaleo? Dean, deja a tu amor que vaya recuperando fuerzas y vamos a visitar a

Silma. Allí nos espera Bundar que quiere hablarnos.

Los dos hombres se despidieron de la muchacha y se encaminaron a la habitación de Silma. En ella hallaron al jefe del Alto Mando Atmosférico que los saludó afectuoso.

Dean, con inseguro paso se acercó a la cabecera de la cama en donde descansaba la muchacha. Esta estaba palidísima y mantenía los ojos cerrados. Sin levantar apenas la voz llamó:

—Silma, ¿me oyes?

La pálida muchacha abrió sus bellos ojos y al distinguir a su amigo una sonrisa apareció en sus labios y sacando una mano la tendió al terrestre.

—¡Hola, comandante!—saludó con voz débil—, parece que al fin nos encontraron.

—No hables, estás muy débil y no debes cansarte.

—El médico ha dicho que puedo hablar—respondió Silma—; no mucho, pero sí lo suficiente para decirte que me siento muy orgullosa de ser vuestra amiga. Gracias a ti y a Vicky continúo viviendo. No me abandonasteis ni en los peores momentos. Sois nobles y valientes—la muchacha jadeó, cansada por el pequeño esfuerzo.

—No continúes—rogó Dean—, además, lo que hicimos no tiene importancia. Todo el mundo hubiese hecho lo mismo.

—No—continuó Silma—; no lo creas. No todo el mundo habría sostenido durante tanto tiempo mi cuerpo muerto. Seis días es un espacio de tiempo muy largo cuando se sufre.

Tanto Dean como Bowman sonreían cuando uno de sus amigos sakenitas usaba la palabra *día*. Ninguno sabía cómo era en realidad *un día* pero se habían acostumbrado rápidamente a tomarlo como medida de tiempo.

—Enséñame tu muñeca izquierda—pidió la muchacha.

Dean levantó el brazo y lo puso a la vista de Silma. Un profundo y sangriento surco estaba claramente señalado en él.

—Te quedará una cicatriz—continuó hablando la enferma—; también Vicky tendrá una parecida. Las llevaréis toda la vida para recordaros que salvasteis mi vida, y yo—dijo sacando el otro brazo y mostrando las dos muñecas— podré decir a todo el mundo que estas dos señales son la mejor prueba de amistad. Gracias, Dean y dáselas también a Vicky—terminó la muchacha con los ojos llenos de lágrimas.

El ingeniero cogió ambas manos de Silma y sentándose a su lado, fue hablando mientras sus dedos acariciaban las rojas cicatrices.

—En nuestro planeta, la amistad no siempre es como debería ser,

pero tampoco es tan falsa como la gente cree. Ningún hombre puede sentirse desgraciado si tiene un amigo. Amistad es un sentimiento que encierra cuanto de noble puede existir. Sacrificio, desinterés, afecto. Es un sentimiento que nos eleva por encima de nosotros mismos. Tan solo existe otro que lo supera: amor... y en toda amistad hay amor. No des importancia a nuestra acción. Como amigos, cumplimos con nuestro deber. Nunca más habríamos podido hallar tranquilidad en nuestro interior si hubiésemos dejado caer tu cuerpo en la oscuridad. Tú eres nuestra amiga... y nosotros, tus amigos. Con esto queda dicho todo.

—Acerca tu cara—pidió Silma.

Dean ofreció su mejilla a la muchacha y cuando sus ardientes labios se posaron en ella, exclamó:

—Ahora quien tiene que dar las gracias soy yo. Lo que vas a hacer es comer, dormir y recuperar fuerzas.

—Quisiera ver a Vicky—susurró Silma.

—Cuando se levante la verás—dijo Bowman interviniendo en la conversación.

También Bundar tomó la palabra:

—Aún no he podido relataros la forma en que os encontramos, y supongo que os interesará saberlo. Cuando las astronaves regresaron do nos causó extrañeza que el *Kolmar* no viniese con ellas. Sabíamos que tenía que destruir la base. Cuando nuestros sismógrafos registraron la desintegración, la pudimos contemplar por la televisión. Observé un cuerpo extraño caído sobre un lado, pero la enorme cortina de llamas me impidió identificarlo. Creí que sería alguna de las naves enemigas que había logrado despegar. Un claro que se abrió en aquel mar de fuego me permitió ver nuevamente aquel cuerpo. Fue una visión que duró milésimas de segundo pero que me dejó observar que aquel extraño cuerpo se hundía en el espacio. Luego no me acordé más de él, absorto como estaba en la contemplación del terrible espectáculo que se ofrecía ante mis ojos.

"Cuando vi que vuestra nave no había regresado a pesar de haber tenido tiempo de hacerlo, empecé a inquietarme y mandé sondear el espacio con todos los medios a mi alcance. No obtuvimos ni el menor rastro de la astronave. Inmediatamente trazamos sobre el planetario zonas de búsqueda y las diversas flotillas de botes de asalto partieron rápidamente para la exploración. Durante dos días no hubo novedad. Finalizaba el tercero cuando uno de los botes comunicó que había hallado a Bowman flotando inconsciente en el espacio. Fijé la situación en donde había sido hallado el profesor y concentré todas las flotas en aquel sector pero no hallamos nada a pesar de haber dragado el espacio en una amplia zona. Al quinto día, después de vuestra

desaparición y saliendo de ver a Bowman que continuaba inconsciente, me acordé de aquella visión que no pude identificar entre el fuego. Pensé "era el *Kolmar*". Sin pérdida de tiempo cambié el rumbo de las exploraciones. De momento no encontramos nada y empezaba ya a perder la esperanza cuando al sexto día una de las naves comunicó que su célula fotoeléctrica de sondeo estaba captando ondas radiofónicas de emisión. Tanteando estas ondas llegamos hasta vosotros. Cuando vi que mis hombres descendían vuestros tres cuerpos unidos por los fuertes cordones, sentí que algo me oprimía la garganta. Tuve la impresión de que habíais querido morir sin separaros... y esto es todo"—terminó Bundar.

—Aún falta algo—replicó Dean—, no comprendo cómo pudieron captar ondas de emisión cuando los tres habíamos perdido el conocimiento.

—Comprendo que te extrañes, pero no olvides que Silma no cesó de delirar durante los seis días. Las ondas partían de su emisor.

—Efectivamente, la muchacha estuvo delirando continuamente. Aun medio inconsciente oía su voz, aunque ya no entendía lo que decía.

—Silma se ha dormido—dijo Bowman—, Creo que quieres hablarnos, ¿verdad, Bundar?

—Sí—respondió éste—, vamos, pues tengo que exponeros algunos asuntos y pedir vuestra colaboración para terminar definitivamente este asunto.

Después de lanzar una mirada de despedida a la dormida Silma, los tres hombres salieron de la habitación sin producir el menor ruido. Una vez en el despacho de Bundar, los dos terrestres tomaron asiento, mientras el sakenita, siguiendo su costumbre de pasear mientras hablaba, permanecía derecho.

—Quiero deciros que he suprimido las dos etapas finales de nuestro plan de operaciones. La cadena de bases enemigas no ha sido aniquilada. Todas las plataformas están en nuestras manos y en cada una de ellas hay fuertes destacamentos de nuestras tropas y flotillas de botes de asalto apoyados por dos astronaves. No hubo lucha y a pesar de tener todos los trampolines en nuestro poder no pienso ni quiero destruir el planeta Ozen.

Se interrumpió para observar el efecto que sus palabras producían en los dos hombres y quedó un poco perplejo cuando vio que sus rostros no se inmutaban. Bowman pidió amablemente:

—Continúa, por favor.

Bundar dio dos o tres pasos sin despegar los labios, finalmente, cuando llegó a la altura de sus atentos amigos empezó a hablar

nuevamente:

—Os debo una explicación y os la voy a dar. Yo no soy ningún asesino y me siento incapaz de lanzar a mis naves y a mis hombres contra un enemigo que está vencido de antemano. Tú—dijo a Bowman —me has puesto al corriente de la historia, costumbres y forma de vivir en vuestro bello planeta Tierra. Pues bien, atacar a Ozen ahora, sería algo parecido a una caza de patos salvajes. No tienen ninguna defensa, somos superiores en armamento… y yo no puedo aniquilarlos fríamente. No me importa lo que ellos pudieran haber hecho si hubiesen vencido. Me importa lo que debo hacer yo. Como jefe supremo del Alto Mando soy el actual representante de mi planeta y lo soy, no solamente para expresar la fuerza y el poder, también lo soy para representar ideas y sentimientos. Creo que el castigo ya ha sido suficiente. Hemos destruido su fuerza, humillado su soberbia y alejado el peligro. Estamos en condiciones de borrarlos materialmente del espacio… y ellos lo saben.

Cuando Bundar se interrumpió de nuevo para ordenar sus ideas, Bowman, habló:

—Tú eres el jefe de tu pueblo y debes pensar por ti y por ellos. Ensañarse en el caído nos es de hombres y la magnanimidad es patrimonio de los seres elevados. Particularmente pienso como tú, y conozco lo suficiente a Dean para hablar también en su nombre.

Bundar escuchó con atención a su terrestre amigo y cuando terminó de hablar, empezó él nuevamente:

—Voy a darles una oportunidad a todos los habitantes de Ozen. Todos cometemos errores en nuestra vida… y la inmensa mayoría no volvemos a cometerlos otra vez. Si destruyese totalmente a mis enemigos jamás volvería a sentirme satisfecho de mí mismo. Tomaré las medidas necesarias para que lo ocurrido no vuelva a repetirse y volveré a construir mejores ciudades en la superficie. Mi pueblo no es rencoroso y no criticará mi resolución.

—El odio es un sentimiento destructivo—dijo Bowman—. Supongo que en los mundos siderales ocurrirá como en la Tierra. Habrá hombres buenos y malos, pero por suerte no somos definitivamente ni lo uno ni lo otro. De una enorme equivocación a veces nace una gran convicción.

Dean se levantó de su silla y acercándose a Bundar apoyó sus manos en los hombros de su amigo, diciendo:

—Tú eres un hombre comprensivo, Bundar, y tu pueblo puede sentirse orgulloso de tenerte por jefe. Las resoluciones que tomes siempre serán las apropiadas al caso. Es más fuerte el hombre que sabe perdonar al vencido, que el que abusa de su fuerza y lo esclaviza.

—Gracias, amigos; sabía que pensaríais igual que yo, pero tenia

que expresaros mis sentimientos y mis creencias y no quería que llegaseis a creer que me sentía débil. No, no lo soy, pero tampoco soy un sanguinario. Aniquilé a toda la fuerza atacante porque era completamente necesario si queríamos sobrevivir como seres libres. Vencimos y la destrucción de Ozen sería un acto innecesario y que me avergonzaría a mí mismo.

Bowman comentó para sí mismo, pero lo suficiente alto para que sus amigos lo oyesen:

"Los hombres se conocen por sus sentimientos, no por sus impulsos instintivos."

—Durante vuestra ausencia llegó una embajada de Ozen para parlamentar. Ella fue la que ordenó que la cadena de bases artificiales pasase a nuestro poder como garantía de que no querían continuar la lucha. Está alojada en este mismo edificio y cuando estéis en condiciones de emprender el viaje iremos al planeta para establecer las condiciones de paz.

—Mañana mismo—contestó Dean.

—No—replicó sonriente Bundar-—, el viaje interplanetario es duro y tú no estás en condiciones. Además, Bowman me ha enseñado que la espera desconcierta al contrincante.

El científico y Dean sonrieron al oír el comentario del jefe sakenita.

* * *

Cuando Dean y Vicky recuperaron sus fuerzas, Bundar ordenó preparar el viaje a Ozen. Tenía interés en hacer una verdadera demostración de fuerza. El día de partida fueron concentradas todas las astronaves y botes de asalto en las verdosas pistas de la ciudad subterránea. La embajada ozenita fue embarcada en una de las grandes naves interplanetarias y en la que pilotaba Bundar ocuparon sus puestos los tres terrestres, Silma aún no podía acompañarles, pues aunque se levantaba estaba completamente debilitada.

Las naves fueron despegando por grupos que rápidamente cruzaron los túneles. Ya en el exterior todas las naves adoptaron una formación de combate y pusieron rumbo hacia Ozen. La gran cantidad de aparatos con todas las luces interiores encendidas parecía una bandada de insectos luminosos volando en la noche.

Bundar pilotaba la astronave-comandante y a ambos lados tenía sentados a sus dos amigos terrestres. Vicky, apoyada en uno de los ventanales laterales contemplaba la noche sideral y pensaba en los angustiosos días pasados en medio de aquella oscuridad. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha que sacudió la cabeza para alejar el

recuerdo.

Una tras otra fueron sobrevoladas las cinco bases artificiales. Una vez rebasada la última, Bundar anunció:

—Dentro de poco veremos ya al planeta Ozen.

Efectivamente, no tardó en aparecer ante la proa de la nave. A medida que se iban acercando, los tres terrestres podían observar que las características de Ozen eran completamente similares al planeta que habían dejado atrás. Superficie parecida, escasa vegetación y la misma coloración morada. Unas grandes y brillantes protuberancias les llamaron la atención.

—¿Qué es aquello?—preguntó Bowman señalando una de aquellas raras elevaciones.

—Ciudades de superficie—contestó Bundar—muy parecidas a las que teníamos nosotros. Lo que ves brillar es la enorme campana que retiene el aire. Excepto en los minerales. Ozen es completamente igual a Saken.

La flota entera fue penetrando en amplios túneles abiertos antes de llegar a la ciudad. A través del subsuelo fueron volando hasta que nuevamente salieron a la superficie, esta vez dentro de la misma ciudad.

—Un ingenioso sistema de compuertas nos ha permitido entrar sin que se escape el aire. En nuestras ciudades estaban exactamente.

Dean observó que la ciudad tenía igual constructura que la subterránea de Saken. Los mismos originales edificios, amplias calles y verdosas pistas de aterrizaje. Lo que le llamó la atención fue que toda la ciudad estaba perfectamente alumbrada por una clara y potente luz azulada.

—Entre las partículas que forman la campana de cristal hay mezcladas células fotoeléctricas generadoras de luz y calor, completamente invisibles—dijo Bundar al ver la extrañeza de Dean.

Cuando la flota tomó tierra, un numeroso grupo de hombres vestidos con cortos trajes azules se acercaron a recibirlos. Bowman se dio cuenta de que tenían los mismos rasgos faciales y constitución física que los sakenitas. Preguntó a Bundar las razones de tal parecido y éste dijo:

—Ozen y Saken están colocados a la misma altura y describen la misma órbita. Tienen los mismos períodos de rotación y traslación. Son gemelos.

Al descender de la nave fueron recibidos por el grupo que aguardaba y llevados al edificio que se había asignado para la conferencia. Esta duró bastantes días y cuando finalmente terminó, Bundar pudo anunciar que la guerra había terminado.

Ozen no construiría más naves ni armas pesadas. Las bases serían demolidas y todo el material pasaría a poder de Saken. No se tomaron represalias de ninguna clase ni hubo reparación alguna. Finalmente, una comisión de los vencedores tendría derecho a controlar toda la producción del vencido, fuese cual fuese su naturaleza, al objeto de que no existiese vulneración de los tratados.

* * *

Silma empezaba a dar pequeños paseos por la ciudad subterránea. Generalmente iba acompañada por Bowman, aunque tanto Vicky como Dean no dejaban de atenderla. Cuando la muchacha fue recuperando tuerzas, Bowman, dijo:

—Mañana, si quieres nos ponemos los trajes térmicos y las escafandras y nos vamos a dar una vuelta por la superficie, ¿te parece bien?

Silma accedió llena de contento. Le atraía aquel paseo por las soledades exteriores.

A la mañana siguiente les dos amigos, vestidos con los azules trajes de superficie embarcaron en un rápido *tem* que velozmente los transportó a la corteza del planeta. Al descender del pequeño botecillo, el científico ayudó galantemente a la bella sakenita. En silencio empezaron a andar el uno junto al otro. Sin darse cuenta fueron dejando atrás la raquítica vegetación morada y entraron en un terreno lleno de grietas y de amplios, y profundos cráteres. Silma dejó correr la mirada a su alrededor y después de contemplar tristemente el desolador paisaje, exclamó con voz que reflejaba claramente su amargura:

—¡Qué triste es la vida en este planeta!

Bowman no contestó. Prefería dejar que la muchacha fuese expresando lo que tenía en su interior.

—No hay luz—continuó Silma—, ni color, ni vida. Es una tierra totalmente muerta. Me gustaría ver tu planeta aunque solamente fuese una sola vez. Cuéntame algo más sobre él—pidió volviendo los ojos hacia el terrestre.

—Mi planeta es algo maravilloso—empezó Bowman— está lleno de vida y color. La tierra está cubierta de hermosos tonos verdes y el mar es azul. Hay grandes bosques y torrentes de agua la recorren en todas direcciones. Centenares y centenares de ciudades y pueblos están distribuidos por su accidentada superficie. Hay altas montañas cubiertas eternamente de nieve y profundos valles.

Cuando Bowman interrumpió su explicación, la muchacha empezó a andar lentamente evitando las profundas hendiduras. El profesor,

manteniéndose a su lado continuó hablando:

—Por las noches e! espacio se llena de brillantes puntos luminosos. Sen las estrellas, planetas y satélites. En la Tierra solamente tenemos uno; la Luna, que aparece en nuestro cielo como un reluciente disco de plata.

—Así—dijo Silma—. tenéis luz natural incluso por la noche. Cuando me explicaste lo que era el día, no pude imaginarme cómo podía ser. Igual me ocurre ahora con tus explicaciones. Tanta belleza no puedo comprenderla.

—Silma—dijo Bowman deteniéndose y asiendo una mano de la muchacha—. Soy un hombre de ciencia y no sabré expresarte con claridad mis sentimientos. Trata de comprenderme.

El profesor miró a la sakenita antes de continuar hablando y le pareció observar que los ojos de ella tenían un extraño brillo. Esto le animó.

—Tú estás sola y nada te ata a este planeta. En la Tierra, también yo estoy solo. Silma, yo te quiero, empecé a quererte cuando entraste en nuestra nave. Yo te pido que cuando regrese a mi tierra, tú vengas conmigo y ya ninguno de los dos volveremos a estar solos.

Bowman calló esperando la respuesta de la muchacha que le había escuchado con la mirada fija en el suelo. Cuando su amigo terminó de hablar, ella levantó la cabeza y el científico vio sus ojos llenos de lágrimas. No recibió contestación, pero la linda sakenita buscó refugio entre los brazos de él. Continuaba estrechándola, cuando un cuerpo duro se estrelló contra el cristal de su escafandra. Sin soltar a Silma, volvió el rostro hacia la dirección de donde había partido el proyectil. Encima de un peñasco estaban Dean y Vicky y la voz del primero llegó hasta él:

—¡Eh, buscador de setas! Recuerda que los pisos escasean en Saken.

—Pero no en la Tierra. A partir de este momento tenemos una nueva pasajera.

Dean y la periodista descendieron de su observatorio y en cuatro rápidos saltos llegaron junto a la pareja. Silma, deliciosamente ruborizada, recibió las felicitaciones de sus amigos. Después en animada conversación regresaron al interior del planeta. Antes de despedirse para retirarse a sus habitaciones. Bowman dijo a Dean:

—Esta misma tarde tenemos que hablar con Bundar.

Ya va siendo hora que regresemos a nuestra tierra.

* * *

El jefe del Alto Mando vio entrar a los dos terrestres en su despacho y sonriendo fue a su encuentro.

—Venimos a hablar contigo—dijo el científico a modo de saludo—para decirte que tenemos intención de regresar a nuestro planeta.

—Es natural. Cada hombre se debe a su país—contestó Bundar.

—Queríamos pedirte una astronave, ya que la nuestra fue destruida.

—También es lógica esta petición. Vuestro *Kolmar* fue aniquilado en un servicio prestado a nuestro planeta. Yo pensé que algún día desearías regresar a la Tierra y por lo tanto, desde hace algún tiempo, se está construyendo una gran nave interplanetaria en una de las fábricas.

Cuando Bundar terminó de hablar miró sonriendo a sus dos sorprendidos amigos, Bowman fue el primero en hablar.

—Aún hay más. Silma se viene con nosotros.

—También es natural—repitió Blindar por tercera vez sin sorprenderse de nada—. Hace tiempo que lo sabía.

—¿Cómo?—exclamó Bowman completamente asombrado—.. si nosotros no lo sabíamos hasta esta misma mañana.

Amigo Bowman—contestó Bundar—, según parece, el amor es tan ciego en Saken como en la Tierra, y las mujeres son iguales en nuestros planetas... y espero que también lo sean en todos los demás mundos habitados.

* * *

Sobre la verdosa pista aparecía una gran astronave completamente pintada de azul, solo dos extraños dibujos rojos aparecían a ambos lados de la proa. Un nutrido grupo de personajes ataviados con los blancos trajes de Saken rodeaban a dos hombres dos mujeres cubiertos con las azules vestimentas de vuelo interplanetario,

—¿Qué os parece el nuevo *Kolmar*—preguntó Bundar mostrando la gigantesca nave a sus amigos—, Es mayor y más perfeccionada que la que se perdió,

Bowman y Dean la miraron maravillados. Era casi el doble mayor que la anterior. El científico se volvió hacia el jefe sakenita y dijo:

—Es la mejor nave que ha salido de vuestras fábricas. Con ella, el regreso a la Tierra será casi un paseo.

—Un regalo de despedida—sonrió Bundar—. Además, con un aparato así es fácil que algún día decidáis volver. Aquí os esperaremos siempre.

—Quizás regresemos algún día para que conozcas a nuestros hijos

—dijo el profesor mientras atraía a Silma junto a sí.

Después de las despedidas, los cuatro viajeros ocuparon sus sitios en la nave. Dean, sentando en los mandos, conectó la radio, mientras Bowman cerraba la escotilla de entrada.

Bundar hizo un ademán a la torreta de mando y el *robot* magnético empezó a deslizar la gran nave hacia el túnel de salida.

—Dean—llamó por radio, Bundar—, me olvidé decirte que en los compartimientos de popa van cuatro botes de asalto.

El aparato se perdió rápidamente hacia la superficie. Una vez en el exterior, Dean puso en funcionamiento los ocho reactores cósmicos y la nave interplanetaria se convirtió en un rayo de luz que se dirigía rápido hacia la Tierra.

—No siento dejar esto—dijo Silma mientras contemplaba como su planeta se perdía en la noche.

—Tienes un nuevo planeta que te espera para conocerte—dijo Bowman.

Vicky, sentada en el suelo de la nave iba clasificando sus carretes y películas.

—Con todo esto, mi futuro esposo—dijo a Dean—voy a tener más dinero que tú. Esto pasará a la historia.

El rápido vuelo de la nave fue dejando atrás planetas y sistemas y el viaje transcurría sin ninguna novedad. Un día, estando los cuatro viajeros ante el cristal de proa, allá, a lo lejos, en !a eterna noche sideral, apareció un puntito brillante. El científico se inclinó sobre el planetario y después de breves cálculos, se levantó emocionado para decir solamente:

—¡La Tierra!

Los ojos de todos los tripulantes se fijaron en aquella luz que brillaba ante ellos.

La gran astronave interplanetaria a la máxima velocidad que podían desarrollar los ocho reactores, se dirigía velozmente hacia el final de su viaje. Cuatro seres contemplaban como el puntito crecía y finalmente adquiría forma.

Dean anunció: —Amigos, viaje terminado. Nuestro verde planeta está a media hora escasa de vuelo.

—Ha sido una maravillosa aventura—dijo el científico rozando los labios de Silma—. Volvemos a la Tierra… para casarnos.

Y después de estas palabras el *Kolmar* continuó su vuelo hacia su meta: la Tierra.

FIN

¡UN IMPACTO PARA SUS NERVIOS, AMIGO LECTOR!

He aquí la más reciente producción del autor que a Vd. le encanta,

JOE BENNETT

¿Sabe lo que es TELEPORTACION? ¿Se ha detenido a pensarlo? ¿Imagina lo que un simple poder mental puede hacer logrando adaptarlo A MEDIOS MECANICOS? Quizá lo ignore, pero en...

LA DIOSA DE VENUSIO

¡nosotros se lo explicaremos!

Una estatuilla de metal dorado... ¡metal de Venus! La historia que es deleite y desafío para su mente. ¡Un reto de cerebro a cerebro! ¡Una sorpresa en cada página! Recuerde que

LA DIOSA DE VENUSIO

será el próximo número de la mejor serie futurista publicada en habla española. Autor, título y éxito los garantiza el prestigio de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas*